

Las huellas en la tierra

Anuario 2016-2017

Intervenciones en fosas comunes
del franquismo en Andalucía



Juan Miguel Baquero

Las huellas en la tierra

Las huellas en la tierra Anuario 2016-2017

Intervenciones en fosas comunes del franquismo en Andalucía

Juan Miguel Baquero

*Eres una mariposa de hielo,
bella, plácida, transparente,
que se derrite al levantar el vuelo.*

Edita: Consejería de Presidencia, Administración Local y Memoria Democrática

Colabora: Extra! Comunicación

© De los textos: Juan Miguel Baquero

© Del prólogo: Francisco Ferrándiz

© De la presentación: Manuel Jiménez Barrios

© De los artículos: sus autores

© De las fotografías: Juan Miguel Baquero

© De la fotografía de J. M. Baquero: Ana Ordaz

© De las imágenes de las páginas 67, 69, 139-163: respectivos equipos técnicos

Diseño y edición gráfica: Juan Diego Bazán Gallego. pedrobco@gmail.com

Primera edición: junio de 2018

Depósito legal: SE 1093-2018

Imprime: Servicio de Publicaciones y BOJA

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos de la misma.

Sumario

	PÁG.
11	Prólogo
13	Presentación
15	Introducción
16	Fuentes de Andalucía
24	Benamahoma
32	Álora
42	Huelva
48	Palomares del Río
60	La Puebla de los Infantes
70	Guadalcanal
76	Monturque
84	Guillena
90	Castro del Río
100	Nerva
106	San Fernando
118	Guadalcázar
124	El Coronil
130	Camas
138	Cártama
142	Villanueva de la Concepción
148	Colmenar
152	Marmolejo
158	Villaverde del Río
164	Lucena
176	Puerto Real
182	Artículos

Prólogo

La represión durante la guerra civil y el franquismo dejó tras de sí un paisaje de terror expresado en decenas de miles de civiles asesinados, hombres y mujeres, enterrados en fosas comunes que fueron abandonados a su suerte durante décadas. No es un abandono casual. Aún hoy en día, estas fosas son la marca más ostensible de una suerte de *apartheid* funerario en el que las personas ejecutadas durante la represión franquista no solo fueron excluidas de la comunidad de los vivos, sino también de la legítima comunidad de los muertos. Quedaron sepultados, parafraseando a David Lowenthal, bajo la tierra de un «país extraño» en el que la ejecución y el entierro en la fosa se prolongaba en una suerte de pérdida de ciudadanía.

Resulta sorprendente que sesenta, setenta u ochenta años después de la guerra, y más de cuarenta años desde la muerte del dictador, las fosas comunes continúen manteniendo vivos rescoldos del aura de represión, estigma y miedo que las produjo en primer lugar, y que los procesos memoriales que emergen en torno a ellas incomoden sobremanera en algunos sectores de la población y de la clase política, o aún generen ansiedad y miedo en otros. Que las fosas sigan estando tan vivas y provoquen reacciones en ocasiones viscerales es una demostración palpable de su eficacia como dispositivo de represión, aún a día de hoy.

Uno de los hechos más desesperanzadores que el proceso de exhumaciones de fosas de las dos últimas décadas nos ha mostrado es la enorme dificultad para cultivar un debate en profundidad sobre la guerra y la dictadura, sobre sus consecuencias y heridas, incluso a largo plazo. Es difícil de

entender que ningún pacto de convivencia con vocación de permanencia pretenda cimentarse sobre el olvido e impunidad de los crímenes del pasado. Por ello, a pesar de la incompreensión de algunos entornos sociales, se encuentren o no, se acaben exhumando o no, el trabajo de memoria y de demanda de justicia en torno a estas fosas comunes es indispensable para profundizar y enriquecer el tejido democrático de nuestro país.

Como en tantos otros conflictos, la represión de género durante la guerra y la posguerra –que convirtió el cuerpo de las mujeres en otro campo de batalla en el que el fascismo se amplificaba con el sexismo más rancio y violento–, fue especialmente desoladora. Este Anuario quiere enfatizar la aflicción y lucha específicas de las mujeres que padecieron las consecuencias de la derrota en la guerra. Aparte de las ejecuciones y de la represión que afectó de manera genérica a muchas de las personas que defendieron la República, las mujeres sufrieron agresiones sexuales, encarcelamientos y una multiplicidad de humillaciones públicas que las marcaron para siempre. Las supervivientes tuvieron que afrontar el escarnio, esconder sus duelos, sortear la miseria y multiplicar los cuidados. Para construir un país más justo y solidario enraizado en el conocimiento crítico del pasado, la experiencia de las mujeres que experimentaron la guerra y posguerra en los parajes más sórdidos de una España en ruinas ha de ocupar un lugar central en la memoria de la represión.

Francisco Ferrándiz
Antropólogo social y cultural (CSIC)

Presentación

La búsqueda de la verdad y la reparación de las víctimas y familiares de la represión franquista es una prioridad para el Gobierno de Andalucía, consciente de que una sociedad madura y democrática tiene la obligación de saber qué ocurrió durante los duros años de la dictadura.

Las andaluzas y los andaluces hemos sabido defender un relato colectivo de apoyo y de reivindicación de la dignidad de quienes dieron su vida por sus ideas y por la democracia. Es por ello que las políticas de memoria forman parte del ADN del Gobierno andaluz y son, pues, un compromiso firme.

Sabemos también que se ha llegado tarde a la reparación debida y que, incomprensiblemente, décadas después, nuestro país sigue sembrado de fosas comunes, lo que no deja de ser una anomalía en Europa.

Debemos, por tanto, afrontar de una vez la inmensa tarea de los desaparecidos forzados. Debemos leer bien, desde un relato verídico y asumido por todos y todas, las páginas más oscuras de nuestra historia reciente, porque sólo así podremos evitar que se repita la ignominia.

En este camino, Andalucía avanza con paso firme desde hace años, con una normativa específica que ha alcanzado su cénit a partir de la Ley de Memoria Histórica y Democrática. Una Ley que ayuda en la consecución de la verdad, la justicia y la reparación como un instrumento transversal que atiende a las recomendaciones de Naciones Unidas pero, sobre todo, de las propias reivindicaciones de una sociedad democrática.

El impulso dado en los últimos años en Andalucía a las intervenciones arqueológicas en fosas comunes viene a demostrar que la apuesta memorialista es una realidad palpable.

Este Anuario, *Las huellas en la tierra*, recoge el testigo del anterior, *Que fuera mi tierra*, un proyecto pionero que levantó acta de estas actuaciones y de los relatos de vida que emergen al abrir la tierra. En *Las huellas en la tierra* aparecen un total de 21 trabajos realizados durante los años 2016 y 2017.

Buscar a los desaparecidos y atender las legítimas peticiones de sus familiares no es más que cumplir con el deber de Estado. Y Andalucía ha asumido esta obligación porque siembra futuro y respeta los derechos humanos más elementales.

En definitiva, lo que sigue es un trabajo en el que se conjuga el periodismo de investigación con la sensibilidad y el rigor en la materia y que, además, incorpora un aspecto fundamental y necesario: el homenaje y reconocimiento a la mujer.

La represión franquista fue especialmente encarnizada con las mujeres, por ello la tarea de reparación debe tener una mirada femenina, aspecto en el que también estamos firmemente comprometidos en nuestra apuesta por una Andalucía justa y reparadora. Una Andalucía con Memoria.

Manuel Jiménez Barrios
Vicepresidente de la Junta de Andalucía y
consejero de Presidencia, Administración Local
y Memoria Democrática

Introducción



No se van a librar por más que berren y pataleen». Las arengas genocidas del golpista Queipo de Llano resuenan a cada palmo de tierra. Es el eco de la ignominia. La herida que Andalucía aún cicatriza.

La insaciable represión del franquismo adopta un tratamiento especial contra la mujer. Violación, tortura, escarnio público, desprecio, olvido y, por supuesto, asesinato. Los rebeldes no dudan en usar el cuerpo femenino como campo de batalla. Las «rojas» quedan expuestas a los más turbios pasajes del terror.

La imagen con la que arranca *Las huellas en la tierra* es un homenaje a todas las mujeres. Una dedicatoria que recorre cada página de este libro. Porque la memoria de este pueblo nace de la dignidad más absoluta. Y los zapatos de tacón ajados por décadas de penumbra son el espejo en el que descubrir que, si somos, es porque ellas fueron.

Con la senda marcada por *Que fuera mi tierra* -galardonado por Heraldo de Madrid con el Premio Chaves Nogales al

mejor libro periodístico 2016-, el nuevo anuario andaluz de intervenciones en fosas comunes atestigua la cruel permuta de la esperanza republicana por el desolador paisaje del fascismo.

Como metáfora de un tiempo que canjea deseos por balas. Como una suerte de caricia literaria que navega desde el rastro de la resistencia hasta los puertos evocadores, y trágicos, del empuje democrático que quiso cambiar, a bien, el rumbo de España.

Con este trabajo acompaño los vestigios de quienes tuercen el brazo al patriarcado y ganan espacio en las primerizas calles de la igualdad. Porque señala la deuda viva con todas las represaliadas, con todas las mujeres que sufrieron en sus carnes las muchas caras del afán represivo franquista. Porque seguimos caminando. Y porque *Las huellas en la tierra* siguen creando memoria contra el olvido y la impunidad.

Juan Miguel Baquero
Periodista

Fuentes de Andalucía (Sevilla)

La memoria eterna de las «niñas» de El Aguaucho



Ficha



Localización **Antiguo cortijo de
El Aguaucho**

Número
de víctimas **0 (no localizadas)**

Fecha de los
asesinatos **17 de agosto de 1936
(fecha probable)**

Equipo técnico
**Elena Vera
Elisabet Conlin
Juan Manuel Guijo**



Fuentes de Andalucía (Sevilla)

La memoria eterna de las «niñas» de El Aguaucho

Un grupo de jóvenes fueron violadas y asesinadas por fascistas de Fuentes de Andalucía que mintieron al contar dónde arrojaron los cuerpos yacentes.

La X en el mapa señalada por los propios criminales era el pozo de un antiguo cortijo, pero allí no ha aparecido un mínimo resto óseo que confirme tal relato.

Los asesinos cumplieron su doble cometido: matar y ocultar el crimen. Las «niñas» violadas no están en El Aguaucho. Los cuerpos de las jóvenes nunca fueron arrojados al pozo de aquel antiguo cortijo. Nunca. Pero su memoria, ahora eterna, ha vencido al olvido y la impunidad trazada por los fascistas.

Se han llevado «a las más nuevas», dicen en el pueblo. Corre el verano del 36 y un puñado de falangistas sigue violando a las «niñas». Luego les dan «cuatro tiros». Ebrios de muerte, los asesinos rompen el silencio de la madrugada regresando con sostenes y bragas ensartados en la punta de los fusiles. Y cuentan que las han tirado a un pozo. Mienten como bellacos.

La terrorífica narración corresponde al caso de las mujeres de Fuentes de Andalucía (Sevilla) que fueron vejadas y ejecutadas por las fuerzas golpistas. Ocurre en agosto de 1936. Más de 81 años después, arrancaba el intento de exhumación que certificaría el macabro y sádico crimen múltiple.

La búsqueda de la fosa, por el contrario, acaba con resultado negativo. Sin un mínimo resto óseo que atestigüe un episodio repetido en muchos puntos de la península como ejemplo de la represión de género que ejecutaban los rebeldes en la guerra civil y la dictadura. El terror, aplicado en cualquier rincón,



guarda un trato especial para las mujeres. Usadas como escarmiento, como ejemplo, como campo de batalla.

El trabajo arqueológico ha sido único en España por las dimensiones de la intervención. Por su complejidad, precisaba bajar a más de nueve metros de profundidad alrededor del pozo que, en teoría, era la tumba ilegal de aquellas «niñas». Una máquina excavadora de grandes dimensiones se afana durante días en mitad del campo para rebajar la tierra. Para arañar trozos de historia.

Apareció el pozo. Pero allí no estaba ninguna de las mujeres que faltan en Fuentes: ni Coral García Lora (16 años) y su hermana Josefa García Lora (18), María Jesús Caro González (18), Joaquina Lora Muñoz (18) o María León Becerril (22). Tampoco otras víctimas. Caso de Josefa González Miranda (17), Dolores García Lora (hermana de Coral y Josefa), María Caro Caro (35) y Manuela Moreno Ayora (40).

«Me llevaba a todos sitios con ella, siempre en brazos, me acuerdo cuando me cogía de la mano...». Los ojos de Pablo Caballero [87 años] se tornan vidriosos. El habla se le entrecorta. Está recordando a su tía, Josefa González. «Hermana de mi madre», precisa. Los asesinos hicieron «lo más malo del mundo», dice.

Los testimonios orales mantenidos durante décadas apuntan que los criminales «se divirtieron todo lo que quisieron y luego las mataron». Es lo que decían «los más viejos del pueblo». Que los franquistas buscaban «carne fresca». Que obligaron «a las niñas, a las más nuevas», a hacerles de comer y servirles. Sin ropa. Sometidas a todo tipo de humillación. Abusadas. La crónica popular señala un lugar que es una pista falsa. La X en el mapa: el pozo de El Aguaucho.

El crimen «tiene un claro componente de género y de clase, porque son mujeres pero mujeres jornaleras, que en el año 36 tomaron conciencia de su condición de persona y

se rebelaron contra la vida que llevaban», relata Juan Morillo, de la comisión memorialista fontaniega.

¿Los «delitos» de las mujeres? «Que iban a la Casa del Pueblo a leer y escribir, bordaban banderas republicanas, participaban en las manifestaciones del Frente Popular y organizaron una huelga como respuesta al hecho de que los señoritos dejaran las tierras sin sembrar para boicotear a la República», relaciona.

Suficiente justificación para los rebeldes, que logra que el «grupo de jóvenes» sean «raptadas el 27 de agosto del 36 por falangistas y miembros fascistas y golpistas y traídas a este lugar, el cortijo de El Aguaucho». Aquí «las vejaron, violaron, les hicieron de todo». Y, se suponía, «echaron sus cuerpos a un pozo».

Porque la cautela era máxima al arrancar el proyecto exhumatorio. Todos los agentes implicados mantenían una «especial prudencia» por la «complejidad» del caso. La Junta de Andalucía, como promotora de la intervención, subraya el mensaje de sensatez y tranquilidad.

«Hay que insistir en la prudencia», dice el primer día de trabajo de campo el director general de Memoria Democrática, Francisco Javier Giráldez. «Hay que tener en cuenta un tema terrible», continuaba casi como premonición: «los testimonios los tenemos a través de los propios asesinos, de que fueron vejadas, asesinadas y arrojadas a un pozo».

Relatos orales que debían quedar corroborados «con metodología científica» y confirmar el «significado muy especial» que atesora. «Es un episodio muy significativo y que se ha repetido en varios espacios de Andalucía, como la fosa de Grazalema, de las mujeres de Guillena o de Puebla de Guzmán», asegura.

Una tipología criminal «que pone en evidencia que hubo una represión de género y esto se ve en el número de mujeres que hay en las exhumaciones y en el trato especializado que los verdugos tuvieron con ellas», en palabras de Giráldez.

La exhumación había sido reclamada durante años por familiares de las víctimas con el apoyo de la Asociación Memoria Histórica Fontaniega. Contaba con la colaboración del Ayuntamiento de Fuentes de Andalucía y La Campana, en cuyo término municipal está ubicado el cortijo.

La Junta destacó también la colaboración del actual propietario de la finca al facilitar la tarea dirigida por la arqueóloga Elena Vera. Que ya unía desde el primer día, casi con un palpito, dos palabras clave: «complejidad» y «prudencia». Había que bajar. Hasta el fondo, y ver si el final de la historia era el contado durante décadas. O es otro que quizás nunca se sepa. El objetivo, no obstante, está en la mano: la memoria de las «niñas» de El Aguaucho seguirá viva para siempre ■



«Han perdido los malos: no se impone el olvido»



Me llamo Pablo Caballero González, tengo 87 años. Mi tía era Josefa González Miranda, hermana de mi madre. Tenía 17 años. En algunos sitios le han puesto 18, pero no los había cumplido todavía. Recuerdo de ella muchas cosas. Íbamos al pueblo, donde había una fuente... que le decían Fuente de la Reina, y me llevaba a mí siempre».

Cuenta la historia como si fuera un niño. La vive como tal. Como si el tiempo se hubiera detenido en aquel momento en que un grupo de fascistas secuestra, veja y mata a «una niña». Pablo asiste al intento de localizar los restos de aquellas mujeres de Fuentes que, según sus captores, habían sido arrojadas a un pozo de El Aguaucho. Con lágrimas en los ojos, siente cada vez que la máquina araña la tierra.

Entrevista a Pablo Caballero,
sobrino de Josefa González,
una de las «niñas» de El Aguaucho.



Y, al final del proceso, deja un legado que recoge Miguel Ángel Melero: «Roto, hundido por tener que explicar cara a cara a este niño de 6 años [porque ahí se paró su reloj], que los fascistas no sólo la violaron y mataron, sino que se mofaron de todo un pueblo señalando un lugar falso para la ubicación de su cuerpo, el famoso pozo de El Aguaucho. Y encima viene el 'niño' y nos consuela a nosotros diciendo que 'han perdido los malos, aunque no hayamos encontrado los cuerpos, porque no han conseguido que se imponga el olvido'. Enorme. Eterno. «Qué grande es la gente de la Memoria».

Pablo, cómo era Josefa.

Era muy cariñosa. Ella era la que se quedaba con la familia en la casa. Mi padre iba a trabajar y éramos cuatro en la familia, y mi abuela vendía cerillas por la calle porque también estaba viuda. Y ella era la que se quedaba. Como yo era el mayor, los otros eran más chicos y se quedaban en casa con la abuela y yo me iba con ella a todos lados. Me acuerdo de eso, de cogerme de la mano, ir a Fuente de la Reina... tenía mucho apego a ella. Mucho. Ahora mismo estoy un poco emocionado.

¿Ha pensado por qué irían a por ella?

Qué se yo. Porque ella no era... el novio dicen que era de izquierdas. Se llamaba Manuel, o Antonio, tenía 20 años. Y ella, pues claro, iba a todos lados con él. Era muy buena persona. Al novio lo mataron el 5 de agosto. A ella el 17 o el 18.

Como si fuera un «crimen».

¿Recuerda el día de la tragedia?

Movimiento de... [Pablo se muestra un tanto nervioso en este instante, como si el discurso, repetido mil veces, emanara con dificultades al recuperar el día clave] allí en la calle estaba todo siempre cerrado porque venían cuatro o cinco por la tarde y la gente estaba guardada. Oía decir: «¡Ya vienen a por mí!». En mi calle, Sol, que es muy ancha pero no muy larga, mataron a ocho o diez.

En su casa el crimen supuso...

Una bomba, ya ves.

¿Hubo guerra en Fuentes?

No, guerra ninguna. Ni resistencia. Llegar [los fascistas] y hacerse a mos. Aquí la gente salió corriendo. Quisieron cambiar a los presos de La Campana y de aquí, pero no se hizo y a muchos los mataron. Y ya venían los capitalistas de Fuentes muy enriquecidos por lo que habían hecho en La Campana.

Dispuestos a aplicar el terror incluso con las «niñas».

Eso es... yo qué sé, lo más malo del mundo. Llegar, que ellos estén comiendo y que a ellas las tengan en cueros... lo que hacían con ellas. Yo qué sé. Eso es lo que decían los más viejos, que se divertieron todo lo que quisieron. Y luego las mataron. Yo me he enterado de todas esas cosas. Sí... desnudas. Ellos vivían en el otro sitio, en aquel que está pegado a la autovía de ahora, allí estaban los jefes y cuando se hartaban de ellas las traían aquí y las remataban. Los cuatro sinvergüenzas, falangistas. Había mucho falangista en el pueblo. La mayoría [de los criminales] eran del pueblo. Del mismo pueblo [que las «niñas» de El Aguaucho].

¿Se supo quiénes eran?

Por lo menos de tres o cuatro se sabía que estuvieron aquí.

¿Cómo vivieron luego los verdugos?

Bien, cómo van a vivir. Mi madre, Pastora González Miranda, se enfrentó a uno de los que había. Le echó una bronca. «Tú eres un sinvergüenza. Todavía estás aquí, que has matado a todas las mujeres y has abusado de ellas y todo...». Pero eso con Franco todavía vivo. Sería sobre el año 70 o 72. De todo le dijo. Y lo que hizo [el asesino] fue quitarse de en medio. Y ya está.

¿Qué le parece que los victimarios nunca hayan pasado por un juzgado español?

A mí qué me va a parecer. Eso es una cosa malísima. De lo más malo que se puede hacer. Eso de matar a la gente, así como así, abusar de ellas...

¿Cómo puede llegar una persona a esos extremos?

No me lo explico todavía. En el pueblo se dice que fue una venganza, que el 1 de mayo hubo una manifestación y el

médico estaba echando fotos desde la ventana y luego usaron esas imágenes para identificar a la gente. Y cogieron a las niñas, a las mujeres más jóvenes que participaron en la manifestación, y vinieron aquí. Lo que hicieron fue una barbaridad. Iban buscando sembrar el terror. En cierto modo lo consiguieron, porque no hay forma más brutal ni más... vamos, ni la palabra asesino describe eso.

E iban buscando mujeres.

Sí. No se sabe exacto cuántas. Unos dicen que 15, otros que cinco... En Fuentes están puestos todos los nombres, cada uno tiene un árbol y una plaquita. Al principio mataban cada día. Hubo chivatos. Y las buscaban en grupito. Cogían a tres, hacían de todo, y a los días iban a por otras mujeres ■



Benamahoma (Cádiz)

La crónica genocida de los «Leones de Rota»



Ficha



Localización **Cementerio viejo**

Número
de víctimas **26 (en proceso)**

Fecha de los
asesinatos **Desde el 15 de agosto
de 1936**

Equipo técnico

Jesús Román

Juan Manuel Guijo

Antonio Domínguez



Benamahoma (Cádiz)

La crónica genocida de los «Leones de Rota»

La memoria avanza. Y vence al terror. Como ocurre en la fosa común de Benamahoma (Grazalema, Cádiz). El lugar donde la crónica del genocidio fundacional del franquismo tiene nombre: el grupo de falangistas conocidos como los «Leones de Rota». En la aldea gaditana, el recuerdo supera décadas de olvido e impunidad

para acabar buscando los huesos del medio centenar de víctimas ejecutadas en apenas un mes, entre agosto y septiembre de 1936.

En el pequeño pueblo de la sierra de Cádiz no hubo guerra civil. La plaza cayó rápido en manos rebeldes, al igual que la mayor parte de la provincia y el suroeste peninsular. La fácil conquista no evita que las tropas fascistas

La fosa de Benamahoma atestigua cómo en la pequeña aldea de la sierra de Cádiz los falangistas matan a más de 50 personas en apenas un mes.

El sumario abierto contra el cabo local de la Guardia Civil confirma las «ejecuciones y asesinatos, saqueos y violaciones» desatadas.



pongan en marcha la estrategia de aniquilación del adversario social y político diseñada de antemano.

Las tapias de la iglesia muestran aún hoy un reguero de impactos de bala como testimonio. Sólo unos metros ladera abajo, los cuerpos inertes de los ejecutados acabaron arrojados a los sucesivos agujeros abiertos en el antiguo cementerio.

Los golpistas de la zona inician la represión de inmediato, con el apoyo decidido de las fuerzas paramilitares de Falange. Son los conocidos como los «Leones de Rota». Con sangre y fuego escriben una crónica genocida que queda relatada por el propio régimen de Franco.

«Ejecuciones y asesinatos, detenciones arbitrarias, desapariciones forzadas, saqueos, violaciones, amenazas, coacciones, torturas...», narra el historiador y arqueólogo director de los trabajos en el viejo camposanto de Benamahoma, Jesús Román.

La fuente principal para conocer «cómo funcionó todo el aparato represivo» en el caso es el Procedimiento Sumarísimo Número 1098 incoado en el año 1940 contra el cabo de la Guardia Civil Juan Vadillo. Lo cuenta

Francisco Espinosa Maestre en uno de los capítulos del libro *La Justicia de Queipo*.

Vadillo es el máximo responsable de la carnicería desatada y, tras un puñado de denuncias anónimas, queda acusado de los crímenes y condenado a diecisiete años de cárcel. El criminal responde, no obstante, de un solo asesinato. El de una mujer. El resto queda impune. Otras 50 ejecuciones que quedan justificadas legalmente por la aplicación del bando de guerra, según consta en la sentencia.

Pero el cabo no es un lobo solitario. Tiene el animoso soporte de la centuria falangista liderada por Fernando Zamacola Abrisqueta, los temidos y sanguinarios «Leones de Rota». De sus terroríficas hazañas dan fe los propios golpistas encausados.

«Asesinatos perpetrados por él mismo en personas menores de edad o de reconocida buena ideología, varios de ellos en personas del bello sexo con el exclusivo fin de violación por parte del citado Juan Vadillo Cano, y sobre saqueos e incautaciones verificados con el solo objeto de lucro». La transcripción literal del texto judicial no deja lugar a dudas.

«Vadillo ordenaba los fusilamientos», confiesa uno de los testigos. Matan a «unas 50 personas, entre ellas algunas mujeres», señalan. También «fue sancionado [ejecutado] un muchacho de 15 años», apunta el testimonio de otro «león» falangista como testigo y partícipe de las fechorías.

Los fascistas matan a una mujer «recién parida». Es la memoria oral del terror. La historia que todos repiten en el pueblo. El relato guardado en el primer estante del recuerdo. La reahíla que traza las secuelas de la barbarie.

Cuentan que la mujer yace tirada a los pies de la iglesia, junto al grupo de víctimas mortales. Pero está viva. Cuando los pistoleros marchan, acaba arrastrándose calle abajo. Como una alimaña malherida. Dejando un rastro de sangre.

Los «Leones de Rota», avisados por algún vecino, sólo tienen que seguir el trazo rojizo dibujado en el suelo. Acaban el trabajo. «Otros refieren que el sepulturero la encuentra y la remata dándole con una pala en la cabeza». Dicen «que la sangre se mezclaba con la leche» de aquella mujer «recién parida» ■



El drama de las hermanas Sarmiento

A escasos metros de la fosa que no se atreven a mirar. «No, no miramos, nos quedamos aquí arriba», repiten Ana y María. Como si ladera abajo hubiera un abismo. Como si la tumba abierta emana todo el dolor acumulado en una vida de gritos callados.

«Nunca le hemos visto la cara a nuestro padre», dicen. Tienen 83 y 81 años. Y no se atreven a asomar los ojos encharcados al agujero excavado en la tierra serrana. No son capaces de ver los huesos al aire. Alguna de esas personas pudiera ser su



progenitor, Antonio Sarmiento Gutiérrez, arrastrado desde el vecino pueblo de El Bosque y asesinado por los fascistas.

Es el drama de las hermanas Sarmiento. El de todas las víctimas del franquismo. «Tengo una cosita, como nervios por dentro», confiesa María. «Yo sí estoy muy nerviosa», decía Ana. Ya saben «dónde está» su padre, revelan en mitad de una «extraña mezcla de alegría y tristeza».

«Sabíamos lo que nuestra madre nos podía contar». Cuando Ana Barea Fernández, enlutada por Antonio, rompía el manto de silencio. Ahora sus hijas sí pueden hablar. Porque en «aquellos tiempos», dicen, «había más opresión».

«¿Qué oíamos en casa? Nada. Antes no se escuchaba nada, éramos chicas y mientras crecimos, qué nos iba a contar». Siguen. «Yo tenía seis meses y ella tenía dos añitos».

«Cuando fuimos mayorcitas... ella [su madre] no quería que viniéramos aquí. No sabíamos por qué, hasta que cuando teníamos doce o trece años empezamos a conocer cosas», dice Ana. «Tenía miedo de que le pudiera pasar algo, porque se llevaban a la gente y ya no se volvía a saber nada. Y por nosotras también tenía miedo. Siempre estábamos asustadas», alerta María.

El asesinato de su padre «fue una tragedia en nuestra casa». Con el secuestro como disparo. «A nuestro padre se lo trajeron de El Bosque junto a otras cinco o seis personas». Y el desamparo como herida abierta. «Nuestra madre se quedó sola y sólo con sus manos para sacarnos adelante, ni había pagas de viudedad ni nada».

—«Ya habíamos venido aquí otras veces, cuando empezaron a cavar las primeras veces. Tengo una cosita, como nervios por dentro».

—«Yo sí estoy muy nerviosa, temblaba mucho pero... es una mezcla de alegría y tristeza, porque vamos a saber dónde están».

—«Aunque no le hemos visto nunca la cara a nuestro padre».

—«Tenemos una foto de cuando estaba en la guerra de Melilla» ■

Crece el compromiso con la Memoria

El vicepresidente de la Junta, Manuel Jiménez Barrios, presencia los trabajos exhumatorios junto a una comisión de parlamentarios andaluces.

El compromiso de la Junta de Andalucía con la Memoria tiene un dato categórico: las 57 intervenciones de los dos últimos años. Unas cifras que colocan a la región en la vanguardia de la recuperación memorialista en el país. Y esta obligación contraída con las víctimas del franquismo sigue creciendo.

Como ejemplo, el incremento del 154 por ciento de la partida presupuestaria para actuaciones en fosas comunes para el próximo ejercicio. Un extremo que confirmó el vicepresidente andaluz y consejero de la Presidencia, Administración Local y Memoria Democrática, Manuel Jiménez Barrios, en la visita a los trabajos arqueológicos en el antiguo cementerio de Benamahoma realizada junto a una comisión de diputados del Parlamento de Andalucía.

«La búsqueda de la verdad, la transparencia, el reconocimiento y la reparación». Son las claves que destaca Jiménez Barrios como definición de la tarea emprendida desde el Gobierno andaluz. Una labor desarrollada «desde el rigor científico» con la dirección de los diferentes equipos de arqueólogos y antropólogos encargados de la localización y exhumación de los restos óseos de las víctimas de la represión franquista.

Con estas actuaciones «se pone de manifiesto que una sociedad democrática como la que vivimos también tiene que ser consciente de que tiene que recuperar su pasado para que todo el mundo se sienta absolutamente comfortable dentro de esta democracia que nos hemos dado», en palabras de Jiménez Barrios.

Andalucía «siempre ha sido sensible y, en esta materia, es absolutamente pionera, consciente de que en esta tierra hay muchas víctimas del franquismo que hoy merecen el respeto y la reparación», ha subrayado. La visita del vicepresidente de la Junta significa la más alta presencia institucional en una fosa de la guerra civil ■



Álora (Málaga)

Un castillo para «la noche de los 60»



Ficha

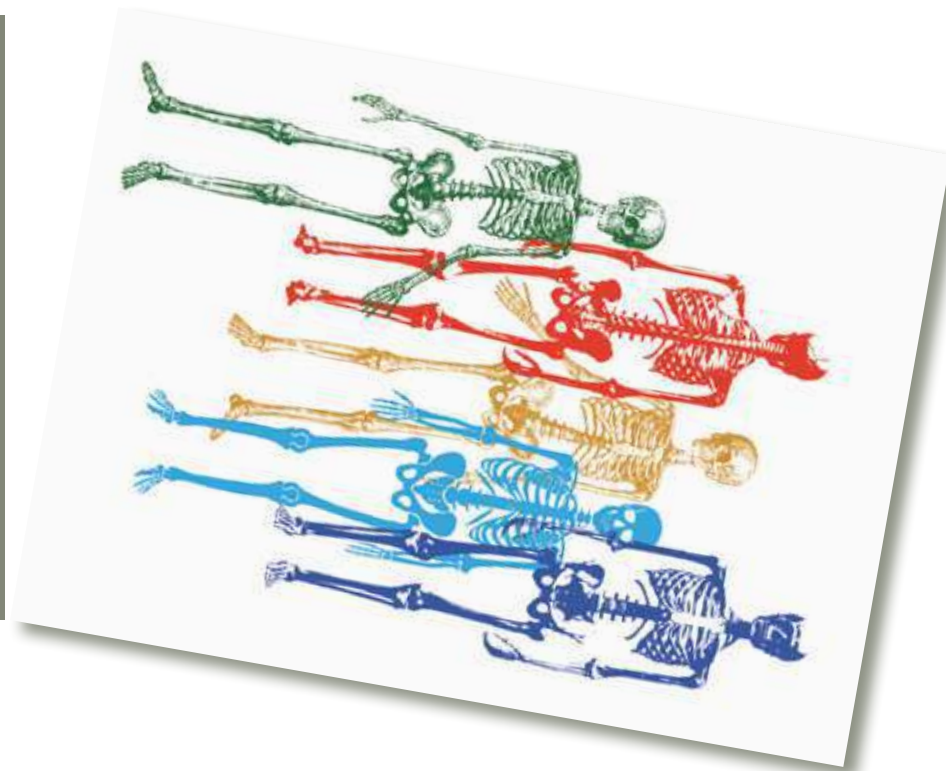


Localización **Castillo medieval,
antiguo cementerio**

Número
de víctimas **9 (en proceso)**

Fecha de los
asesinatos **Desde el 7 de febrero
de 1937**

Equipo técnico
**Andrés Fernández
Cristóbal Alcántara
Francisco Melero
Eloísa García
Juan Fuentes**



Álora (Málaga)

Un castillo para la «noche de los 60»

Conocida la sublevación, el alcalde ordena que el pueblo entregue las armas. Ocurre en Álora (Málaga), donde el regidor Ángel Cabello Mesa intenta controlar una situación desbocada en todo el país desde el estallido de la conspiración golpista. Los jornaleros han peleado el

pan durante la República y ahora viven una calma tensa que destrozan los rebeldes.

Dominando el valle del Guadalhorce, está el castillo de Álora. Sus muros van a ser testigos silentes del terror. La fortaleza queda convertida en una fosa común elevada casi 250 metros sobre el nivel del mar.

Málaga vive en febrero del 37 uno de los episodios más dramáticos de la guerra civil: la huida masiva de refugiados por la carretera de Almería.

En plena «desbandá», los rebeldes comienzan una dura limpieza en Álora, donde la fortaleza árabe sirve para matar y enterrar a republicanos.



El contexto histórico de aquellas fechas lo cuenta el historiador José Miguel Arlandi Pérez.

«El 21 de julio el pleno del Ayuntamiento decide que se actúe con energía para sofocar cualquier movimiento fascista que surja en la localidad. Hacen votos por la democracia, por la derrota total de la reacción. Muestran, todos, confianza absoluta en la victoria, dándose 'vivas' entusiastas a la República y al Frente Popular.

Existen noticias de la llegada de miembros de las milicias republicanas en el mes de agosto de 1936. En septiembre, las tropas gubernamentales ya están bajo el mando del teniente coronel José María Piaya Rebolledo.

Los voluntarios milicianos forman distintas columnas, implantándose en Álora el cuartel general del sector. La zona comprende desde la zona del valle de Abdalajís hasta la serraña de Ronda. Ahí destaca la columna CEFA y los batallones Metrala, Ascaso, México, Largo Caballero o Pablo Iglesias.

La línea del frente resulta casi inamovible desde la ocupación de Antequera en agosto del 36. Y la de Ronda, en septiembre del mismo año. Hasta la ofensiva rebelde en enero y febrero del 37. El sector de Álora contaba con 4.753 miembros de tropas, 133 suboficiales y 156 jefes y oficiales. Entre sus armas destacan 7 fusiles ametralladoras, 13 ametralladoras, 8 cañones y 14 morteros.

Durante estos meses solo se producen leves escaramuzas. Los comités organizan el trabajo, la incautación y redistribución de la producción ganadera y agrícola para las milicias republicanas del frente.

Pero el 14 de enero comienza el avance golpista en el frente entre Antequera y Ronda, reforzando sus líneas en el doble de sus guarniciones. El 31 del mismo mes arranca la ofensiva final de los rebeldes para ocupar Málaga, por orden del general Queipo de Llano.

En la madrugada del 8 de febrero del 37 culmina el avance. Explota la huida masiva por la carretera de Almería, en unas tierras colapsadas por el gran número de refugiados llegados desde cualquier punto de Andalucía.

El mismo día comienza una fuerte represión. Los fascistas realizan los primeros arrestos y ejecuciones en el municipio.



Las detenciones y muertes quedan materializadas por elementos falangistas, sin ningún tipo de garantías judiciales.

Así, el 14 de febrero nombran una comisión gestora con cuatro miembros, todos afines al nuevo 'Movimiento'. El mismo día se produce el primer fusilamiento de un grupo a las afueras de la localidad aloreña [el pueblo vivió una ejecución masiva conocida como 'la noche de los 60'].

Los ejecutados pasan, desde ese momento, por la cárcel. El recinto está en pésimas condiciones y siempre supera el aforo previsto. Los golpistas usan un local de las dependencias municipales como presidio. Y, desde allí, suben a los

presos hasta el antiguo cementerio, que se encontraba en el castillo árabe de Álora.

Allí, en las tapias, fusilan a todos cuantos quieren y luego arrojan sus cuerpos a las fosas abiertas. La represión en el pueblo, sin embargo, no queda resumida sólo en los asesinatos. También en las vejaciones sufridas por familiares de víctimas. O en las propias condiciones que viven los detenidos y en todas aquellas personas que fueron cesados de ejercer sus profesiones. Y, por supuesto, en quienes son afines a los ideales republicanos y soportan una represión siempre presente en sus vidas» ■

El chiquillo quiere ser militante

La memoria de Antonio Mayo



«¡Yo no cuento las cosas! No tengo nada que contar. ¡Qué voy a contar yo ahora de eso! No cuento nada... Con ocho años que tenía, ¿qué voy a contar? ¿Es que sabía yo acaso los movimientos que había?». La memoria de Antonio Mayo resiste. Pese a sus reticencias iniciales. Y acaba contando.



Como el día que secuestran a su hermano. «Vinieron pegando a la puerta tres hombres, falangistas, y se lo llevaron. Tenía 23 años. Mi madre, chillando. Y mi hermana». Lo sacan, lo trasladan a la cárcel «y de ahí al cementerio, ya está». El lugar de la gran fosa es el castillo medieval del pueblo. «Aquí [señala el patio central de la fortaleza], a matarlo, claro, y aquí está mi padre también, que eso fue después, terminada la guerra».

O la historia vivida «con los milicianos». El chiquillo, que ahora calza casi 90 años, quiere ser un guerrillero más. «¡Yo lo pasé muy bien! Me quería ir con ellos, y no me dejaron. Me vine llorando a mi casa».

Los resistentes venían «de Sevilla», recuerda. De Álora «nada más que había uno, que yo recuerdo». Y el pequeño. «Yo iba a todos lados con ellos, vestido de miliciano como salgo en la foto [que acompaña estas líneas]. Me cogían en hombros y esas cosas. De esto sí me acuerdo porque era grande», rememora.

Nunca le contaron la «causa» de la lucha, pero sí de quien de algún modo comandaba el grupo. «El viejito que sale en la foto, que yo le decía 'el abuelo' y me llevaba siempre».

El viejo Antonio explica la imagen, con el chiquillo Antonio empuñando un arma. «Me acuerdo perfectamente. Como si fuera hoy. Me dieron la pistola para que jugara con ella. Estaría descargada, digo yo... y alguien tenía una cámara y nos dijeron que nos teníamos que poner para la foto. Entonces uno se puso con el culo así como sale y me dijeron que le apuntara. Y eso fue, todo de cachondeo».

Antonio es risueño. Fuerte. Encara la vida que le ha tocado. Con firmeza. «¿Si encontramos a mi hermano? Mi sobrino lo que quiere es que, si dieran con él, enterrarlo con la madre. Ahí está. ¡Martín! Ven acá» ■

El aciago día amanece matando

La memoria de Martín Mayo



Que estábamos hablando de tu padre. Yo le he dicho [al periodista] lo que tú me has dicho, que en caso de que se encontrara, sacarlo, enterrarlo con tu madre y contigo cuando estés muerto». Antonio Mayo introduce en la conversación al hijo de su hermano. «Se llama igual que el padre, Martín Mayo Aranda», dice, cediendo el testigo.

«Cuando yo esté muerto, los tres», ratifica Martín. «Se lo tengo dicho a mi mujer, que si muero antes de que saquen a los que están aquí delante, con mi madre y a echar humo».

La coincidencia nominal entre progenitor y vástago tiene una explicación. Siempre. «Mi padre era un miliciano y se



casó con mi madre, Antonia Lamas González, cuando estaban en zona roja. Se casaron bajo las armas, porque no había iglesia, bien casado. Aquellos papeles los rompieron todos, no quedaron nada y mi madre pues ya no rezaba en ningún lado con mi padre. Al nacer yo [un mes después del asesinato] me puso los apellidos de mis abuelos».

El aciago día de abril de 1937 «amaneció matando», dice. Martín padre acaba ejecutado. «Y yo nací en mayo, que estaba mi madre con la barriga yendo arriba y abajo para ver a mi padre en la cárcel». La saca dejó una cicatriz imborrable.

«Mi madre... lloraba, pero cada vez que veía al pringoso ese [uno de los gatilleros] lo rifaba». ¿Le insultaba? «Le decía de todo. En la fuente arriba, donde lo pillaba. Era de los malos». De los fascistas, se refiere.

«Y mira si yo no sabía nada que tuve que ir a afeitarse al padre del pringoso ese, allí a su casa, fui a afeitarse al viejo... para haberle cortado el pescuezo». En aquel momento, precisa. Ahora no. «Pero es que mi padre no hizo nada. Nada. No debieron matarlo. Con 23 años, no tenía sangre en las manos ni nada. Nada».

«Un miliciano viejo le dijo: '¡Martín, vente, que como esta gente [los golpistas] te coja, te mata!' Se fue con ellos y llegó hasta Almuñécar. Y allí dijo: 'pero bueno, si yo no he hecho nada, ¿por qué me voy a ir con mi mujer como está [embarazada]?'. Se vino y lo cogieron».

El hijo de Martín, y nieto, se llama Cristóbal. Y completa el relato. «De pequeño he sabido que a mi abuelo, el padre de mi padre, lo habían fusilado sin tener ninguna mancha de sangre, solo por tener unos ideales». La familia busca, dice, cerrar el duelo. «Saber que está aquí y enterrarlo como se merece».

Cristóbal, maestro que ejerce en La Rioja, analiza el contexto que rodea a la Memoria Histórica. Con dos necesidades vitales, apunta: buscar a los desaparecidos «que están sepultados bajo tierra» y romper la impunidad que protege los crímenes del franquismo.

Y una apuesta «acertada», subraya, como es la «decisión de la Junta de Andalucía» de abrir el currículum educativo «para que todos los andaluces conozcan la verdad, lo que ocurrió, para que jamás se vuelva a repetir». En ese camino del aprendizaje, dice, no hay «rencor» ■

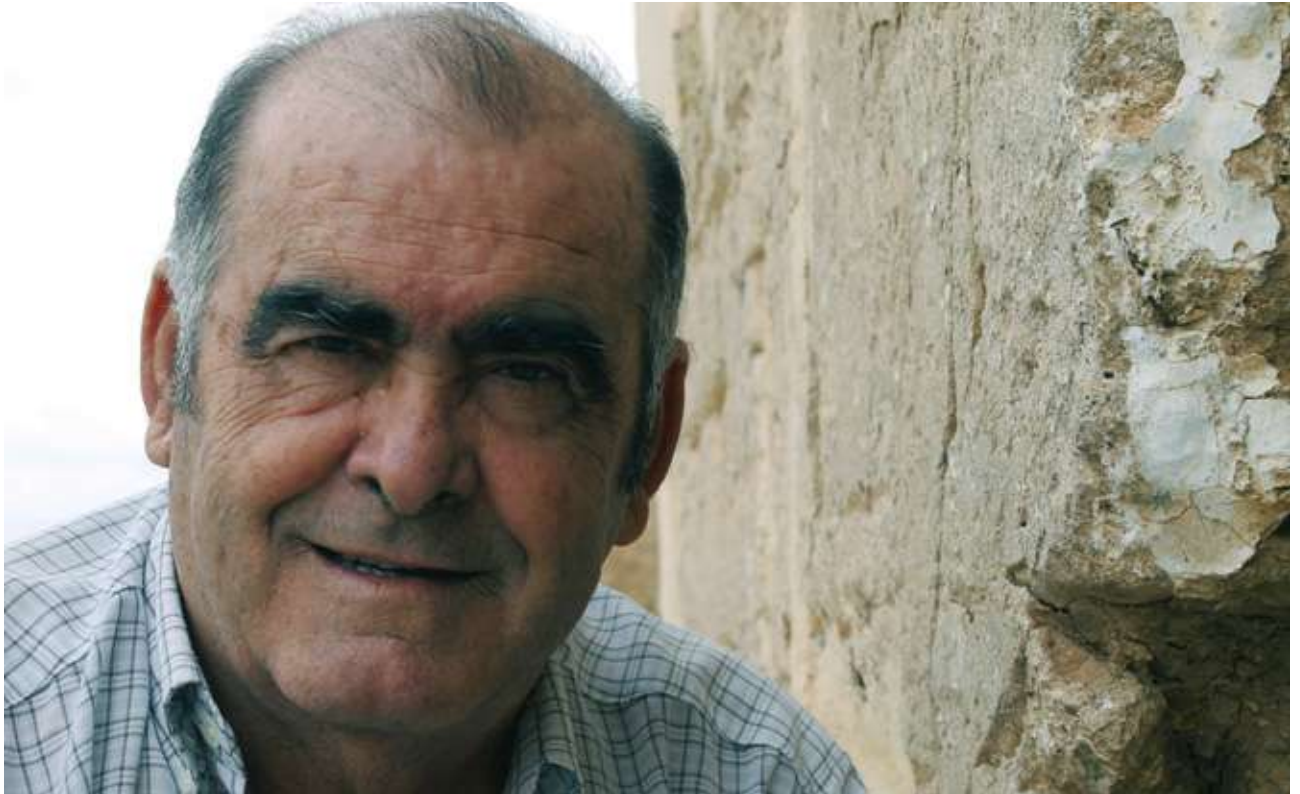
El niño «rojo» que leía a Lorca

La memoria de Juan Lepe Vera,
«el rey»

« Empezaron a llamarme ‘rojo, como tu abuelo’, y yo con 12 años no sabía ni qué era eso de ‘ser un rojo’. Así que comencé a aprender y preguntar, a coger libros, y me apunto por la noche a la escuela. Empiezo a leer quién era Rafael Alberti, Antonio Machado, Picasso... toda la generación de poetas y escritores de izquierda que mataron o tuvieron que ir al exilio. Y cuando leo que Lorca era ‘rojo’, y los demás, entonces me dije: ‘yo voy a ser el más rojo de este pueblo’. Y así sigo.»

Ahí sigue Juan Lepe Vera, al que en Álora conocen por «el rey». Luchando por las causas justas. Por las ideas que nunca caducan. «No tuve escuela», dice, «pero he leído bastante», precisa, sabedor de quien soporta el envite del más pintado.

Aquel día que le refriegan ser nieto de un «rojo», el niño trabaja en «una casa del centro». Carga materiales de construcción desde el sótano. «Llevaba un cubo de mezcla y cuando subo veo una reunión de cuatro o cinco mujeres rezando el rosario y les dije que en vez de rezar por qué no



repartían las cosas que tenían en la bodega, que se estaban pudriendo».

La respuesta, ante la inocente estupefacción del joven Juan, es el consabido: «eres un rojo, como tu abuelo». Y este familiar era Juan Vera Muñoz, asesinado por los fascistas cuando tiene solo 37 años de edad y un delito mortal, según los rebeldes: ser miembro del sindicato UGT.

En la familia no es el único que falta. «Mataron también a sus tres hermanos, a los cuatro los fusilaron. Y uno de los hijos de mi tío abuelo se fue a la sierra con una partida de guerrilleros y también lo mataron, con 17 años de edad», narra «el rey».

A su abuela materna fueron a buscarlo «en una casita que tenía en el campo». Cuando lo llaman, sale al encuentro de la Guardia Civil con una de sus hijas, que tenía 11 años de edad. Aquella niña se llama María Vera Álvarez, y vive. Recuerda el último día que vio a su padre, «porque está lúcida y con la cabeza en su sitio, aunque tiene más de 90 años», anticipa Juan.

«Ella me ha contado que la Guardia Civil le preguntó: ‘¿Usted no ha echado ropa ni nada?’. Cree que era para que volviera y pudiera escapar, porque estaba lejillos... pero como no había hecho nada, de sangre ni ningún delito, no fue». Acompañó la partida. Y acabó en la fosa común.

Cuando proponen al abuelo volver a su casa, «un falangista dijo: ‘¡Y si se escapa!’; a lo que otro contestó: ‘Si se va, yo lo cojo con mi caballo y una escopeta’». La memoria de María

es firme. La hija de Juan observa la escena con un miedo atávico, desconocido y creciente. El suceso late hasta el día de hoy.

«A uno de los hermanos de mi abuelo, que era mayor que él, los falangistas lo mataron a palos en la puerta de la cárcel de Álora. No quería subir al castillo y como era un hombre fuerte se tuvieron que liar con él entre unos cuantos, con las culatas de los fusiles y con lo que pillaron... lo mataron a palos».

El relato que traza Juan Lepe no tiene escapatoria. Tiene claro que fueron crímenes de lesa humanidad. Pasó de una casa donde reinaba el «silencio total» a convertirse en un referente en la pelea por rescatar todos los nombres. Y en ese camino sigue: verdad, justicia y reparación.

Las primeras elecciones municipales después de la dictadura de Franco dejan en el pueblo «al primer alcalde socialista, Pedro Aranda». Lepe pormenoriza los resultados y el número de concejales que dan la alcaldía «a la izquierda»: 4 del PSOE, 3 del Partido del Trabajo, uno del Partido Comunista y otro del Partido Andalucista. Enfrente, la UCD saca 8 encabezada «por Antonio Martos, abogado y una persona ejemplar, muy bueno», especifica.

Pocos días después «me avisa Martín Mayo». Es hijo de represaliado por el franquismo «y me dice: ‘Juan, en el cementerio el Paro Comunitario [plan de empleo público] está rompiendo donde está la fosa para hacer un panteón encima,

y esa noche nos vamos a casa del alcalde y le decimos que ahí encima no pueden hacer nichos».

Año 79, con el régimen de Franco dando arqueadas y el país sumido en plena Transición a la democracia. «Convoqué una asamblea de familiares [víctimas del terrorismo franquista], que hace 40 años quedaban muchos vivos, y nos negamos a que allí se hiciera nada». La primera señal para preservar la zona, dice, «fue una cadena grande que se puso alrededor del patio de armas del castillo para que la gente respetara la zona donde están las fosas».

El mismo lugar donde ya han sacado «diez cuerpos». La dirección arqueológica del proyecto, apunta, «pidió a la Universidad de Granada ayuda con el georradar y ya tenemos los planos». Marcan varias posibles tumbas ilegales. «Parece que concuerdan con la realidad», con los datos que han acumulado en años de investigación.

«Hay una de 12 metros por 2 de ancho que podría ser la de ‘la noche de los 60’ y otras que concuerdan con las fechas que tengo, de fusilamientos de 15 personas, de 10... por ahí van», señala esperanzado. Sabedor de que la lucha de las víctimas del franquismo «sigue hasta hoy». Que aquellos niños «rojos» que aprendieron leyendo a Lorca, a Alberti, a Machado, a Miguel Hernández... siguen marcando los senderos de la memoria ■

Leche de cabra, cañas de azúcar y muerte

La memoria de José Florido

« Mi padre era un jornalero nato, del campo. Cuando entraron las fuerzas [rebeldes] por Antequera, los señoritos de los cortijos venían y decían que todo aquel que tuviera chaquetillas, eran rojos todos. ‘Esos eliminados’, decían. Y así era». La dureza del relato de José Florido Lobato no llega de sus ojos, ni de su rostro arado por el tiempo, sino del pasado que azota toda una vida.

José nace el 13 de septiembre del año 36 cerca de la cuesta del Algarrobo. «En la punta de abajo vivían mis padres, en una casilla de alquiler». Su madre era María Lobato Martínez. Su padre, Cristóbal Florido Hidalgo. Tenía 26 años cuando pierde la vida a tiros «Y ella tenía 22 y se quedó viuda con tres hijos, que nos tapaba con una servilleta... ni un colchoncillo donde dormir siquiera».

«¡Ahí vienen los malos, los fascistas, vámonos!». El grito, y el miedo, recorren el pueblo. «Mi padre aparejó una

borriquilla que tenía y salió para la carretera de Almería». Con una niña de tres años metida en un cubo, un niño de dos al cinto «y yo con seis meses en los hombros de mi madre», recuerda. «Y una cabrilla amarrada a la burra para darle a mis hermanos leche, porque la de mi madre me la daba a mí, pero a ellos había que darles alguna comidilla».

Toda la familia intentando escapar. Con rumbo, sin saberlo, a *la Desbandá*. «Había tres barcos enfrente, en el mar, con los alemanes, con los aviones, y por la carretera matando a todo lo que pillaban... viejos, niños. Todos». José mira fijamente con unos ojos que parece tuvieran dentro las imágenes de la carnicería provocada por los franquistas apoyados por tropas de la Alemania nazi de Adolf Hitler y de la Italia fascista de Benito Mussolini.

La primera noche «mi padre no durmió, decía que se fumó tres paquetes de tabaco y que veía pasar gente, y más gente, diciendo: ‘¡venga que vienen los fascistas!’; huyendo por la carretera donde nos metieron a todos embocados allí». Acorralados en el mayor crimen de guerra del franquismo.

José teatraliza una escena revivida mil veces. «Mi padre: ‘María, ¿y qué hacemos nosotros con este cuadro, hija? Y yo que no he hecho nada, ¿qué me van a hacer?’ Y mi madre: ‘Cristóbal, tú sabes lo que pasa, que esta gente no tiene miramientos, vamos a seguir!’ Pero nos volvimos. Y fueron a por él». A por su padre, «que fue denunciado por un tal... aquí le decían Antonio ‘el Remamao’», apunta.

«Un mes estuvo en la cárcel. Era el preso 92». Lo único que hizo, dice su hijo, es participar en «un comité» de braceros que pedía «que se respetase el sueldo de los jornales y que lo subieran un poquillo porque no se podía tirar». Acabó siendo uno más en «la noche de los 60», como se conoce en el pueblo a aquella madrugada rota a tiros.

Y José, como en una atropellada letanía, regresa a la encerrona sufrida en «la carretera de la muerte». «Pusieron tres barcos enfrente, cuando la cuesta se empina y se mete por la sierra ahí ya metieron... y los aviones, iban batiendo por lo alto, y luego ya las fuerzas que ayudaron a esta gente... los italianos, los metieron también por la cuesta del Moro, con ametralladoras tirando a todos los que iban por ahí queriendo escapar por las cañas de azúcar» ■



Huelva

El anarquista que Franco mató por leer a Nietzsche



Ficha

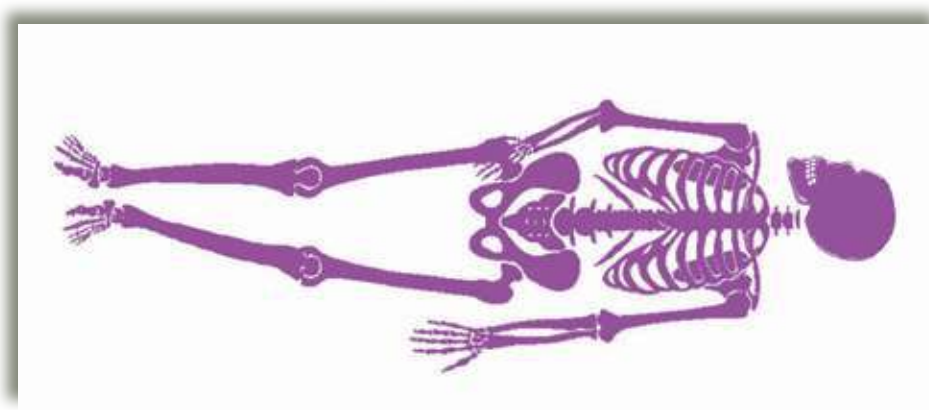


Localización **Cementerio de La Soledad**

Número
de víctimas **1**

Fecha de los
asesinatos **10 de febrero de 1938**

Equipo técnico
Jesús Román
Juan Manuel Guijo



Huelva

El anarquista que Franco mató por leer a Nietzsche

Entrevista a María Luisa Masera, nieta de Pedro Masera, un minero cargado de ideales y ejecutado por los franquistas en 1938.

Sus restos han sido exhumados de una tumba ilegal en el cementerio de Huelva.

«Siento una satisfacción enorme de haber visto a mi abuelo aunque sea un esqueleto», dice su nieta en una entrevista a pie de fosa.

Escribir artículos en prensa. Dar discursos en la bocamina. Y acumular libros de filosofía. Es el cóctel vital de Pedro Masera. Un autodidacta que hace crecer a sus hijos jugando entre publicaciones infantiles. Un obrero consciente, asido a la lucha de clases como única guía posible. Son los principios, y el fin, del anarquista que Franco mató por leer a Nietzsche.



Pedro Masera Polo tiene 61 años cuando cae abatido a tiros «el 10 de febrero del 38 a las 6 de la mañana», precisa a pie de fosa su nieta, María Luisa Masera. Con los restos tocados por el aire. Antes de la condena a muerte, los golpistas regalan al revolucionario un año de cárcel. Ahora, sus huesos han sido rescatados. Y su historia queda escrita para siempre.

«La gente que habla de que esto es abrir heridas, ¿de verdad tienen víctimas del franquismo en su familia? ¿Lo han visto de cerca? Los que no saben, por la desmemoria o porque no lo han padecido, lo mejor que podían hacer es no hablar. Porque encima nos hacen mucho daño». La reflexión que hace la descendiente de un asesinato es tajante. Tiene derecho a buscar a los suyos.

¿Se trata de dar sepultura digna y cerrar el duelo?

Exacto. Y entonces se cierra la herida. Vendré el día 1 de noviembre, o cuando sea, y veré el nombre de mi abuelo en una lápida [llora]. Ya no tendré dentro esa cosa de dónde estará y dónde lo matarían. Ahora sé que mi abuelo está ahí y tiene un nombre. Los nietos también estamos afectados y además es una cuestión cultural: las personas enterramos a nuestros muertos. Es una necesidad.

Siente la carencia, aunque siquiera pudo verlo vivo.

No lo conocí, claro. Nací varios años después de terminar la guerra. Justo un 10 de febrero, cuando se cumplían nueve años de su asesinato. Es algo que me emociona mucho porque es muy curioso. Y en mi familia nunca hubo problema en hablar de estas cosas.

¿No sucumben a la desmemoria colectiva?

Jamás. Desde que me alcanza la memoria sé que mi abuelo era anarquista. Que era un hombre entregado a la causa. Que por esa implicación estaba en las listas negras que tenían los encargados de la mina. No le daban trabajo y tenía cinco hijos... ha llegado a vender cabras que eran herencia de mi abuela y alguna otra cosa para soportar el tiempo que estaba parado.

¿Quién era Pedro Masera?

Era minero. Y autodidacta, leía muchísimo. Mi padre me contaba que tenía un montón de libros, sobre todo de filosofía [sonríe y hace una pausa, pensativa]. Le gustaban Friedrich Nietzsche, Arthur Schopenhauer... tenía las obras completas de Eliseo Reclus. Enviaba artículos a *Solidaridad Obrera* de Barcelona sobre los problemas de los trabajadores aquí en la mina. Estaba suscrito a revistas anarquistas como *Estudios* y *Blanca* y a publicaciones infantiles de los padres de Federica Montseny.

Las ideas, y la cultura, al servicio de la lucha obrera.

Es lo que ha llegado a mí de su vida. Que luchaba mucho, dando mítines en la bocamina. Por ejemplo para que la gente no entrara y se negaran a trabajar como protesta por la quema de la piritita al aire, que era muy contaminante.

Y se convierte en un ejemplo de la resistencia al fascismo en la Cuenca Minera.

Mi familia era del Cerro del Andévalo y la zona minera ha sido siempre muy reivindicativa, precisamente por las condiciones de trabajo tan duras. Cuando estalla el Movimiento [el Golpe de Estado] allí hay lucha, se proclama el comunismo libertario, que duró mes y pico. Mi abuelo tenía ya una edad y sus actuaciones quedaban más que nada en concienciar a la gente. Mi padre sí formaba parte del Comité Revolucionario. También trabajaba en la mina.

Huelva cae rápido en manos rebeldes y casi sin guerra...

Cuando entran los «nacionales» a últimos de agosto [del 36] la mayoría sale a la sierra a esconderse. Conocían aquello como la palma de la mano. La gente más joven, como mi padre y otros, decidieron irse a Madrid como podían. Andando, en tren... pero mi abuelo

era mayor y se quedó escondido. Hasta que Franco publica un bando diciendo que no había nada que temer para los que no tenían delitos de sangre. Él estaba como un animal acorralado por patrullas de falangistas, y estaba sólo, sin nada, y decide entregarse en el cuartel de la Guardia Civil de Valdelamusa. Y claro, mandan a preguntar por sus actividades a su pueblo.

¿A quién preguntan?

A un adicto al régimen. Uno que tenía una tienda, que era muy de derechas, muy conservador, y que lógicamente va a echar toda clase de porquería sobre mi abuelo.

¿Ahí lo secuestran y ejecutan?

Lo traen a la cárcel de Huelva. Luego lo juzgan y condenan a muerte. Está un año preso hasta que lo matan. La fecha de la ejecución es el 10 de febrero del 38, a las 6 de la mañana. Tenía 61 años. Mi padre era el pequeño de los cinco hijos y tenía 25. Se llamaba igual, Pedro Masera.

¿También sufre represión?

Llevaba un pasaporte para Veracruz (México), de los que la República extendió para la gente más comprometida. Y en el puerto de Alicante, pues ya sabemos todos lo que pasó: que cuando veían los barcos virar e

irse pues... se quedaron con los fascistas entrando por tierra y los buques marchándose. También estuvo en la cárcel y condenado a muerte, eh, aunque le conmutan la pena por cadena perpetua y pide traslado a las colonias penitenciarias para hacer trabajos forz... de esclavo del franquismo, que se llama, en el Alcázar de Toledo. Luego lo traen a Huelva. Pero claro, ya había conocido a mi madre en el 36 en Madrid.

Cuente esa historia de película.

Fue una cosa muy graciosa. En Madrid antes nevaba, más que ahora, y mi padre no había visto nunca la nieve. Un día mi madre iba a comprar leche y él estaba jugando con unos compañeros a tirarse bolas de nieve. Entonces le tiró una y le dijo cualquier piropo. Y como las madrileñas somos un poco chulonas, se volvió y le llamó tonto y no sé cuántos. Y a él le hizo tanta gracia que se fue detrás de ella, la acompañó hasta donde vivía y ya iba siempre a verla. Así se hicieron novios.

¿Ya siempre estuvieron juntos?

Ahí se conocen y después de casi tres años de noviazgo mi padre se va a Alicante. Y mi madre, Faustina García-Redondo, no sabe de él durante una temporada. Después la pobre, que era una mujer muy republicana y trabajaba en

una fábrica, cuando él pasaba tanta hambre en Toledo ella se iba a trabajar al campo para llevarle al menos alguna fruta. ¿Sabes lo que hacían? Guardaban las cáscaras para comérselas durante la semana. Cáscaras de fruta como alimento para hombres sometidos a trabajos forzados. Mi madre contaba muchas veces que le decía: «no me vayas a dejar, no te canses de venir, si tú me dejas me muero».

Relatos de amor en plena guerra.

Sí. Mi padre estuvo cuando defendieron el frente en la Ciudad Universitaria, con Franco ya a las puertas mismas de Madrid, y en la Casa de Campo. De ahí lo mandaron a Aranjuez, que era zona roja porque el resto de pueblecitos de alrededor ya había caído. Y allí conoció a mi madre.

Y la hija que surge de aquella historia viene a curar la tragedia que marca su familia.

¿Tiene que ver con que las ideas no se matan? Claro, absolutamente. En mi casa siempre se ha mantenido su memoria. Con todo, quedamos marcados de por vida.

¿Cuándo piensa que tiene alguna opción de rescatar los restos de su abuelo?

Por un certificado de defunción que tuvo que pedir mi padre ya me enteré de cuándo lo

habían fusilado. Ya era un dato. Y cuando el juez Garzón presentó esa cantidad de querrelas, no recuerdo bien cómo fue... oí la noticia y seguí buscando.

¿Y Pedro Masera está entre las 114.226 víctimas del franquismo que acumula esa causa?

Sí. Se envió la documentación a través de una asociación memorialista. Esto se quedó parado un tiempo pero el año pasado entré en contacto con Rafael Moreno [periodista e investigador] y ya empezamos otra vez. Hasta hoy [sonríe].

Un proceso complejo, pero son los primeros que consiguen sacar a su familiar de una fosa del cementerio de Huelva que retienen a más de 2000 ejecutados. ¿Qué siente?

Siento una satisfacción enorme de haber visto a mi abuelo aunque sea un esqueleto. Porque he crecido con esa ansiedad de que me faltaba. De pensar dónde estaría y no atreverme a preguntar por la pena tan grande que veía a mi alrededor. Si ahora sirve para que otras familias se atrevan, bienvenido sea. Yo siento una tranquilidad espiritual grande. Eso es lo que siento ■

Palomares del Río (Sevilla)

Los Cinco de la Riuela



Ficha

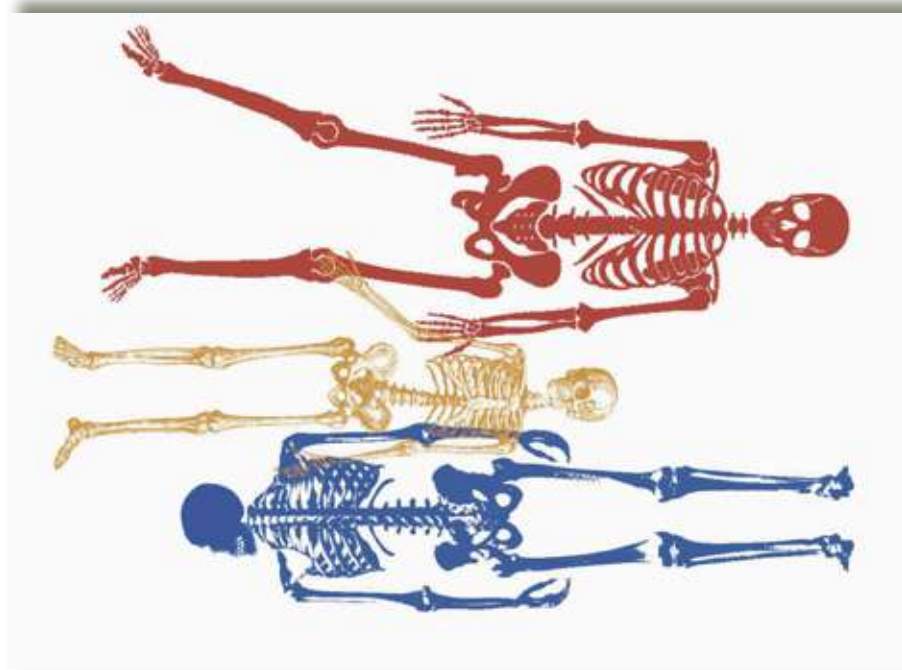


Localización **Cementerio municipal**

Número de víctimas **Entre 3 y 5
(contexto alterado y escasas evidencias antropológicas de muerte violenta)**

Fecha de los asesinatos **13 de agosto de 1936**

Equipo técnico
Elena Vera
Juan Manuel Guijo
Elisabet Conlin



Palomares del Río (Sevilla)

Los Cinco de la Riuela



El 13 de agosto los cinco hombres, que se encontraban encarcelados, iban a ser trasladados a Sevilla, pero a mitad de camino, en un paraje cercano a Gelves denominado La Riuela, se detuvieron. Allí fueron fusilados por falangistas, y los dejaron a pleno sol durante cinco días, agujereados, hasta que fueron tirados a una fosa común

en Palomares del Río», declara José González, hijo de uno de los asesinados, en un reportaje publicado hace más de una década.

Esas cinco personas eran Manuel Lama Suárez, Francisco Ponce Martín, Antonio González de la Rosa, José Vargas Garrido y José Blanco Osuna. Conocidos desde entonces como *Los Cinco de la Riuela*.

En La Puebla del Río (Sevilla) llueven las balas del Mogador, el barco que hostiga las calles ribereñas que serán luego un hervidero de falangistas.

La «limpieza» se lleva por delante a Manuel Lama, Francisco Ponce, José Vargas, Antonio González y José Blanco, que acaban en una fosa en Palomares del Río.





Todos vivían en La Puebla del Río (Sevilla), un municipio de tradición agrícola y ganadera. De campo, dehesas y marismas. Tras el golpe de Estado, las calles cigarreras no registran ningún conato de resistencia. El río Guadalquivir sí

lo surca la sombra trágica del Cabo Carvoeiro, el «barco de la muerte» donde penan cientos de criaturas antes de perder la vida a tiros.

O el Mogador, un mercante transformado en buque de guerra que hostigará los pueblos

riberños. Manuel Lama ve «caer algunas balas en su patio», como cuenta Vicente Aranda en el libro *Los Cinco de la Riuela*, editado en el año 2005 con el subtítulo *Cinco víctimas del levantamiento militar de 1936 en La Puebla del Río*. Aguas arriba, a la altura de Coria, el vapor recibe varios disparos y uno, engatillado por «Quico» Morejón, mata al golpista Conde de Villacreces.

La tarea de «limpieza» llega con los calores de agosto. La Puebla es un hervidero de falangistas que ejecutan una represión sistemática. La lista acaba contando al menos 41 casos documentados. Algunos escapan, como los refugiados de «El Villo», una isla en mitad de la marisma que plagada de carrizos y eneas sirve de refugio.

Es necesario «que esta historia no caiga en el olvido», como refleja Aranda en el prólogo de su obra. Que quede la memoria viva de Manuel Lama Suárez, «el niño de Lama-gome», y de su hija Dolores Lama Castro. De José Blanco Osuna, alias «Potoco», y de su hijo José Blanco Garrido. De Antonio González de la Rosa, «el Piñonero», y de su hijo José González Hernández. De Francisco Ponce Martín, «el Carmona», y de su hijo Antonio Ponce Mije. Y de José Vargas Garrido, «Joselillo er cantaó» o «Caramulo», y de la hija de su hermana, Manuela Sevillano Vargas, y todos los familiares y todos los nombres ■

Doce años de «sufrimiento» extra

Tras diversas excavaciones, una nueva intervención arqueológica pretende despejar las dudas suscitadas por las actuaciones precedentes.

La búsqueda de los Cinco de la Riuela ha trazado una dolorosa huella que avanza en el tiempo. Como en una pesadilla. Más allá de la rutina del duelo sufrida por las víctimas del franquismo.

En 2005 arranca una primera intervención que localiza restos óseos. Son de represaliados, según los responsables de la excavación. Unas muestras acaban enviadas al departamento de Biología Molecular de la Universidad de Barcelona para un análisis genético que no casa ninguna identificación.

El mismo equipo, sin embargo, descarta después que los huesos sean de asesinados. Y abren de nuevo la tierra, una década después, con resultado negativo. Aunque señalan la posibilidad de que existan otros contextos secundarios con opciones de albergar a las personas ejecutadas. Otra vez.

La labor realizada, «sin procesamiento científico alguno», desaconseja nuevas «aventuras». El trabajo va a quedar en manos de Elena Vera, directora arqueológica, y Juan Manuel Guijo, responsable del estudio antropológico. Atienden «por razones humanitarias» a «las circunstancias emotivas excepcionales de sufrimiento durante casi doce años de los familiares».

Se hace «prioritario despejar cualquier duda sobre los restos exhumados en el lejano 2005», escriben. En un cráneo aparecen esquirlas de balística y un proyectil de arma corta.

Un hueso occipital muestra un orificio de entrada. El estudio de los restos depara varios individuos adultos (cinco masculinos, uno femenino y otro de edad avanzada y sexo inespecífico) y otros subadultos (de entre 8 y 16 meses de edad, otro de más de 12 años y uno de 7 a 12).

Las fosas del franquismo están muchas veces alteradas por la dinámica de uso habitual de los cementerios. No quedaron protegidas ni inmunes a estas transformaciones. Como es el caso de Palomares. En el cementerio local no se conoce la presencia de otros enterramientos clandestinos de represaliados salvo los Cinco de la Riuela.

El depósito exhumado es consecuencia de la destrucción o remoción de los originales. Dentro del conjunto estudiado es «imposible» saber qué huesos corresponden a las víctimas. La balística y los restos antropológicos con daños *perimorten* son las únicas evidencias conservadas en el emplazamiento de la fosa original o cerca, que habría estado en algún punto de la zona rebajada en un primer momento.

«Los hechos acontecidos desde 2005 han supuesto una espera de once años para los familiares, añadiendo un mayor dolor y frustración al que llevan soportando toda la vida», escriben Vera y Guijo. Si algo queda claro «es que la fosa fue alterada hace décadas» ■

EJÉRCITO ESPAÑOL



Cartilla militar núm. 120025

Batallón caja de recluta de Verde

Corresponde a Arle España

Alistado para el remplazo del año de 1923

Esta cartilla constituye un documento de identidad personal con todo su valor y fuerza legal necesaria para la personalidad de su portador.

Esto no obstante, la adquisición de la cartilla por sí sola no garantiza su obligatoriedad en los casos y situaciones que el artículo 256 del Reglamento para el reclutamiento y alistamiento del Ejército, de 27 de febrero de 1923, señala.

(1) El número será correlativo para todas las cartillas formadas en plazas.

CARTILLA MILITAR N.º 120025
MEDIA PELAJONA

«El pueblo debe saber»

La memoria de
José González Hernández

El pueblo debe saber y no olvidar –después de demasiados años de silencio– lo que ocurrió. Los sucesos de agosto de 1936 dejaron en nuestro pueblo una renta trágica: cuarenta y tantas viudas y un número considerable de niños sin padres. Entre ellas se encontraba mi querida madre. Y yo.

Antes que nada dejo bien claro que no me guía ningún afán de venganza. Entre otras cosas porque los que ejecutaron a mi padre ya no viven y sus familiares no tienen culpa.

Muchas veces me pregunto: ¿cómo puede el ser humano cometer tales actos de barbarie? Lo que sucedió en La Puebla en aquellos infaustos y calurosos días de aquel verano fatídico pone los vellos de punta al más desalmado de los mortales. Aquello nunca debió ocurrir.

En el caso que narro se dieron cinco agravantes: persecución, detención, cárcel, ensañamiento y fusilamiento. ¿Qué irían contando esas hienas a sus casas una vez que cometieron los asesinatos?

El pueblo debe saber que por nuestros muertos nunca tañeron las campanas. Sólo se oyó el ruido de las pistolas y las metralletas. Que nuestros muertos no necesitaron ningún confesor porque no habían cometido ningún delito: no habían matado, ni robado, ni hecho mal a nadie. A no ser que fuese un delito ondear una vez la bandera republicana por las calles de La Puebla en una manifestación obrera, que fue el caso de mi padre.

El pueblo debe saber que me dejaron sin padre con algo más de dos años. Que mi madre se encontró de la noche a la mañana sin marido, viuda, con dos hijos y sin saber qué hacer para subsistir. ¡Y, además, marcados! Por ser mujer e hijos de un obrero, de un trabajador de la tierra, de un jornalero republicano. Pero, sobre todo, ¿sabe alguien lo que significa para un niño no poder decir nunca ¡papá!?

[Extracto de un extenso relato de José González Hernández, «uno de tantos marcados por la guerra civil»] ■



«Tú ahora no me vas a recordar»

La memoria de
José Blanco Garrido

Mi padre estaba en mi casa, venía de trabajar en el campo. Llegaron: «vente que te vamos a hacer unas preguntas». Y ya no venían más. Como los demás. Era José Blanco Osuna. Se casó con 28 años y lo mataron con 29. Yo nací un mes después.

Mi madre no contaba nada. Cuando yo llegaba, cambiaban la conversación. Intenté conocer, le pregunté muchas veces, pero contestaba: «tú ahora a mí no me vas a recordar...». Nunca me contó nada. Por mi novia supe quién mató a mi padre. Esperando el tranvía llegó uno y me pidió un cigarro. Ella sabía quién era, yo no. Y ya pasado un poco de tiempo me dijo: «¿te acuerdas del que te pidió el cigarro en la estación? Pues fue el que mató a tu padre». Si en aquel momento lo llevo a saber no sé lo que hubiera pasado.

El dolor lo he llevado toda la vida. Porque ni yo lo he conocido ni él llegó a conocerme [cae preso de la emoción]. Los que hicieron eso eran unos criminales, todos. En La Puebla se llevaron por delante a muchos padres de familia,

Nosotros siempre hemos estado buscando a los Cinco de la Riuela. Cuando se entierren por lo menos está uno tranquilo de que no está en el suelo. Es lo que queremos. Ni rencores ni venganza. Que los criminales ya no viven y los hijos no tienen culpa. Con el hijo de uno [de los asesinos] he jugado toda la vida, en la calle, al fútbol, nos peleábamos, y es una bella persona. Si en La Puebla hay dos buenos, él es uno. El hijo de uno de ellos ■



«¿Quieres que te diga quiénes eran?»

La memoria de
Dolores Lama Castro

Yo tenía 11 añitos. Eso pasó en agosto, no se me olvida porque yo cumplía en septiembre. Tenía casi 12 años ya. Ese día lo recuerdo. Y me ha quedado a mí la pena, que yo siempre he dicho que cuando se llevaron a mi padre yo les tenía que haber dicho: «yo me voy a ir con él». Eso de siempre lo he tenido yo metido aquí [señala el pecho]. Mi padre se llamaba Manuel Lama y mi madre Joaquina Castro.

Me acuerdo que estaba con mis primas y mis tíos, sentados al fresco en la puerta. Entonces los vimos venir con los fusiles. Iban... [hace una pausa y mira fijamente]. ¿Quieres que te diga quién eran? Eran dos «alonsitos» [golpea la mesa], mira, y un hijo de Teresa Moreno, el Curro. Lo cuento como pasó porque es que no se me olvidan ni las caras.

Preguntaron y mi tío les dijo: «no, mire usted, por aquí no ha pasado ni ha venido nadie». Y un Guardia Civil que había venido nuevo al pueblo llegó y dijo: «¿qué pasa, que no quieren declarar?, pues eso se le hace así [gesto de un disparo] y acabamos con todos». Aquella misma noche que se llevaron a mi padre, aquella noche... La familia se quedó destrozada.

Lo tuvieron en la cárcel. No estuvo muchos días encerrado pero le dieron una buena soba. Mi madre iba a verlo y dice que le parecía que tenía hasta un ojo fuera. Él le decía: «vete, vete, que a mí no me va a pasar nada». Y no volvía la cara. Mira, después de eso, hemos roto los libros así de gordos de las trampas, de darle mi padre la comida a la gente sin dinero. Cuántas libretas de lo que le debía la gente... las sacaba y jugaba con mi Joaquín. Y mi madre los rompió y los quemó. Dijo: «para qué queremos esto».

Yo he convivido en la misma calle con los que se lo llevaron. Uno en la esquina y otro un poco más abajo. ¿Cómo se vive con los criminales? Mi madre no abría la puerta ni... algunas veces salía a la puerta y cuando los veía encajaba y me metía corriendo para adentro. Me decía mi madre: «¿qué te pasa?». Y yo le decía: «¿qué me pasa?, que viene fulano». Se quedaron todos viviendo en esta calle. Y digo, «estoy rodeá». Desde arriba hasta abajo. ¿Y ahora qué haces tú? Ya los nietos y eso no tienen culpa ■



«No te tienes que enterar de nada»

La memoria de Antonio Ponce Mije

Estaba trabajando en el campo, cargando gavillas de trigo. Mi padre era Francisco Ponce Martín. Cuando llegó a mediodía a su casa, fueron a por él. Y hasta hoy. Nadie sabe nada. Se lo llevaron y no lo vio más mi gente. Porque yo era un crío, tenía cinco años. El trabajo, su casa, sus hijos y su mujer. Eso era todo.



Mi madre no se puso nunca más ni una blusa blanca. Ahí está, el luto. Siempre de negro. «*Pa mí es iguá*», decía. Ya no tuvo más una feria, un Corpus, una fiesta. Nada más que trabajar de noche y de día en todo lo que se terciaba. De blanqueo, pintar, lavar... Nunca intentó casarse ni nada. Quedó en su sitio y hasta que murió.

Del asunto de mi padre no contaba nada. No quería. Nunca. Una vez le dije: «mamá, ¿por qué no me cuentas de estas cosas que yo me entere de lo que hay?». Y me dijo: «tú ya no te tienes que *enterá de ná*, porque el sufrimiento es mío, tú lo mejor posible *p'alante*». Lo vivió muy malamente. Con tres niños a sus brazos solos, una mujer, ¿dime tú cómo lo iba a hacer?

Y aquí se convivía con los criminales... A los canallas los cogía el pescuezo y no iban a servir ni para puchero. Ya no, porque se han ido muriendo todos. Pero en aquellos entonces me entero de quién ha sido y... ese no se va de rositas. Aunque yo hubiera acabado donde fuera. Aquí en el pueblo se ha conocido todo.

Eso es lo que mi madre tenía de reservas: preservarnos de ellos. Que no quería vernos en un cuartel ni en una cárcel. Fue su forma de proteger. Ella se lo tragó todo. Así fue. Pero ya no quiero venganza ni quiero nada. Lo que quiero es recoger lo poquito que haya, si ese es mi padre, y darle sepultura como es debido.

Del día que ocurrió no te puedo decir. Con la edad que tenía no me daba cuenta. Luego el dolor lo he vivido muy amargo. He echado de menos a mi padre. Lo tengo en mi imaginación de niño de cinco años. Ahí sí lo tengo yo ■

«Hicimos una fosa pequeña»

La memoria de
Juan José García Peña

Mi abuelo era un hombre de campo. Se llamaba Juan José García Lama. Vivía en una choza en La Dehesa de Abajo. Allí tenía su ganado y eso. Su hermano, Serafín, pertenecía a un sindicato o partido. Aquí en el pueblo nadie hizo ninguna barbaridad pero cuando estalló el Movimiento, se fue huyendo a La Dehesa. Mi abuelo lo tenía escondido.



Los falangistas, un día sí y otro no, le preguntaban: «Juan José que tú tienes que saber, tu hermano tiene que estar por aquí». Y le cogería miedo y qué hizo, que se fueron los dos a una finca cerca de allí que había muchas zarzas. Aquello era un bosque. Ahí se escondieron.

Mi padre al oscurecer les llevaba comida en una talega y se la dejaba en los juncos o en un acebuche. Se conoce que sospecharían algo y vigilaron. Ese día lo detuvo la Guardia Civil. Se lo llevaron a mi padre donde estaba con las borregas, para que lo viera. La familia no creyó que lo iban a matar. Cuando pasó, a los pocos días le salió al encuentro su tío y no se lo creía. «Han matado a mi hermano, han matado a mi hermano», decía.

Todo me lo contaba mi madre. Mi padre poco hablaba de eso. Evitaba hablar del tema. Después en la calle me han dicho que tuvo enfrentamientos con algunos falangistas del pueblo. Pero en la casa no contaba nada. Al final, poco tiempo antes de morir, me contó eso de cómo se llevaron a su padre.

A mi abuelo lo mataron en la estación de Palomares y lo dejaron tirado en la cuneta. Allí dicen que se llevó dos o tres días. Cuando la familia se enteró pagaron a dos hombres para que fueran a recogerlo pero ya lo habían enterrado en el cementerio. Él no está con los Cinco de la Riuela. Está aparte.

Estuve hablando con el hombre que lo recogió y me decía: «desde que pasó eso no he vuelto a entrar en el cementerio». Se fue del pueblo. Me contó que a la entrada «hicimos una fosa pequeña, y lo enterramos». Mi abuelo lo único que hizo fue proteger a su hermano. Buscarlos es una forma de honrar su memoria ■

La Puebla de los Infantes (Sevilla)

«No he podido olvidar a mi padre»



Ficha



Localización **Cementerio municipal**

Número de víctimas **6 (dos mujeres, cuatro hombres)**

Fecha de los asesinatos **Desde el 22 de agosto de 1936**

Equipo técnico
Elena Vera
Juan Manuel Guijo



La Puebla de los Infantes (Sevilla)

«No he podido olvidar a mi padre»

Entrevista | Luis Pineda

A su padre, Luis Pineda San Vicente, el terrorismo franquista lo mata en La Puebla de los Infantes (Sevilla).

Luis acaba recogido por sus abuelos que lo envían a un internado donde «todos teníamos alguna pequeña historia».

Luis Pineda falleció poco tiempo después de ofrecer esta entrevista: y lo hizo ganando al olvido, tocando con los dedos la memoria eterna de su padre.



Mi historia se la voy a contar en tres palabras. Soy hijo de Luis Pineda San Vicente. Y resulta que a mí me cogieron mis abuelos, me criaron. Con cuatro años me metieron en un internado. Ahí no se hablaba de Franco ni de nada. Eso estaba todo oculto. Así pasó mi vida, mi juventud, y no me enteré de cuándo murió mi padre, cómo lo fusilaron».

El relato de Luis Pineda es certero, claro, mantenido en el trasiego vital de quién ha perdido todo antes de abrir los ojos. Luis ha mantenido viva la memoria de su padre, asesinado por el terrorismo franquista en su pueblo, La Puebla de los Infantes (Sevilla). Así hasta el último momento en que se abre el nicho que atesoraba los restos sacados de una fosa común en los años 80 del siglo pasado.

El paso del tiempo, y una enfermedad terminal, nos deja sin Luis justo al final del proceso. Poco antes, ofrece esta entrevista cargada de emotividad y potentes testimonios. Es la muestra de que Luis consigue doblegar la impunidad de los crímenes de Franco. De que su lucha permanecerá siempre.

Porque ha muerto ganando al olvido. Tocando con los dedos la memoria eterna de su padre.



En el Registro Civil usted aparece con el mismo nombre y apellidos de su padre. Lo reconocen e inscriben sus abuelos.

Antes de nacer mi vida ya empieza a cambiar. Llegaron a un acuerdo con mi madre y me pusieron los apellidos de mi padre, que ya lo iban a fusilar. Luego pude cambiarlo, pero seguí con esos apellidos hasta el día de hoy. Y con esos moriré.

¿Cuándo sospecha que algo ha ocurrido en su familia?

Siempre me lo ha dado el corazón. Decía: «a mi padre lo han matado en la guerra». Eso se fue transformando hasta que di con la clave de que lo habían cogido y hecho prisionero, que se lo habían llevado y le habían pegado dos tiros.

¿Cómo conoce esa clave?

No recuerdo. Poquito a poco. Al mes pillaba una cosa, a los cinco o seis meses pillaba otra, y así fui almacenando hasta que salió la composición, que a mi padre lo mataron. Eso ya sí me lo dijo mi abuela [Luis recrea la conversación]:

—A tu padre lo sacaron de casa, estaba durmiendo la siesta. Llamaron, salió tu madre.

—¿Qué querían?

—Venimos a por tu marido.

Y ya no volvió más. Se lo llevaron y ya no volvió más. Eso es lo único que me han dicho mis abuelos.

La tragedia les rompería la vida...

Le mataron a otro hermano, un tío mío, pero ese fue ya en el frente, eso fue peleándose con los «cristianos» [remarca las comillas].

¿Por qué buscaron a su padre?

No lo sé. Pienso que fue un chivatazo. De la envidia que había y le tocó el turno a él. Y se

lo llevaron. Porque yo no lo sé, ni mis abuelos me lo han dicho, ni mis tíos ni nada. De eso estoy ajeno total. No sé cómo pasó. Unos decían que fue alguien que le debía dinero a mi padre y diría: «yo te denuncio, te quito de en medio y ya estoy tranquilo». ¡Había tantos bu-los! Eso es lo único que sospecho. ¡Sospecho! No sé la realidad.

Y usted se cría al amparo de sus abuelos, al que le matan dos hijos. ¿Nunca cuentan sobre estos crímenes?

No, nada. Eso lo han mantenido ellos hasta que se han muerto. Yo me he ido enterando por fuera.

¿Qué fue de su madre?

De mi madre pues fue eso... [suspira] que me dejó chico. Me dejó con mis abuelos, que se hicieron cargo, y luego me metieron en un internado. Allí estuve desde los cuatro añitos o cinco aproximadamente hasta los 18 años. En un régimen interior de curas. Ahí no se hablaba de absolutamente nada. La vida normal y eso lo llevaban ellos muy en secreto a todos los niños, porque todos teníamos allí una pequeña historia.

¿En el internado estaban señalados como «los hijos de los rojos»?

Los hijos de los rojos, sí. Era muy duro. Por eso no había dios que dijera ni media palabra.

El que lo era, pues calladito. Y ahí me fui haciendo mayorcito y die, «esto, ¿la guerra?». Mi padre está fusilado y entre ellos está [en el cementerio] como ustedes habéis visto... el cuerpo presente [solloza].

¿Contaban historias entre los niños internos?

Lo llevaban todo muy en secreto. Sólo se enteraba el niño que estaba «sentenciado». No permitían [los curas] que habláramos. Todo eso era tabú. Era un régimen interior con un trato complicado.

Dentro de ese tratamiento, tan duro y rígido, ¿pasaban hambre?

Hambre de la época que pasamos todos. ¿En aquella época quién no pasó hambre? Aunque estábamos en un colegio y arrimaban la comida, pero ¿qué es lo que arrimaban?

Cuéntelo.

Coliflores, coles... No me he comido yo coles. ¡Ni una! Coles por la mañana, por la tarde y por la noche. Coles, coles, coles... Pero algo caliente pillábamos todos los días. Algo. Después ya fue mejorando la nación, y en el colegio se notaba. Ya de merienda nos daban medio bollo. Cuando no había, ya se puede imaginar: el platanito, la naranja o cualquier otra cosa sola, sin pan y sin nada. Era un colegio donde había 250 niños aproximadamente.

¿Y cuando tenían mucha hambre?

Las cáscaras de las naranjas, de los plátanos, de todo lo que se pillaba de postres pues... Ave que vuela, a la cazuela [sonríe].

¿Recibían maltrato físico?

Me han pegado. A mí, a cualquiera. Eso era lo que caía. El reparto que había.

¿Por qué motivos os pegaban?

Pues por no rezar, por ejemplo, leñazo que te crió. Estábamos ya más hechos a los cates... En fin, las cosas de los curas de aquella época.

¿Os encerraban como castigo?

Sí, ¡bueno! Eso era el padre nuestro de cada día. Hoy le tocaba a uno, al día siguiente a otro. Y castigos mirando a la pared. Entrabas en el comedor y había una fila de niños todos mirando a la pared, todos castigados, para que dieran ejemplo.

Sale del internado con 18 años. ¿Cómo empieza a buscarse la vida?

Me dio por ser sastre. Así soy, un desastre [ríe]. Empecé a trabajar en una sastrería enfrente de mi casa y allí estuve hasta que me fui a la vida militar. Y cuando vine de vuelta cambié de rumbo y así fuimos luchando hasta que me fui a Alemania en el año 62 o 63, a Krefeld, en Duisburg.



¿Y allí no sigue «desastre»?

Allí de minero. De sastre a minero. Cuando cogí el martillo perforador lo primero que clavé fue la cabeza, no el martillo [ríe]. En la mina estuve un año y pico, de los siete en Alemania.

¿Había muchos españoles?

Sí. Todo aquel avance éramos españoles. Menos los dos o tres principales, que eran alemanes.

E iban a hacer el trabajo más duro.

A arrancar carbón.

Con todo ese complejo trayecto vital, ¿siempre mantuvo la lucha por su padre?

Llevamos muchos años. Me ha costado muchos viajes a La Puebla. Hasta que por fin ahora que no puedo moverme he tenido que nombrar a mi hija que me sustituyera en todo. Yo he cumplido mi palabra.

¿Qué siente?

Ahora ya me estoy tranquilizando porque veo un objetivo. Al principio lo veía casi imposible. Porque había de curas metidos allí... No te puedes imaginar. El cura del pueblo, el alcalde del pueblo, el veterinario del pueblo... Toda la flor y esencia del pueblo estaba allí metida. Para luchar contra toda esa gente, dos desgraciados, que éramos Eva [Oliva] y yo. Los únicos que nos apoyábamos y hemos

conseguido ese objetivo de llevar a nuestros padres al sitio que les correspondía. Pero no hemos sabido por qué los fusilaron. Yo no me he enterado. No puedo decir «a mi padre lo fusilaron porque mató a otro o porque le debía». No, no lo sé. No me lo han dicho mis abuelos, se fueron a la tumba sin decírmelo.

¿Llegar a este punto es la muestra de lo importante que ha sido mantener vuestra lucha por la memoria?

Cada uno ha ido luchando como ha podido. Yo todavía no he podido olvidar a mi padre. El afán de conocerlo.

¿Ha logrado que esa etapa no se cierre en falso?

La hemos transmitido poquito a poco hasta que por fin nos comunicaron que se podía ya abrir el panteón. Pero ¿quiénes fueron? Los dos de siempre.

En el pueblo, cuando iba y decía su nombre, ¿qué ocurría?

Malo. Complicado. Ahí hay un miedo... algo tremendo. En el pueblo no querían ni mirarnos. Se metían dentro de las casas cuando nos veían llegar. Todo el pueblo. ¿Qué miedo hay ahí? ¡Parecíamos pestosos! Hay muchos tapujos, son muy suyos, muy metidos en las costumbres anteriores de la posguerra. Todavía sigue manteniendo esa costumbre.

¿Sabe quién o quiénes fueron los asesinos?

No.

¿Guarda rencor?

Hombre, yo rencor... Siempre digo: «si te cogiera ahora mismito no sé lo que te haría». Porque se trata de mi padre. De otra persona extraña, pues no puedo decir si guardaría rencor.

¿Le emociona hacer eterna la memoria de su padre?

No te lo puedes imaginar. Cuando mi hija me dijo: «papá, el nicho del abuelo lo van a abrir», y casi me caigo de rodillas de la alegría que me entró. Y yo sin poderme mover. He perdido toda la musculatura, no tengo nada, nada, nada de musculatura. Voy recuperándola muy lentamente. Me levanto mareado, pero seguimos luchando poquito a poco.

Su lucha es un ejemplo, Luis.

Y yo se lo agradezco. Nos lo merecemos por el esfuerzo que hemos hecho para ser capaces de llevar esto a término feliz. Nuestras broncas, nuestros disgustos, todo lo que sale cuando se lucha contra los caciques. Que no había manera de romper, no había manera, te sacaban 50.000 patrañas. Y todas las fuimos venciendo ■



«Luisa, te dejo un legado»

«Mi padre, malito, me dijo:
sigue con la historia de mi padre»,
sostiene Luisa Pineda.



Estoy aquí por mi abuelo, el padre de mi padre. Nunca lo hemos conocido. Cuando lo mataron, mi abuela estaba embarazada de mi padre, de seis meses. Lo llamaron al cuartelillo y ya no lo vieron más.

La familia de mi padre se hizo cargo de él... entre comillas. Mi abuela se puso mala, con los nervios. La internaron. Mi padre estuvo en el colegio Virgen de los Reyes, frente al hospital Macarena. Hasta que se escapó, con 17 años. Ya no fue más.

Según él me contaba, oyó la historia por primera vez cuando tenía cinco años. Lo que habían hecho con su padre.

Eso lo tenía dentro, no lo soltaba. Era su lucha, quería saber dónde estaba su padre.

Sufro por mi padre. A mi abuelo no lo conocí, pero he visto lo que ha pasado mi padre, lo que ha luchado, siempre hablando de su padre. Más que de su madre, que al fin y al cabo con lo que pasó como que rechazó un poco a mi padre. Eso rompió la familia. Totalmente. Mi padre antes de nacer ya tenía su vida rota.

Estaba muy malito. Me dijo: «Luisa, te dejo un legado, sigue con la historia de mi padre» ■

Madre ejecutada «por no delatar a sus hijos»

María del Carmen Ruiz y Eva Oliva son nieta y bisnieta, respectivamente, de María Josefa Cano, la mujer que ofrece su vida a cambio de la de sus vástagos.

El hilo que cose la historia familiar está custodiado por mujeres. En tantos casos. Como en el de María Josefa Cano López, asesinada al ocultar el paradero de sus vástagos y ofrecer su vida a cambio. «Es lo que hace una madre, no delatar a sus hijos», dice su bisnieta, Eva Oliva, concejal de Izquierda Unida en el Ayuntamiento de Sevilla y presidenta de la Asociación Sevillana Verdad, Justicia y Reparación.

A María «la suben a un camión y la matan en una cuneta, como a los demás», recuerda su nieta, y madre de Oliva, María del Carmen Ruiz. «No tenemos foto de ella», subraya dolida. La memoria pasa por línea materna para encontrar a una mujer desaparecida. Todas comparten una misma rúbrica: «El dolor lo he visto y sufrido a través de mi madre».

La Puebla de los Infantes cae pronto a manos fascistas. Los rebeldes acaban ejecutando a varias decenas de personas. Los hijos de María Josefa escapan «a los montes», perseguidos por una segura muerte. Ella era «una mujer muy humilde, de vida muy pobre, de campo». La casa, como paradigma social, sólo merece «suelo de barro». Y así, sin piso firme, acaba durmiendo una heroica espera de décadas.

La exhumación realizada en 1982 en la fosa de la carretera a Peñaflor sacó los restos óseos de seis personas. «Se hizo sin metodología arqueológica», recuerdan, «pero no recriminamos nada de cómo se hizo». Pero no sabían «si estaba o no en el panteón del cementerio» del pueblo. Ya sí. «Porque todas las víctimas tenemos derecho a saber dónde está nuestro familiar». Porque María Josefa «es memoria viva» y estos procesos se viven «mirando al futuro». La lucha continúa ■



Guadalcanal (Sevilla)

Zapatos de tacón y seis disparos en la cabeza



Ficha



Localización **Cementerio de San Francisco**

Número de víctimas **6 (dos mujeres, cuatro hombres)**

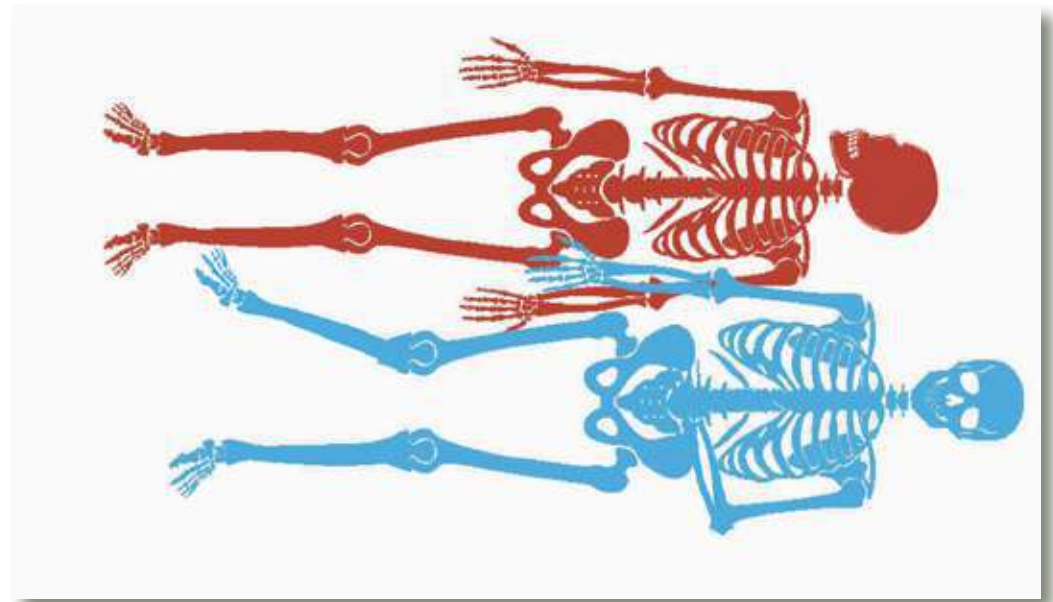
Fecha de los asesinatos **Desde el 19 de agosto de 1936**

Equipo técnico

Inmaculada Carrasco

Inmaculada López

María del Carmen Barragán



Guadalcanal (Sevilla)

Zapatos de tacón y seis disparos en la cabeza

Dos mujeres yacen con las manos enlazadas. Una sobre la otra, en un acompañamiento que pareciera indestructible. Llama la atención el calzado de ambas. Con tacón, de tipo borceguí y un postín inusual en la época. Junto a ellas aparecen monedas de 1 y 5 pesetas, corchetes, horquillas, botones de nácar, bronce y madera, una medalla con cadena, pendientes

de oro, un anillo matrimonial y cráneos perforados a balazos.

Es la imagen que deja una de las fosas comunes excavadas en el cementerio de San Fernando de Guadalcanal (Sevilla). Una de las mujeres tiene cuatro proyectiles alojados en la cabeza y dos debajo de ésta. Seis disparos que evidencian el ensañamiento criminal oculto en el antiguo camino de la Fuente del Arco.

Dos mujeres y cuatro hombres han sido rescatadas de las fosas de Guadalcanal (Sevilla) como muestra de la feroz represión golpista.

La Sierra Norte era un lugar clave para el abastecimiento de las tropas rebeldes y la matanza previa de derechistas multiplica el afán genocida.



En otro depósito osteológico aparecen cuatro hombres. Están bajo el epitafio de la familia González Olivera, colocado en 1940 señalizando el lugar por el padre de uno de los represaliados, Máximo González Mariscal. La primera tumba sale casi a flor de tierra. La segunda fosa afectada por la cripta de un panteón familiar construido con posterioridad. Todos los cuerpos con evidencias de muerte violenta.

Cuando las tropas rebeldes al mando del exgeneral golpista Gonzalo Queipo de Llano van tomando Sevilla, expanden la muerte como una temible mancha de aceite. Para la ocupación definitiva de todos los pueblos el 11 de septiembre del 36, las unidades militares sustituyen el poder local y despliegan tácticas terroristas con el «soporte legal» del bando de guerra.

Y en cada plaza, los fascistas aplican el fanatismo extremo. La represión es además especialmente violenta en aquellas localidades que rechazan la insurrección armada y ofrecen cierta resistencia. Caso de Marchena, Constantina, La Campana o Cazalla de la Sierra, como refiere el informe técnico de la intervención en Guadalcanal.

Porque controlar la Sierra Norte sevillana era crucial para los rebeldes para garantizar el abastecimiento de la soldadesca. Los encargados de tal empresa forman la denominada 'columna Carranza'.

Y Guadalcanal vive un proceso revolucionario previo a la entrada golpista. Acaban asesinados 43 derechistas del municipio el 26 de julio y 6 de agosto del 36. El pueblo cae a las 15:30 horas del 19 de agosto del 36 en poder del tabor de mercenarios regulares número 2 de Melilla.

Las fuerzas del comandante Rodrigo compiten contra un leve conato resistente de defensores de la República. E inician la venganza. La inminente entrada de los fascistas en el pueblo provoca una huida masiva de población civil, sabedora de las funestas sombras que planean sobre la villa.

La ofensiva golpista enfrenta a militares adiestrados contra campesinos, obreros y jornaleros. Pistolas y escopetas de caza contra tanques, aviones y ametralladoras. El fascismo suma más de 14.000 víctimas en toda la provincia. En el pueblo situado entre las sierras del Viento y del Agua hay 144. Uno de cada cien.

Como Dolores Romero, Andrés Maldonado, Guaditoca García, Jacobo Pinelo, Dolores Moyano, Miguel Burgos, Plácida Expósito, José María Vázquez, José Nicolás García, José Chaves... Muchos pertenecen a organizaciones políticas y sindicales republicanas e izquierdistas.

El historiador José María García Márquez recoge 111 casos documentados en *Las víctimas de la represión militar en la provincia de Sevilla*. Con 35 asesinados por bando de guerra, 33 ejecutados por sentencia en consejo de guerra, 9 desaparecidos... y 54 muertos en la cárcel, siendo el pueblo con más fallecidos en la Prisión Provincial. Ignacio Gómez Galván recoge también la historia local en *Guadalcanal Siglo XX (1931-1940)*.

En la intervención arqueológica han participado como voluntarios estudiantes de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla. El Ayuntamiento de Guadalcanal colabora además con operarios y apoyo logístico. Y las arqueólogas responsables del proyecto agradecen «el inestimable apoyo de los familiares de las víctimas» a cada paso y la implicación municipal, «en especial» de la teniente de alcalde, Cristina Díaz Omenat ■



Monturque (Córdoba)

El abismo de la Casilla de Cubero



Ficha

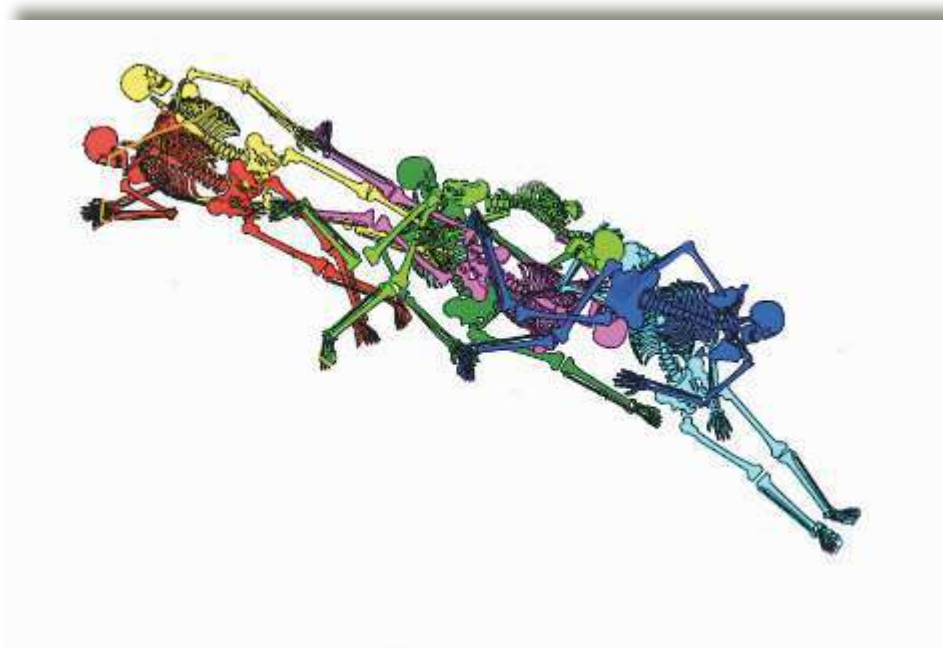


Localización Finca Casilla de Cubero

Número
de víctimas 7

Fecha de los
asesinatos 24 de agosto de 1936

Equipo técnico
Andrés Fernández
Cristóbal Alcántara
Eloísa García



Monturque (Córdoba)

El abismo de la Casilla de Cubero

Raimundo García abre una humilde maleta. Saca una chaqueta y una camisa. Están agujereadas por los tiros que mataron a su abuelo. La escena marca la presentación de un libro sobre los sucesos de Monturque (Córdoba). El relato histórico que permanece salpicado de muerte.

El pueblo queda adherido a la sublevación desde la misma noche del 18 de julio del 36. Calca los pasos de otros sitios. E, igualmente, pese a no haber resistencia ni represalias registradas contra derechistas locales, los golpistas inician una notable represión que deja una huella eterna en la zona.

Una vieja cantera en Monturque (Córdoba) acaba sirviendo para el enterramiento ilegal de un grupo de republicanos de Cabra.





Caso de Miguel Moreno Antequera, asesinado por franquistas el 24 de agosto junto a otros 17 vecinos de Cabra en el pago de la Casilla de Cubero. Los vecinos ya están tiroteados. Miguel, unas balas más tarde, cae en el paraje que servía como yacimiento y hoy es una finca cultivada de olivos.

La antigua cantera queda así convertida en una bajada al infierno. La excavación arqueológica confirma la matanza. En la margen izquierda de la carretera a Málaga y en las proximidades del término municipal de Lucena aparecen los restos de varios de los ejecutados. En la Casilla de Cubero. No hubo tanta suerte en la Estacada de los Muertos, donde los fascistas también fusilaron a jornaleros de Priego de Córdoba.

La contextualización de los sucesos bebe de la obra *Monturque durante la guerra civil (1936-1939)*, de Francisco Luque Jiménez, cronista oficial del pueblo. El día en que sus páginas comienzan a andar queda la fotografía que aporta el nieto de una víctima de Franco.

Raimundo muestra las pertenencias que su abuelo Miguel llevaba en el momento de su asesinato. Sobre la mesa de presentaciones, saca objetos que trae envueltos en una bandera republicana. Un pañuelo, un paquete de tabaco, unas gafas destrozadas, algunos

documentos... Una camisa y una chaqueta con agujeros de bala.

«Apenas si podía percibirse la respiración de los allí presentes», escribe el *Diario de Córdoba* en un reportaje titulado «Un doloroso recuerdo». El «amargo tesoro» que la familia guarda por más de 80 años es testigo de una vida, de una tragedia.

Antes de recibir la muerte, Miguel consigue huir de sus captores. Escapa herido y busca refugio en casa de unos amigos. Ahí se cambia de ropa para evitar que la sangre le delate. Luego, para salir de Monturque, pide ayuda a un conocido que resuelve la situación con un chivatazo.

Los rebeldes rematan a Miguel junto al resto de republicanos. Otros también intentar la fuga. En balde, a la postre. La vieja cantera es ya un abismo.

La búsqueda de la fosa nunca fue sencilla. Algunos familiares intentaron hace años localizar el enterramiento clandestino haciendo catas por la zona. El lugar exacto, sin embargo, no aparecía.

La pequeña cantera que sirvió de sepultura a los egabrenses resistía como un infierno oculto. Una obstinación que acabó torciendo la persistencia del trabajo arqueológico.

Allí estaban, como recoge el libro editado por el Ayuntamiento de Monturque. El libro del cronista Francisco Luque atesora además una retahíla de fotografías y testimonios de los sucesos provocados por el terror franquista en el municipio: asesinatos, detenciones, depuración de funcionarios, saqueo, vejaciones... El drama resumido en 17 capítulos al que se suma el rescate de los cuerpos yacentes en la Casilla de Cubero ■







Guillena (Sevilla)

Todas las calles del concejal «Botella»



Ficha



Localización **Zona rural de El Serrano**

Número
de víctimas **0 (no localizada)**

Fecha de los
asesinatos **Agosto de 1936**



Equipo técnico
Elena Vera

Guillena (Sevilla)

Todas las calles del concejal «Botella»

El concejal «Botella» ya está en las calles de Guillena (Sevilla). La infructuosa búsqueda de los restos de Antonio García López no puede ser suplida con nada. Sobre todo para sus hijos que todavía viven, Antonio y Manuel. Pero el homenaje del pueblo al rotular una vía a su nombre resulta definitivo.

«En esta Villa no asesinaron a ninguna persona los rojos». La frase forma parte del

escrito que el 20 de septiembre de 1940 envía el comandante del puesto de la Guardia Civil a Cuesta Monereo. Ni un solo tiro se disparó en Guillena. Hasta que entraron los fascistas. Primero la columna Ramón de Carranza, luego la que estaba al mando del comandante Antonio Castejón Espinosa.

«Este pueblo estuvo dominado por los rojos desde el día 18 de julio de 1936 hasta el día 26 del mismo mes que fue liberado por

En Guillena (Sevilla) los golpistas asesinaron a Antonio García López, republicano y miembro de la Corporación municipal.

«En esta Villa no asesinaron a ninguna persona los rojos», dice un documento del franquismo, pero esto no evitó las matanzas rebeldes a la entrada de las columnas de Carranza y Castejón.



la Columna mandada por un jefe que se apellidaba Carranza», sigue el texto oficial. «A la entrada de las Gloriosas Fuerzas Nacionales», continúa, «huyeron al campo los elementos rojos sin hacerse fuertes dejando abandonadas muchas escopetas».

Todo, dice, «sin actos heroicos». Que no hubiera violencia previa no salvó a nadie. Caso del concejal durante la Segunda República Española. Ahí está ahora, cerca del casco histórico, la calle dedicada al concejal «Botella» para avivar la memoria colectiva y reforzar el trabajo realizado desde la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica 19 Mujeres de Guillena.

En la madrugada del 25 al 26 de julio del 36, mientras el pueblo es tomado por las tropas golpistas, huye del pueblo junto a un numeroso grupo de guilleneros. Temen las represalias de los rebeldes que están llegando al pueblo y acaban escondidos en la zona más cercana al municipio de El Ronquillo, un lugar conocido como El Serrano.

Varios testimonios apuntaban a este espacio boscoso como el paradero final de Antonio García. En agosto de 1936, cuando tenía 46 años, una batida de la Guardia Civil lo encuentra. Un vecino de El Ronquillo, llamado Plácido, presencia la escolta mortal y oye varios disparos. Al regresar de su jornada laboral

observa el cuerpo a medio enterrar, a la derecha del camino y junto a un tipo de árbol denominado «aguapero». Con ayuda de su hijo colocan varias piedras encima de la tumba para evitar la previsible acción de los lobos.

En su pueblo cuenta lo sucedido y le confirman que el muerto es el concejal. Otra vecina del mismo municipio contaba que durante años pasó por el lugar marcado por los pedruscos. Por puro «sentimiento» cogía flores por el camino que luego arrojaba a la altura de donde estaba enterrado «el Botella de Guillena».

Varias prospecciones en El Serrano, sin embargo, han resultado negativas. No salta ningún indicio de los restos óseos del jornalero casado con Gracia Fernández Vázquez, con quien tenía seis hijos. Uno de ellos, de su mismo nombre, fue proclamado prófugo al no incorporarse a filas. Detenido e ingresado en la Prisión Militar de La Ranilla, formó parte del grupo de 46 ciudadanos que salen de la Prisión Provincial de Sevilla el 11 de noviembre del 36 para ser asesinados. Sus restos, es posible, estarán en las fosas comunes del cementerio sevillano.

Antonio García había sido elegido democráticamente en las elecciones municipales de mayo de 1931 por el Partido Republicano Radical. Tras la escisión de este partido fue

vicepresidente de la agrupación local de Izquierda Republicana y, además, presidente del Centro Obrero Republicano guillenero.

El Ayuntamiento local «debe reconocer mediante la nomenclatura de una calle de nuestro pueblo al concejal Antonio García López, pues ese será el único lugar donde su familia podrá decir que vive el espíritu de su ser querido y encontrar un cierto alivio después de tanto sufrimiento», informaba en un comunicado.

Como decía la presidenta de la ARMH 19 Mujeres, María Dolores Sánchez, sienten «tristeza, dudas, rabia». Pero a la vez «deseos de continuar». Así es la Memoria Histórica. «Nosotras seguiremos buscando justicia». Así es la lucha y la dignidad intacta de las víctimas del franquismo. La calle a su nombre es «uno de los deseos de sus hijos», porque «el más deseado, recuperar su cuerpo, ha sido imposible».

Antonio García López abandonó su pueblo por miedo a la represión fascista. Justo lo ocurrido. No regresó nunca más. Su familia, en especial sus hijos, llevan 30 años buscando sus restos. Señalados, sufrieron el estigma de los rojos durante el franquismo. Tras las fallidas intentonas el nicho preparado queda vacío. Sus hijos rotos. Y escrita en Guillena la memoria del concejal «Botella» ■



Castro del Río (Córdoba)

Los trece de Santa Cruz



Ficha



Localización **Paraje de Santa Rita**

Número
de víctimas **12**

Fecha de los
asesinatos **6 de agosto de 1936**

Equipo técnico

Jesús Román

Juan Manuel Guijo

Elena Vera

Antonio Domínguez



Castro del Río (Córdoba)

Los trece de Santa Cruz

Cinco de la tarde del 18 de julio. Unas gotas de sudor corretean las sienes palpitantes del coronel Ciriaco Cascajo Ruiz. Bate con fuerza el calor en el cuartel de Artillería de Córdoba. El militar lee el bando de guerra golpista y acata el mandato criminal de Queipo. Las instrucciones

son claras: tomar las posiciones clave de la capital. Y matar.

La tarde y la noche quedan empapadas de sangre. Como los trece hombres detenidos en Santa Cruz. Fueron paseados en una cuerda de presos, ejecutados y enterrados en el paraje de Santa Rita el 6 de agosto de 1936.

Tras el intento fallido de la columna Varela de conquistar Castro del Río (Córdoba), los rebeldes asesinan a un grupo de entre 40 a 50 personas.

La cuerda de presos está formada en su mayoría por jornaleros que acaban enterrados en un olivar del paraje de Santa Rita.



Sus nombres eran: Juan José Gómez Gálvez «Bandurria» (46 años), Antonio Rafael Gómez Márquez (17 e hijo del anterior), Eduardo Luque Gómez (16), Antonio Luque Merino (46), José Morales Jiménez (41), Juan José Cañadillas López (19), Rafael de Dios López (37), Manuel Jordano López «Penitas», Antonio Serrano Calderón (39), Antonio Serrano Sbariego (20), Antonio Ventura Luque (23), Antonio Ventura Luque (20 y primo del anterior) y un joven de apellido Vallejo (18).

Es sólo el comienzo de la represión en una provincia donde los rebeldes encuentran amplio eco: 47 de 75 pueblos se suman a la sublevación armada, según la pormenorizada investigación del historiador Arcángel Bedmar.

Los insurrectos toman los edificios públicos y los servicios de correos, telégrafos y Telefónica. Desde ahí ordenan a todos los cuarteles que urge apresar a las autoridades republicanas y ocupar las Casas del Pueblo.

También es el caso de Montilla. En la localidad se repite el mismo esquema que en otras plazas donde la sublevación fascista triunfa con rapidez. La Guardia Civil toma el pueblo con el aval de los informes que llegan desde Córdoba. Al mando está el capitán Luis Canis Matute, quien al día siguiente incauta el Ayuntamiento y declara el estado de guerra.

La represión desatada en el sur de la península adquiere tintes de masacre en zonas estratégicas. Como en la población montillana, enclavada en la campiña cordobesa y convertida «en un continuo ir y venir de tropas españolas y extranjeras en su labor de conquista de los pueblos de alrededor», escribe Bedmar.

En los primeros días de la guerra de los mil días pisotean el terreno las columnas del coronel Eduardo Sáez de Buruaga (Baena y Espejo) o la del comandante de Infantería Rafael Corrales Romero y del capitán de corbeta Ramón de Carranza (Puente Genil). Otra sería la del comandante del Tercio Pedro Pimentel Zayas. Igual que la encabezada por el general José Enrique Varela Iglesias (Castro del Río y Antequera).

«Además de las filas militares llegadas del exterior, el teniente de la Guardia Civil Cristóbal Recuerda Jiménez abandera el golpe en el vecino municipio de Fernán Núñez y realiza incursiones represivas en tierras montillanas durante el verano del 36», cuenta el autor del libro *Los puños y las pistolas. La represión en Montilla (1936-1944)*.

La aldea de Santa Cruz sufre esas expediciones mortales. El 20 de julio el grupo de falangistas capitaneado por Eugenio de Larriva encuentra la carretera cortada por unos carros a la altura del arroyo Hondo. La réplica al puesto de control es el arresto de «trece

hombres indefensos, la mayoría asentados en el cortijo La Reina, parcelado por la reforma agraria», apunta Arcángel Bedmar.

«Los militares usaron a los detenidos como parapeto en su camino hasta el cuartel de Espejo, en cuyo patio los mantuvieron amarrados de dos en dos a pleno sol», dice. Tras el fracaso en la conquista de Castro del Río, la columna Varela ataca la empresa con una fuerza atestada de mercenarios marroquíes que siembran el terror «rapiñando, violando y asesinando a familias enteras».

La narración continúa con el fracaso de Varela y el arrastre de «entre 20 y 50 detenidos». Los golpistas asesinan a los presos. La masacre ocurre en un olivar de la finca de Santa Rita.

El estudio de Bedmar, que sirve de soporte histórico a la petición de búsqueda de la fosa común por parte de algunos familiares de los trece de Santa Cruz, marca esa finca de Santa Rita, situada al otro lado del río Guadajoz, donde han aparecido los restos óseos ya exhumados.

La base para señalar el enterramiento clandestino han sido los testimonios de Francisco Merino, autor de *Castro del Río del rojo al negro*, y Blas Criado. Merino confirma que en los años 60 aparecieron huesos al realizar labores agrícolas. Criado grabó en los 90 imágenes de restos humanos, botas y ropajes.





Para completar el informe histórico, un integrante de la columna criminal deja su declaración. Manuel León Fernández, «testigo del exterminio», escribe: «El día 6 de agosto, cuando salimos de Montilla en dirección a Castro del Río, le entregaron a Varela una cuerda de 40 o 50 presos de la cárcel de Montilla. Al llegar a Castro, mientras hacíamos el ataque, los tuvieron todo el día a pleno sol, custodiados por la Guardia Civil. En un momento en que yo paseaba con una cantimplora de agua, los presos, con voz lastimera, murmuraban: ‘¡Agua! ¡Agua!’. Yo me acerqué instintivamente y les di de beber. El guardia me dijo: ‘No te molestes... ¡para lo que les va a servir!’. Cuando aquella noche estábamos descansando junto a las piezas de artillería, se oyeron unas descargas. Me incorporé y pude observar cómo remataban a toda la cuerda de presos traídos de Montilla» ■





15

17

19

21

23

25

27

29

31

33

36

38

40

42

18

20

22

24

34

36

38

40

42

41

43



Nerva (Huelva)

La venganza contra la resistencia minera



Ficha

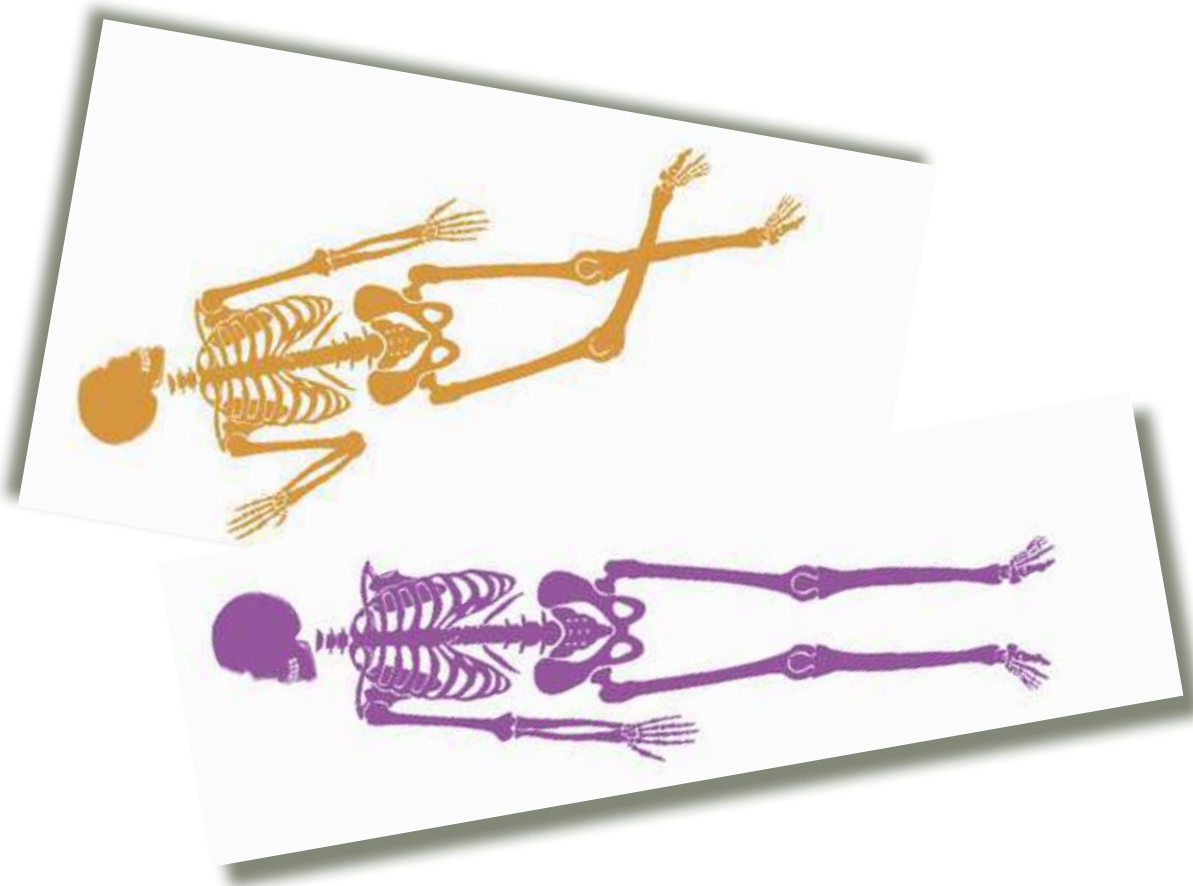


Localización **Cementerio municipal**

Número de víctimas **186 (en proceso, cifra según inscripciones en el Registro Civil de la localidad)**

Fecha de los asesinatos **Desde el 20 de agosto de 1936**

Equipo técnico
Andrés Fernández
Cristóbal Alcántara
María Isabel Brenes
Miguel Vila
Elena Loriguillo



Nerva (Huelva)

La venganza contra la resistencia minera

Huesos enredados entre tierra rojiza y metálica. Es la escena que desvela la mayor fosa común de la guerra civil en zona rural, abierta en el cementerio de Nerva (Huelva) como paradigma de la venganza franquista contra la resistencia minera.

La intervención arqueológica de la tumba ilegal muestra evidencias de la brutal

represión que dejó cientos de víctimas ejecutadas. La cifra total de muertos oscila entre 500, según las estimaciones más cortas, y 2.000. Muchos eran trabajadores que protagonizan el último foco de resistencia a los golpistas en la Cuenca Minera de Riotinto.

El pueblo, asediado por tierra y aire, se rinde con un pacto en la mano: que no haya

En Nerva (Huelva) está una de las mayores fosas comunes de la guerra civil en zona rural: entre 500 y 2.000 víctimas, según diversas estimaciones.

La tumba, localizada donde indicaban los testimonios orales, muestra evidencias de la magnitud represiva en la Cuenca Minera de Riotinto.



más sangre. Pero las tropas de Franco traicionan el acuerdo y hacen expirar henchido de barbarie el mes de agosto de 1936.

Las diversas catas realizadas en el cementerio dejan al descubierto cadáveres que aparecen a escasos 30 centímetros de la superficie. Los cuerpos yacen en posiciones de enterramiento no ritualizada y con evidencias de muerte violenta. Justo donde marcaban los testimonios orales, a uno y otro lado de la puerta de entrada y extendiéndose por toda la fachada principal. En total, casi 200 metros cuadrados de fosa común.

Los trabajos en el camposanto están en la primera fase de localización y delimitación de la sepultura. A raíz de los resultados obtenidos, si es viable, se procederá a la exhumación, estudio antropológico e identificación genética de los restos óseos hallados.

«Ya se sabe que están aquí», dicen los familiares de víctimas cuando ven la arena abierta salpicada de huesos. Las suelas de los zapatos indican que los cuerpos cayeron boca abajo. «Porque los fusilaban aquí, en la verja, y delante tenían la fosa, ahí caían directamente o los arrastraban adentro», cuentan. En las rejas hay marcas, cicatrices de las balas «y trozos de forjado que están rotos».

«Mi padre dice que, de pequeño, los chiquillos se venían a mirar y [los fascistas] los echaban, pero veían como llevaban gente»,

cuenta a pie de fosa María de los Ángeles Herrera. «Los traían vivos», subraya. Ahora su padre, Antonio, regresa a Nerva con la esperanza de que allí esté su hermano, «el tío Eloy».

«Siempre hemos sabido que aquí había una fosa de la represión de Franco». Es la ignominia que guarda silente el fruto vengativo de los golpistas. «Que mejor condena que la que se está consiguiendo, que se sepa lo que hicieron», describe mirando los huesos.

Pero «faltan muchos familiares» de las víctimas, lamenta. «Los que se fueron o han estado en silencio... ya las siguientes generaciones a lo mejor ni saben que tienen gente aquí», dice apuntando con los dedos en dirección a los agujeros excavados en la tierra roja.

La impulsora del proyecto exhumatorio ha sido la Coordinadora Cuenca Minera del Río Tinto para la Recuperación de la Memoria Histórica. La intervención está coordinada y financiada por la Dirección General de Memoria Democrática de la Junta de Andalucía, y cuenta con la colaboración logística del Ayuntamiento de Nerva y la dirección técnica del arqueólogo Andrés Fernández.

Las fosas comunes del cementerio de Nerva están además declaradas Lugar de Memoria Histórica de Andalucía desde el año 2013. Y es una de las más grandes de las 120 contabilizadas en Huelva, una de las provincias más castigadas de España.

En mitad de las codiciadas colinas cargadas de metales han estado tiradas por más de ocho décadas un puñado de víctimas del franquismo. Quizás 1.000. O el doble. Toca precisar a la labor arqueológica.

«Ahora tratamos de definir el perímetro de la fosa, ver hacia dónde va», explica Cristóbal Alcántara, arqueólogo, con el cuerpo sumergido en la tumba reabierta y los ropajes teñidos del color bermellón de la arena. Los cuerpos aparecen en disposición anómala, con partes en diferentes cotas: «aquí hay otro que está boca abajo, con el cráneo y los brazos a este lado y las piernas hacia allá».

Aparecen restos de calzado duro y resistente. «¿De la mina?, puede ser». Una suela enseña las letras «LA». En todas las catas aparecen huesos a escasa distancia de la superficie y la evidencia de que debajo sigue habiendo más. «Están saliendo». Pero hay que «definir la fosa, perimetrarla y luego ver el estado de los restos para determinar si es viable o no exhumarlos», según Andrés Fernández.

«Están de todas las posturas, como caen y ya está. Y estará desde aquí hasta el fondo, ¿no? Aquello también». La sobrina de Eloy Herrera, víctima del franquismo, señala desde un extremo a otro del cementerio. «Por lo menos es lo que los familiares nuestros mayores siempre han dicho, lo que pasa es que siempre ha sido... tabú» ■



San Fernando (Cádiz)

La fosa de los soldados leales a la República



Ficha



Localización **Cementerio municipal**

Número
de víctimas **48 (en proceso)**

Fecha de los
asesinatos **Desde el 21 de julio
de 1936**

Equipo técnico

Jorge Cepillo

Juan Manuel Guijo

Francisco Javier Pérez Guirao

Félix Urra

Mate Rodríguez

Susana Rodríguez



San Fernando (Cádiz)

La fosa de los soldados leales a la República

Como si no existieran. El Ministerio de Defensa se desentiende de más de cien militares ejecutados por los golpistas en San Fernando (Cádiz) tras permanecer leales al Gobierno republicano. De las 204 víctimas documentadas en la antigua Isla de León, 108 eran miembros de la Armada opuestos al «glorioso Alzamiento Nacional».

Defensores de la democracia a los que ignora el Gobierno de España presidido por Mariano Rajoy. El diputado de Unidos Podemos Juan Antonio Delgado registró una pregunta parlamentaria al hilo de la información periodística publicada en eldiario.es sobre el caso.

Y la respuesta oficial es que el Ejecutivo y la cartera dirigida por María Dolores de Cospedal

De las 204 víctimas de Franco en San Fernando (Cádiz), 108 eran miembros de la Armada opuestos al «glorioso Alzamiento Nacional».

Los militares fueron ejecutados junto a otro centenar de defensores de la democracia en la plaza isleña, clave en el inicio de la guerra civil.



no tienen «competencia ni responsabilidad» sobre el enterramiento colectivo. Quieren zanjar y olvidarse de la fosa de los militares, usando además como coartada el trabajo que ya realiza Andalucía.

«Que se esté actuando desde la Dirección General de Memoria Democrática de la Junta de Andalucía no exime que el Gobierno y Defensa puedan asumir su responsabilidad en un tema en el que además incumplen una ley estatal que está en vigor», corrigen fuentes de la administración andaluza. «En esta o en cualquier otra fosa», subrayan, como hace la Junta interviniendo de oficio en las tumbas ilegales.

Porque el grupo de oficiales y soldados opuestos al Golpe de Estado quedaron enterrados en una fosa común de la bahía gaditana. «La inmensa mayoría fueron asesinados en el periodo que conocemos como ‘terror caliente’, de julio del 36 a febrero del 37», en aplicación del Bando de Guerra, como apunta el investigador Miguel Ángel López Moreno, que ha indagado sobre el caso.

Las muertes documentadas en la localidad arrancan una semana después de la sublevación armada «y terminan el 7 de julio de 1941». A partir de esa fecha «sólo» hay «fusilamientos» a demócratas después de Consejos de Guerra que el régimen dictatorial activa para revestir las ejecuciones de una apariencia de

legalidad. Era la justicia al revés: rebeldes que matan acusando de rebelión.

El buceo documental refiere que en territorio isleño cayeron abatidos «oficiales, marinería, infantería, cuerpos auxiliares, fogoneros, radiotelegrafistas, dotación del Ferrándiz, del Cánovas...». El historiador detiene el relato. «Hasta poder hacer una estadística más fina», dice.

Junto a ellos yace otro centenar de víctimas. Sumergidos todos en la arena que riega la costa atlántica andaluza. La fosa del franquismo abierta en el cementerio de San Fernando está siendo intervenida y ya hay más de una decena de cuerpos recuperados. Quizás mañana puedan tener rostro, de nuevo nombre y apellidos. Aunque de muchos todavía se buscan a sus familiares.

La matanza ocurre en una zona donde no hay conflicto bélico tradicional. Sin bandos ni ejércitos enfrentados. Por su ubicación, el control de la provincia gaditana resultó determinante en el desarrollo de la guerra civil española.

El suroeste peninsular sentó las primeras bases del triunfo fascista con la entrada de las tropas africanistas. Estas milicias venían de batallar contra las tribus rifeñas ejerciendo tácticas de violencia extrema. Y aquí hacen lo mismo, sembrando el país de represión y muerte como herramienta clave en la

estrategia de aniquilación del adversario social y político. Y en ese plan, el acuartelamiento isleño es una succulenta plaza.

Los militares enterrados en la fosa isleña eran miembros en activo del ejército español que decidieron no adherirse al golpe de Estado de 1936. Y esa decisión les costó la vida. Como al resto de ejecutados por una filiación política o sindical, por una delación... por unas ideas progresistas como todo «delito».

En esas centenas de historias hay «dos casos de militares que son emblemáticos», narra López Moreno. El capitán de Corbeta Virgilio Pérez Pérez y el Comandante de Infantería de Marina Manuel de Sancha Morales. «Ambos tuvieron la valentía de oponerse abiertamente a la sublevación militar y acabaron dando su vida en el acto de permanecer leales al juramento que ofrecieron a la República», explica.

Los documentos descubiertos por el propio investigador, hasta ahora inéditos, confirman la causa contra estos militares. «En los archivos de esta Comisaría no parece afiliado a ningún partido político de los que componían el funesto Frente Popular», dicen los informes sobre Virgilio Pérez. Los textos están firmados entre junio y agosto del 41 por el capitán de Fragata e Inspector Jefe de Investigación y Vigilancia de San Fernando, José García de Lomas.





«Sin embargo era elemento de confianza del citado Frente», describe el archivo. Como Jefe de la Escuela Naval, el capitán recibe órdenes por radio «directamente de Madrid». Las órdenes derivan en un apoyo decidido del militar a la legalidad republicana. Una decisión que significa su sentencia: «como elemento peligroso fue detenido, muriendo (sic) más tarde por oponerse al triunfo del Movimiento Nacional».

La «probada lealtad a la República» que define Miguel Ángel López Moreno acabó desce-rrajada a balazos. Como la de otros soldados que se negaron a «sacar las tropas a la calle». Caso de los 108 que yacen en una fosa gaditana y a los que Defensa ignora. Los mismos que Andalucía intenta rescatar junto al resto de víctimas del franquismo. En el caso de la Isla, con el empuje de la Asociación por la Recuperación de la Memoria Democrática, Social y Política de San Fernando (AMEDE) ■



«Mi abuelo, militar, está en la fosa»

Rosa María de Sancha Caballero y
María Teresa Martínez de Sancha,
nietas de Manuel de Sancha Morales,
Comandante en Jefe de Infantería
de Marina.



Me llamo Rosa María de Sancha Caballero y soy nieta de un militar que está ahí en la fosa. Mi abuelo, Manuel de Sancha Morales, era el Comandante en Jefe de las tropas de Infantería de Marina. Sabemos dónde está, ahí [señala la tierra abierta], hasta el sitio exacto».

En la antigua Isla de León no hubo guerra civil. Como en gran parte del suroeste peninsular. Esta falta de resistencia republicana al golpe fascista no evitó el baño de sangre. Familiares como Rosa, y María Teresa Martínez de Sancha, buscan dar un entierro digno a sus víctimas.



«¿Leales a la República? Por supuesto. Mi abuelo fue fusilado porque no sacó las tropas a la calle y no declaró el estado de guerra», explican. «Fue nombrado por la República, ¿y la labor de un militar cuál es? Estar a la orden del Gobierno establecido que le nombró». Por eso no entienden que Rajoy y Cospedal vuelvan la cara a esta realidad.

El arresto y encarcelamiento de Manuel de Sancha acaba a tiros «el 28 de agosto». En esa época, recuerdan, la mayoría de los ejecutados «eran militares». Y «están ahí, todos, no

murió solo mi abuelo», apunta Rosa de Sancha. «Los familiares sabíamos dónde estaba la fosa del 36», desvela.

Un pulso certificado «por lo que se está descubriendo: huesos, zapatos, restos de uniformes...», enumera. La «propia historia» que emerge de un ignominioso ocultamiento de décadas. Como el relato que escribía un militar con una prolífica «vida civil» de músico, compositor y director de la orquesta del Teatro de las Cortes ■



La carta escrita en un cartón de La Carraca



Sed buenos», pide Agustín a sus hijos. El consejo rubrica una carta escrita en un trozo de cartón que tiene el sello del arsenal militar de La Carraca. Y es una despedida. La última voluntad de Agustín Rodríguez Nieto, militante de la CNT ejecutado por las tropas fascistas.

La misiva llega a manos de su mujer, Rosario Benítez Muñoz, apenas horas después de que la vida de Agustín se vaya destrozada a tiros el 28 de octubre del 36. El anarquista quiere un mensaje claro para sus hijos: «que no soy una mala persona, que no me matan por ser malo». Junto al cartón escrito deja lo poco que lleva encima. «Ahí tienes las 2,26 pesetas que me quedan».

La historia estremece. Más, contada a la vera de una fosa rebosante de huesos. El testimonio lo ofrecen María Rosa Rodríguez Aragón, sobrina de Agustín, y su hija Isabel Fuentes Rodríguez. Ambas transmiten la fuerza propia de la mujer sureña. Nervio, dignidad y lucha continua por sus muertos.

Agustín combate los calores veraniegos al modo posible aquella tarde del 18 de julio. Hasta que entra el infierno por la puerta. «Se lo llevaron a punta de pistola. Llevaba a su hijo más chiquitín en brazos, que era un bebé y apenas le dio tiempo de soltarlo», cuenta Isabel.

María Rosa Rodríguez Aragón junto a su hija, Isabel Fuentes Rodríguez, busca a su tío, el militante de CNT Agustín Rodríguez Nieto.



La madre de sus hijos inicia entonces un peregrinar diario para localizar el lugar del secuestro. En vano. «Se enteran de su muerte porque tienen una prima que limpiaba en la oficina del Ejército del que sellaba las penas de muerte y ella le echa un ojo a la lista de todos los días, para intentar avisar a la gente que conocía. Y un día, el 29 de octubre, encuentra que han matado a Agustín el día antes».

La despedida garabateada en un papel marrón de La Carraca certifica el asesinato. Allí estaba preso Agustín. «Lo matan en la misma saca que al alcalde, Cayetano Roldán, porque fueron matando a toda la corporación», explica María Rosa. Los sacan en grupos para proseguir a balazos con la estrategia genocida.

«Él era activista de la CNT y escribiente, una persona señalada y que siempre caía en las detenciones preventivas de los gobiernos de la época», narra Isabel. Como tantos en cualquier rincón de Andalucía. «La familia cuenta que le avisaron. ‘Vete, que vienen a por ti’. Pero decía: ‘si no he hecho nada, por qué me voy a ir’. Nunca imaginaron hasta dónde iba a llegar la represión».

Porque en San Fernando «no hubo guerra», especifica. «Solo terror, intolerancia, sicosis». Continúa María. «Aún vive su hija, mi prima, que todavía cuenta que no se le olvida cómo llegaron unos hombres a su casa y con una pistola en la cabeza se llevaron a su padre. Impresiona oírlo». María Rosa Rodríguez Benítez «está muy mayor pero eso no se le ha olvidado, lo tiene ahí... grabado».

El drama de una familia que sabía qué trozo del cementerio mirar. «Siempre supe que estaba aquí», y los ojos vuelven camino a la fosa. «Mi madre me decía ‘por aquí no se pisa, hija’. La mudez de la derrota está ahora cambiada por la esperanza».

«Y echamos mucho de menos a Manuel», culminan. Juan Manuel Fernández Roldán, fallecido en julio de 2017, era presidente de la Asociación por la Recuperación de la Memoria Democrática, Social y Política de San Fernando (Amede). El nieto de Cayetano Roldán Moreno, último alcalde republicano de una corporación municipal masacrada. «El hombre que se quedó a las puertas de recuperar a su abuelo», como escribe la periodista Vanessa Perondi ■



Guadalcázar (Córdoba)

Los carboneros ejecutados por pleitear una finca



Ficha

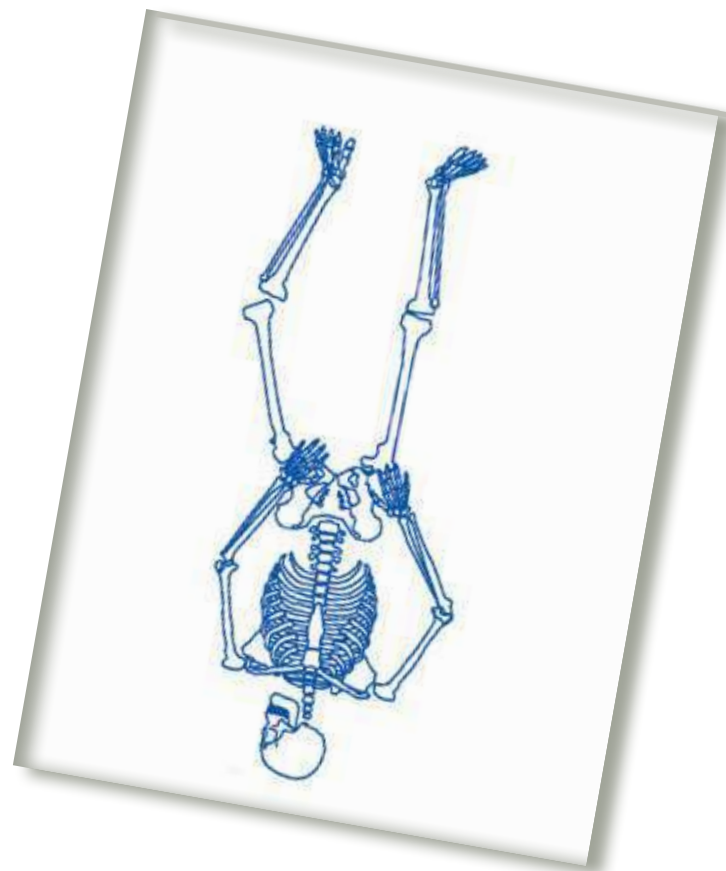


Localización **Cementerio municipal**

Número
de víctimas **1 (en proceso)**

Fecha de los
asesinatos **18 de septiembre de 1936**

Equipo técnico
Andrés Fernández
Juan Manuel Guijo
Cristóbal Alcántara
Rafael Espino



Guadalcázar (Córdoba)

Los carboneros ejecutados por pleitear una finca



Venga usted, que ahora le voy a contar toda la verdad». Teresa Espera Marín (72 años) se dirige «al periodista». Una leve brisa serpentea los cipreses del pequeño cementerio de Guadalcázar (Córdoba). El sol aprieta al ritmo acompasado de picos y palas. La tierra está siendo perforada para rescatar los restos de siete miembros de una misma familia: «los Carboneros».

La escena está presidida por la calurosa mañana del 29 de agosto de 2015. Ahí arranca una intervención coordinada por la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica de Aguilar de la Frontera (AREME-HISA). El trabajo continúa. Una de las víctimas ya ha sido localizada y el resto pudiera estar en un nicho tras haber sido exhumados muchos años atrás.

Siete miembros de una misma familia fueron asesinados en Guadalcázar (Córdoba) tras pelear durante la República el arrendamiento de una finca.



«Cuando llegó Franco le querían quitar una tierra que habían ‘desmontado’, hacían carbón y la dejaron bien», apta para el cultivo, cuenta Teresa, nieta de uno de los ejecutados.

«Ese día llegaron al cortijo a buscarlos y les tuvieron que poner de comer», a un grupo de guardias civiles y falangistas, refiere. «Queso, jamón... se decían, ‘esto es muy raro’. Cuando se hartaron de comer les dijeron que ahora iban a dar un paseo y ya cerca del cementerio uno de mis tíos dijo: ‘ustedes nos vais a matar’. A él lo mataron allí mismo, lo subieron a una yegua y a los demás los fusilaron ahí».

Señala una pared del recinto. Y un rincón donde esperaba la fosa común donde reposarían Manuel Torres Herrera, Manuel Galindo Moriana, Manuel Torres Romero, Juan Antonio Marín Sojo, Antonio Marín Lomares, José Rodríguez Gil y su hijo, José Rodríguez.

Aquel era el lugar donde su madre lloraba. Cada día. «Otro de mis tíos se salvó, le dieron un tiro en la boca y le salió por el otro lado y se

hizo el muerto. Llegó a casa ensangrentado y escapó», cuenta.

Su familia, natural de Casariche (Sevilla), tenía arrendadas aquellas tierras y vivían en el cortijo de Villafranquilla, en la localidad cordobesa de Fernán Núñez. La llegada de la República con sus bríos de cambio y justicia social, y la Ley de Reforma Agraria, habían aplazado el desahucio anunciado de «los Carboneros».

Años antes de la matanza «pleitearon en los juzgados y la Audiencia Provincial de Córdoba ayudados por la Asociación Española de Agricultores, Arrendatarios, Aparceros y Medianeros de la Tierra», apunta el presidente de AREMEHISA, Rafael Espino.

Resistían. «Y esto incomodó al patrono». Tras el golpe militar era suficiente «delito». En el proceso de preparación del proyecto arqueológico el alcalde de Guadalcazar, Francisco Estepa, ha descubierto que su propio bisabuelo es uno de los allí fusilados y sepultados.

«Para mí también ha servido para comprobar que ahí hay parte de mi familia, no lo sabía y esta labor nos lleva a conocer la historia», asegura. El Ayuntamiento, subraya, «ha dado todos los permisos necesarios [para la documentación y búsqueda] y no pone ninguna traba, al contrario».

Como la Junta, presente en el inicio de unos trabajos asumidos como parte del empuje de la generación de los nietos. Caso de María Teresa Torres Salazar, descendiente de Manuel Torres. «Esto lo hago por mi padre y por la memoria de mi abuelo», dice.

Porque buscarlos, precisa, «no es una venganza, no vamos contra nadie. Dicen que removemos... pues claro, por mi padre, porque esto cierra un ciclo». Andalucía sigue apostando por ese «deber del Estado» que exigen los colectivos memorialistas, reclama la Organización de Naciones Unidas (ONU) y que pocas regiones ponen negro sobre blanco ■



El Coronil (Sevilla)

Tierra para los pobres



Ficha



Localización **Cementerio de
San Sebastián**

Número
de víctimas **0 (no localizadas)**

Fecha de los
asesinatos **Entre agosto y
noviembre de 1936**



Equipo técnico
Elena Vera
Elisabet Conlin

El Coronil (Sevilla)

Tierra para los pobres

La infructuosa búsqueda en El Coronil (Sevilla) simboliza el poder y la represión terrateniente contra la clase obrera.

Las tropas de Franco dejaron más de cien víctimas tras el golpe de Estado del 36, entre ellas un bebé y una menor violada.

Y en la tierra no había nada. Los trabajos de localización de la sepultura abierta por los fascistas en El Coronil (Sevilla) han resultado infructuosos. Las referencias, basadas en testimonios orales, estaban en lo cierto. La fosa común estuvo en el cementerio de San Fernando, pero fue «desaparecida» por el «buen trabajo» de «los criminales».

«Construyó [el terrateniente del pueblo] el panteón encima de la tumba ilegal para demostrar quién manda». En la vida y en la muerte. La tajante oración «es lo que los mayores siempre han contado en el pueblo». La verbalizan varias mujeres que acuden al camposanto «para ver la fosa».

«A ver si hay suerte y aparecen todos», musitan. Pero no, no la hubo. La frase retrata también el desprecio del «señorito» sobre «los pobres». Como símbolo de la perversa acción represiva ejercida en muchos pueblos andaluces por determinados latifundistas henchidos de aire vengativo.

Un bebé tirado a un agujero. Una menor violada. Y otras 119 criaturas muertas a tiros. Las tropas de Franco escriben con saña la estrategia de aniquilación del adversario social y político. El odio de clase provoca sonoras matanzas que definen el terror fundacional del franquismo.

En El Coronil, la fosa quedó cargada con más de un centenar de asesinados. Las diferentes catas realizadas sobre el terreno no han dado el resultado esperado. «No se han encontrado evidencias» de restos óseos correspondientes a víctimas del franquismo, confirma la directora arqueológica del proyecto, Elena Vera.

Había «que seguir», para agotar todas las opciones, «hasta el último momento». Los malos presagios, sin embargo, quedaban finalmente confirmados. La fosa había sido vaciada. Los huesos desalojados. Tirados luego, posiblemente, al osario.

El intento de localización estaba marcado por los relatos transmitidos en el pueblo. Y que reflejaban el intento por subvertir el orden social establecido y la postura reaccionaria de los caciques ante tamaña provocación de las clases bajas. De esos braceros sometidos a la penuria y la exclusión en los años 30 del siglo pasado.

Como confirma el presidente de la asociación memorialista de El Coronil, Antonio Manuel Mateos: «es lo que siempre han dicho los viejitos». Que los 121 ejecutados por los golpistas en el municipio estaban arrojados a la tierra abierta en un rincón del cementerio.

Justo donde diez años después del inicio de la guerra civil, uno de los terratenientes del pueblo «y de los más significados en el apoyo

al golpe de Estado del 36» levanta su mausoleo. «En una esquina, cuando lo habitual en estos casos es hacer el panteón a la entrada para que sea lo más visible».

Durante los trabajos de búsqueda de la fosa «ha aparecido otro testimonio muy valioso y que nos da una idea del resultado final de la historia», cuenta. «Una persona que tenía 14 años cuando se construyeron los nuevos nichos a mediados de los años 40 nos ha contado ahora que en esa parte, donde nos marcan la fosa, salieron muchos cráneos con agujeros y cuerpos con alambres alrededor de las manos».

Aquellos restos acabaron arrojados al osario. Y si la intervención arqueológica no se hubiera llevado a cabo, la evidencia quizás nunca hubiera llegado a ver la luz. Si no se hubiera abierto la tierra «nunca nos lo hubiera contado». La deriva, el final que apuntan las nuevas pruebas y las viejas historias, significa «que los criminales hicieron un buen trabajo de ocultación». Que la fosa tapada por nichos y panteones fue «desaparecida».

Y todos son crímenes sin resolver. Una situación que llevó a El Coronil a ser el primer pueblo del país en denunciar en el Consulado de Argentina en Cádiz estos delitos de lesa humanidad. El Ayuntamiento participa así en la denominada Querella Argentina que investiga

el genocidio franquista. Este paso contó con el asesoramiento de la ARMH local y de la Coordinadora Estatal de Apoyo a la Querella Argentina (CeAQUA).

«Aparte de la declaración testimonial de hijos y nietos y de organizaciones de familias de víctimas, como representante oficial de un Ayuntamiento sí es la primera vez», confirman fuentes de la oficina consular. La petición espera que la justicia del país austral «ordene proceder a la comprobación de los hechos objeto de la denuncia, así como de todas las circunstancias relatadas».

Una «copia certificada» de toda la documentación aportada «como prueba» de las graves violaciones de los derechos humanos está en manos de la titular del Juzgado Nacional en lo Criminal y Correccional Número 1 de Buenos Aires, María Servini de Cubría.

El archivo describe la entrada en el pueblo, a sangre y fuego, de los «fascistas de la columna Figuerola». Episodio que deja una «represión de tal magnitud» como apuntaba la fosa expoliada. Como «una niña de 16 años que también fue violada por los falangistas del pueblo que la detuvieron, y un niño de pocas semanas», según la denuncia.

Hay que sumar decenas de fallecidos «en circunstancias no aclaradas», 14 desaparecidos,

150 condenados a penas de cárcel, «familias a las que se confiscaron todos sus bienes» o «tres personas escondidas como ‘topos’ temiendo por su vida, una de ellas hasta diez años oculta», y «11 mujeres rapadas y obligadas a tomar purgantes»... Todo en El Coronil. Y el dolor y el silencio sepultado durante décadas de oprobio.

«Es cierto que no están apareciendo [los restos óseos], como deseamos, pero el trabajo ha sido el correcto y estamos cerrando el círculo de la historia de estas víctimas en un pueblo donde se está haciendo un trabajo excelente de recuperación de la memoria», analiza el coordinador de exhumaciones de la Dirección General de Memoria Democrática de la Junta, Miguel Ángel Melero.

Porque la fosa de «los pobres» es un símbolo del poder y la represión de los terratenientes en el campo andaluz. De cómo el «señorito» demostró quién mandaba en la tierra. Y porque, a su pesar, la memoria vence aunque la oposición siga vigente en las calles, desde esa parte anestesiada. Como confirma la propia alcaldesa, Maribel Gómez. «Hay vecinos que me han dicho: ‘¿Por qué tenéis que hacer eso? [buscar la fosa], ¿no te das cuenta que abre heridas?’» ■

Y decir «no están en un agujero»

Los familiares de víctimas esperaban encontrar «los cuerpos» pero subrayan que la intervención sirve para mantener su memoria «y sus ideas».

José Jiménez, Manuel Mateos y José Pérez: tres vidas y muertes paralelas que ejemplifican el destino de más de un ciento.

José Jiménez Galán, Manuel Mateos Palacios y José Pérez Marín. Tres vidas paralelas que los rebeldes finiquitan a balazos. Tres nombres como ejemplo de más de un ciento.

«Nunca se conocerán las razones reales que condujeron al asesinato de estos coronileños». El motivo definitorio, el impulso que condena. Disputas personales con vecinos de derechas, viejas rencillas y, seguro, la afiliación política y sindical. El compromiso de unos con la democracia y el de otros con el naciente fascismo español.

Es probable que los asesinatos respondan a la «combinación» de estas circunstancias, afina Antonio Manuel Mateos López, familiar de los dos últimos. «Manuel y José eran suegro y yerno respectivamente». «O algo más simple y no menos cruel», apunta: «las reiteradas órdenes de exterminio lanzadas desde el Gobierno militar del Ejército sublevado y rebelde por el general golpista Queipo de Llano, que dirigió sin distinción contra toda la ciudadanía sevillana republicana, de izquierdas o sospechoso de serlo».

«En esos días comprendidos entre el 18 y el 31 de julio de 1936 la confusión se apoderó de los vecinos de El Coronil, al igual que ocurrió en otros lugares», explica. «De forma esporádica y descoordinada surgieron algunos intentos de resistencia, de fugas, de detenciones de derechistas y de grandes propietarios de tierras», revela Mateos López.

Pero los ricos sólo fueron encarcelados. «No existió ningún tipo de represalias, asesinatos o vejaciones contra ninguno de estos vecinos de derecha», confirma documentado en «fuentes directas». Los golpistas, al entrar en el pueblo, acataron su propia justicia del revés matando a discreción.

«Mi tío tenía 24 años cuando lo asesinan y no se había significado de forma especial aunque era simpatizante de la República», añade Ana García Pérez, sobrina de José Jiménez. «Fueron a por el más débil, el hermano de mi abuela».

«Según relatos de mi abuela, él estaba trabajando en el campo, como en aquella época mucha gente, y se lo llevaron, simplemente. Sin acusación». A José lo retienen «en la cárcel de pueblo» y «a los pocos días, en una de estas sacas nocturnas, lo fusilaron».

Ana, emocionada, detiene la historia. Y prosigue. «Se supone que [lo ejecutan] en la tapia del cementerio, por detrás



del camposanto donde se sospecha que llevaban a cabo todos los fusilamientos y va directamente a una fosa que siempre se ha pensado que está allí en el cementerio. Allí los fusilan y allí los tiran a la fosa abierta», suelta de un tirón.

¿Quién era José, por qué lo matan? «Era un jornalero, de la gente pobre y humilde, y aquí ocurrió bastante que los tratenientes encabezaron la represión». Aparte, continúa, «el pueblo fue tomado el 18 de julio del 36, fue algo inmediato, no hubo guerra ni resistencia, pero sí fueron primero por el Gobierno legal que había en el Ayuntamiento y luego por cualquiera que se hubiera significado por muy poco que fuese».

Sobre la búsqueda errada de la fosa, Ana confiesa con lágrimas en los ojos: «Es un paso más, por lo menos el intento. Han pasado 81 años de esto [los asesinatos] y nadie había hecho nada por decir ‘vamos, a ver qué ocurre’. Ojalá encontrásemos los cuerpos, porque es una forma de recuperar... no la dignidad perdida, porque ellos siempre la han tenido a través de sus ideas y de nosotros, pero sí eso de decir ‘no están en un agujero’, tirados de aquella forma».

Al no aparecer... «bueno, se ha intentado, y desde luego sí hemos rescatado su memoria para siempre». Y sus nombres, subraya, «van a seguir adelante», rompiendo la impunidad. Manteniendo la memoria de José Jiménez, de José Pérez, de Manuel Mateos alias *El Zamboro*, de todos los nombres. «Y las ideas que ellos tenían las tenemos nosotras ahora y vamos a seguir defendiéndolas» ■

Camas (Sevilla)

A la espalda de la cruz



Ficha

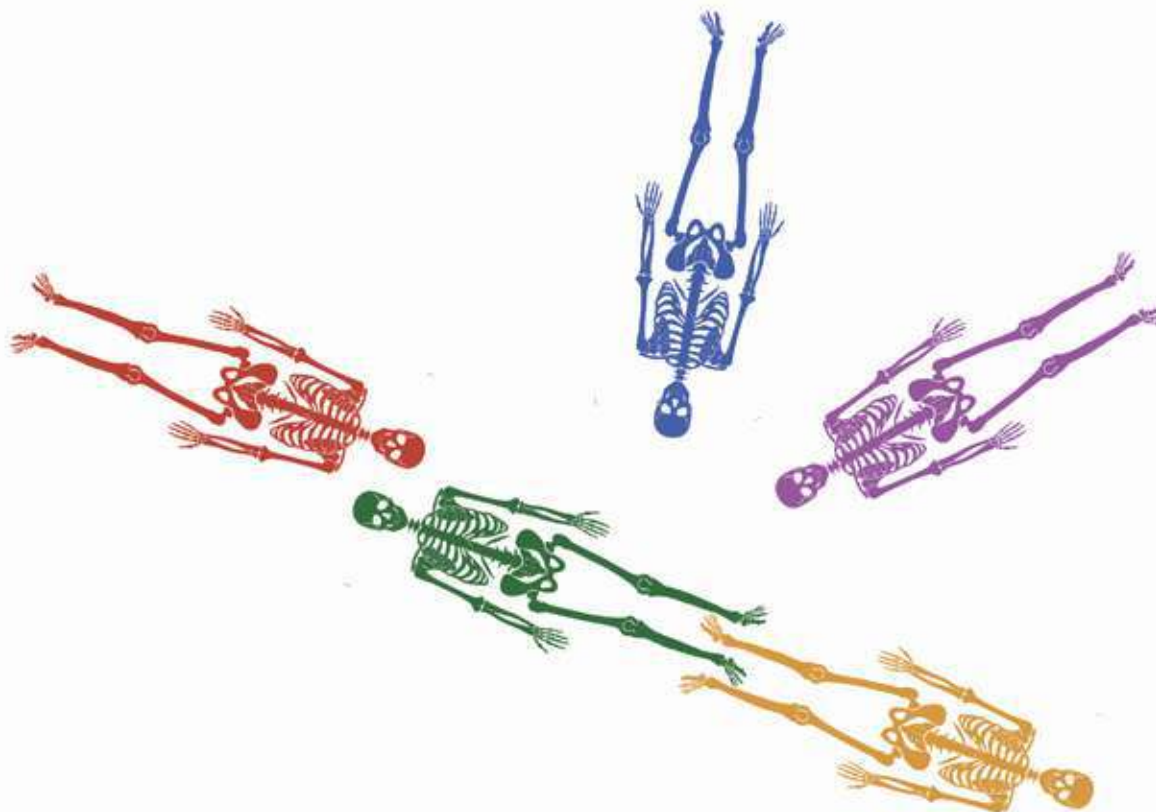


Localización **Antiguo cementerio municipal**

Número de víctimas **5**

Fecha de los asesinatos **Mayo de 1938**

Equipo técnico
Andrés Fernández
Cristóbal Alcántara
María Isabel Brenes
Eloísa García



Camas (Sevilla)

A la espalda de la cruz

De bajo de donde niñas y niños aprendían las leyes de tránsito. Porque el antiguo cementerio del pueblo había sido convertido en Parque de Educación Vial. Y allí estaban las fosas comunes de Camas (Sevilla). Hoy, las serpenteantes calles simuladas y el reguero de señales dejan sitio al rescate de las páginas secuestradas por el silencio.

A la espalda de la cruz «se arrojaban cadáveres» de víctimas de la represión, según testimonios orales. En una primera intervención aparecieron los mineros que cayeron presos de una emboscada en La Pañoleta, a las mismas puertas de Sevilla. Era la traición que evitó cambiar la historia, como se contaba en *Que fuera mi tierra*, el primer Anuario de intervenciones en fosas comunes del franquismo.

El antiguo cementerio de Camas (Sevilla) pasó de ser donde «se arrojaban cadáveres» a un Parque de Educación Vial y, ahora, la tierra que rescata las páginas secuestradas por el silencio.



Además de los que perdieron la vida en la asechanza, la tierra albergaba otras víctimas del propio pueblo y otros municipios cercanos. Como confirmaban los datos que el equipo técnico había ido recabando del Registro Civil camero y de Santiponce.

Enterrados había restos de proyectiles de fusil Máuser, suelas de caucho, unas llamativas llaves de grandes dimensiones, monedas... El trabajo ha contado siempre con el impulso de la Asociación Memoria, Libertad y Cultura Democrática y colaboración del Ayuntamiento de Camas, fundamental con el aporte logístico y cumpliendo así con la política de cooperación y «sensibilización» entre las administraciones promovida desde la Junta de Andalucía.

La segunda actuación arqueológica ha rescatado otros cinco asesinados por los franquistas. Entre ellos el último represaliado en la localidad sevillana por las tropas golpistas,

Antonio Barba Blanco. Su diligencia de enterramiento marcaba el camino.

«Lugar donde ha sido enterrado el cadáver de Antonio Barba Blanco: En Camas a once de mayo de 1938, el señor Juez, acompañado de mí, el secretario, se constituyó en el Cementerio de esta Villa en el que a las once horas del día de hoy se verificó el acto de dar sepultura al cadáver de Antonio Barba Blanco, el que fue colocado en la fosa común situada a unos 30 metros de la tapia de la parte oeste y a cuatro de la parte sur».

En las excavaciones también pudo confirmarse cómo los mineros que pretendían cambiar el curso de la historia tuvieron enterramiento bajo legislación republicana, en ataúdes. Y luego, décadas más tarde, recibieron multitudinaria sepultura en un mausoleo construido en el cementerio municipal Nuestra Señora de los Dolores y San Sebastián ■



La historia (y el entierro) de los mineros que iban a vencer al fascismo

Una columna de milicianos partía de la Cuenca Minera de Huelva horas después del golpe de Estado fascista para cambiar el curso de la guerra.

Querían tumbar a los rebeldes con un puñado de vehículos cargados de dinamita y muchos kilos de entrega, pero una traición terminó en una emboscada mortal.

Un grupo de catorce de aquellos resistentes fue exhumado y, 80 años después, sus restos han recibido digna sepultura.

Una causa: golpe de Estado. Un plan: organizar una columna de milicianos. Un objetivo: tumbar a los rebeldes. Parece escrito el destino de quienes van a torcer el curso de la guerra civil. De un país. Pero el fogón de la historia tiene otro ingrediente: traición. Y la aventura muta en carnicería.

Luego de 80 años, el país de la desmemoria entierra de manera digna a 14 de aquellos resistentes. Los restos, en pequeñas cajas de madera, reposan en un mausoleo erigido en el cementerio de Camas.

Un algarrobo, el árbol del «pan de los pobres», preside la escena. Alguien deposita una bandera tricolor junto a los féretros. Un violonchelo desliza el himno de Riego por las calles del camposanto.

Al emotivo acto falta Lida Salgado. La hija de Francisco falleció en mayo con 84 años. Antes, vivió la intervención arqueológica que rescató a su padre. Todos la recuerdan. Caso de Pilar Comendeiro y Nelly Bravo, sobrinas de José Palma Pedrero, otro de los mineros. Viajan desde Buenos Aires (Argentina) y Nueva Jersey (EEUU), donde un día descubren el paradero de su tío por el libro *La justicia de Queipo*, de Francisco Espinosa Maestre.

El entierro es una tarea cumplida. La comitiva recorre el pueblo, paralizado a su paso. Tantas décadas antes, España masculla la certeza de la trama fascista cuando la Cuenca Minera de Huelva forja un grupo de combatientes para frenar a los rebeldes. La tropa suma integrantes en el camino hasta enfilarse en la capital andaluza.

La columna tiene un aporte militar al mando del comandante Gregorio Haro Lumbreras. Que integren la marcha «causó serias dudas» entre los izquierdistas, cuenta Espinosa. Y en La Pañoleta, casi oliendo el terror demencial que

ya siembra el exgeneral golpista Gonzalo Queipo de Llano, el fuego de ametralladoras alcanza al puñado de camiones cargados de dinamita.

La emboscada tiñe de muerte la calurosa mañana del domingo 19 de julio del 36. Todo salta por los aires. «La Guardia Civil traidora lleva un rato disparando contra los vehículos que bajan la Cuesta del Caracol», explica el historiador José María García Márquez.

El 29 de septiembre de 2016 quedó cerrado el círculo de la memoria. El entierro de alguno de los mineros que iban a vencer a Franco supone una victoria. Cada cajita, un triunfo de la verdad sobre la ignominia.

El recuerdo está ahí, siempre, y ahora el homenaje del pueblo. La familia de Lida permanece emocionada. Pilar pasa lista «a todos los que hicieron posible esto». Y Nelly describe: «me gusta saber que las palabras cuentan, las ideas, que nada de esto caiga en el olvido». Ambas sonríen. Acaban de enterrar al «tío Joselito».

«Cabe preguntarse si hubieran llegado a Triana y el golpe no triunfa... cuántas vidas inocentes se hubieran salvado», cuestiona el presidente de la Asociación Memoria, Libertad y Cultura Democrática, José Esteban Garrido. «Son nuestros mineros, aquellos que fueron aniquilados en esas oscuras páginas de nuestra historia», apunta el alcalde camero, Rafael Recio.

Y dice García Márquez: «hoy día los personajes ilustres de Camas son Paco Camino, Curro Romero, Sergio Ramos y Capi». Toreros y futbolistas. «Sin comentarios», añade. Vendría bien recordar estos versos del poeta sevillano Luis Cernuda: *y entonces la ignorancia, / la indiferencia y el olvido, vuestras armas / de siempre, sobre mí caerán, como la piedra, / cubriéndome por fin, lo mismo que cubristeis / a otros que, superiores a mí, esa ignorancia vuestra / precipitó en la nada* ■



Cártama (Málaga)

«Soy el alcalde republicano de este pueblo»



Ficha

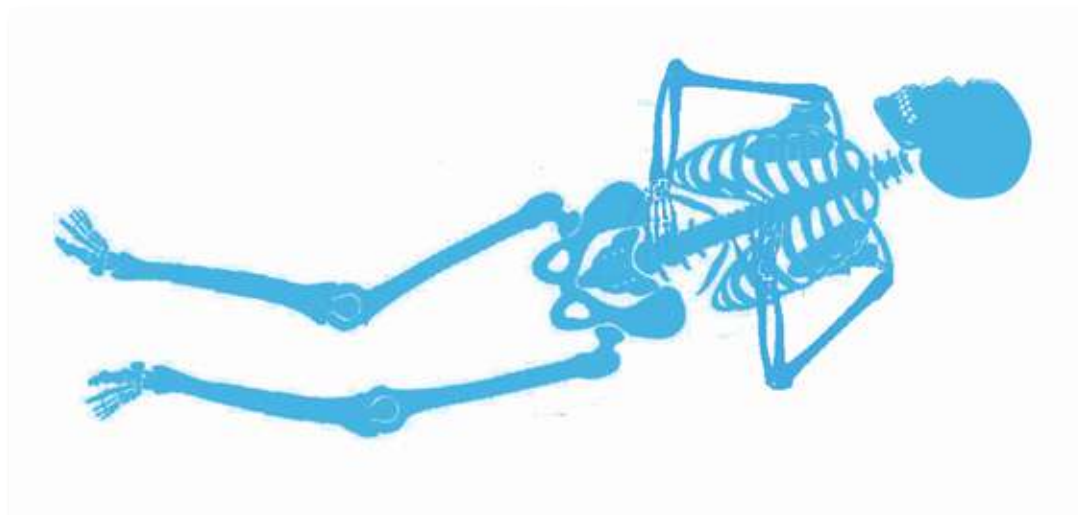


Localización **Cementerio municipal**

Número
de víctimas **6 (en proceso)**

Fecha de los
asesinatos **Desde el 9 de febrero
de 1937**

Equipo técnico
Francisco Melero
Andrés Fernández
Cristóbal Alcántara
Maribel Brenes
Elena Loriguillo



Cártama (Málaga)

«Soy el alcalde republicano de este pueblo»

La violencia roja deja en Cártama (Málaga) 42 fusilados que reciben cumplida venganza: 108 víctimas, entre ellas el regidor local, que encaró a los golpistas.

Cuando las tropas fascistas entran en Cártama (Málaga), un hombre apodado «Anafre» enfila la plaza para encarar al capitán sublevado. Y suelta un rotundo: «Se presenta a usted el alcalde republicano de este pueblo». Se llamaba Pedro Hurtado Calero. No sobrevivió a aquella misma noche.

Los rebeldes conquistan el sitio el 9 de febrero del 37, tras la toma de la capital de la provincia. A partir de ahí ponen a funcionar la maquinaria de control y sometimiento. El asesinato de la máxima autoridad es una de las 108 documentadas en la localidad.

Como resultado, el cementerio alberga una fosa común de la que ya están siendo rescatadas algunas de las víctimas. A la entrada del recinto, en una zona compuesta por dos rectángulos ajardinados. Ahí el trabajo arqueológico comienza a localizar y exhumar restos óseos de los ejecutados.

Las pequeñas elevaciones denominadas Espartales y Llana forman la conocida como sierra de Cártama. Los primeros franquistas en llegar por la carretera de Pizarra pertenecen a la caballería. La infantería, que viene de Álora, retrasa el paso para acceder al pueblo enclavado al pie de estas montañas.

Sobre la línea del frente, que está situada en el límite del término municipal, aparecen unos 160 infantes de marina republicanos

que se entregan a las fuerzas golpistas. Quedan sumados a los dos centenares de prisioneros que los adláteres de Franco arrastran desde Antequera.

El avance rebelde prosigue por la cañada cercana al camposanto, donde las dopadas tropas encuentran un leve conato de resistencia solventado sin mucha dificultad. La relación de fuerzas no permite comparación alguna.

Al pisar las calles del pueblo nombran un nuevo Ayuntamiento y el control queda en manos de los falangistas y de la Guardia Civil. E improvisan un tribunal al que acude «la gente de orden» para declarar contra los «fieles a la República».

La violencia roja ha dejado en el pueblo unos 42 fusilados, según cifras de Ramos Hitos recogidas en el Mapa de Fosas andaluz. Los golpistas elaboran un listado de ejecutables del que empiezan a tachar nombres esa misma noche.

Como el del «Anafre», el «alcalde republicano de este pueblo», y otros 107 vecinos. En conversaciones improvisadas y repetidas a lo largo del tiempo, los mayores de Cártama recuerdan cómo uno de los tenientes sediciosos dijo: «Que suenen las campanas si no se han comido los badajos». Era el martilleo de la muerte ■

Villanueva de la Concepción (Málaga)

La huida de película de «el Besugo»



Ficha



Localización **Cementerio municipal**

Número
de víctimas **0 (en proceso)**

Fecha de los
asesinatos **Desde el 7 de mayo
de 1937**



Equipo técnico
Andrés Fernández
Cristóbal Alcántara

Villanueva de la Concepción (Málaga)

La huida de película de «el Besugo»

Un total de 18 detenidos en fila el paredón, la muerte, pero uno consigue huir poco antes de los tiros, en las mismas narices de sus captores.

El resto, 17 personas, fueron ejecutadas y enterradas en el cementerio de Villanueva de la Concepción (Málaga).

Y «el Besugo» consigue escapar. Cuando los victimarios empujan a los detenidos, amarrados como bestias, viendo ya las puertas del cementerio... se produce la huida. Casi de película. Los fascistas, sorprendidos, no logran dar con el fugitivo. Pero cumplen su estrategia mortal: matan al resto de presos.

La escena ocurre en Villanueva de la Concepción (Málaga) en la madrugada del 7 de mayo de 1937. Las fosas quedaron abiertas en el cementerio local, en las afueras del pueblo. Ahí enterraron a 17 hombres. Todos, menos el escapado Sebastián Luque Molina, alias «el Besugo».

Los compañeros cuyas vidas fueron segadas a tiros respondían a los nombres de Andrés



Aranda Aranda, Antonio Bueno Sánchez, Antonio Campos, Rodríguez, José Durán Cuesta, Antonio García Morón, Alonso Guerrero Bravo, Cristóbal Hazañas Cruzado, Francisco Jiménez Ruiz y Manuel Jiménez Ruiz. Divididos en dos grupos, también estaban Francisco Muñoz Cobos, Luis Rodríguez Fuentes, Miguel Rodríguez Luque, José Roldán Gámez, Antonio Ruiz Domínguez, José Ruiz Domínguez, Andrés Sarrias Muñoz y Antonio Vergara Rodríguez.

Antes de los fusilamientos masivos, los detenidos fueron trasladados desde la cárcel habilitada en el municipio malagueño a la Casa Cuartel de la Guardia Civil. El primer recinto no reúne las condiciones de seguridad necesarias para retener a tal número, entienden los golpistas.

La secuencia cronológica marca como en la batalla de Málaga una de las columnas sublevadas que avanzó desde Antequera rompe el frente republicano por El Torcal. Ocupa así Villanueva el 6 de febrero del 37.

Los rebeldes inician la temida represión. Cuentan que el piquete está formado por miembros de la Guardia Civil. Un grupo de falangistas permanece atento, a la espera de la orden. Llegado el momento, los guardias civiles se niegan a realizar el vil fusilamiento en masa.

Los golpistas tienen que acudir a Antequera y Málaga, donde buscan refuerzos para el acto genocida, según la información aportada por Juan Lepe. Se ignora, por el momento, si hubo

represalias contra los guardias que obviaron la orden de matar a tiros a personas sobre las que no pesaba ningún juicio ni condena.

De la fuga del republicano da fe el Legajo 122 del Archivo Tribunal Militar Territorial número 2 de Sevilla. Es la causa número 3969 del año 1937, según la investigación y los datos aportados al proyecto arqueológico por los historiadores Raquel Zugasti Villar y Miguel Ángel Melero Vargas.

El caso está instruido «con motivo de la evasión en el pueblo de Villanueva de la Concepción cuando iba a ser ejecutado el condenado a esa pena Sebastián Luque Molina, (a) el Besugo», como queda escrito en el expediente.

En la causa aparece otro apunte. La «Declaración del falangista Fernando Castillo Arrabal». El golpista, el mismo día 7 de febrero, confirma que se abren «zanjas» en el campo santo para arrojar los cuerpos aún calientes. El trabajo arqueológico busca localizar al menos dos tumbas ilegales.

La declaración del miembro de extrema derecha confirma los aspectos conocidos del trágico suceso. Porque él, alardea, había sido «nombrado por Falange como conocedor para que acompañase a la fuerza al sitio donde habían de ser ejecutado los reos condenados a la última pena».

Describe cómo trasladan a los presos. «Marchaban atados de dos en dos y rodeados por los guardias que a la vez los llevaban cogidos por un hombro». Castillo Arrabal marcha

«bastante separado de la fuerza por formar parte del grupo de Falangistas que habían de enseñar el camino del cementerio».

El joven falangista, de 20 años de edad, entra a la necrópolis «con el objeto de indicar el sitio donde estaban hechas las zanjas». Las fosas para arrojar los cadáveres de los republicanos recién asesinados.

En el momento en que llega «la fuerza» oye «varios disparos». Enterándose más tarde, continúa, «que habían sido hechos a consecuencia de la fuga de uno de ellos». Luego sabe «de la ejecución de los nueve restantes», que formaban la cuerda de presos junto a «el Besugo».

Los rebeldes dan «batidas» por las inmediaciones, recuerda. Sin éxito. Aunque defiende el trabajo realizado y «que no *hubo* [*sic*] mala intención ni abandono por parte de nadie». Que en el ánimo de todos, tanto «de la Guardia Civil como en la Falange», subraya, está «el deseo de cumplir con los deberes».

Matar. Uno de los guardias, Juan Ramírez Moreno, también declara. Anduvieron con presteza para fusilar, dice. Con miedo en el cuerpo de que «aprovechasen cualquier descuido el resto de los sentenciados y pudiesen escaparse». Así avanzan «hasta dentro del cementerio, donde tuvo lugar la ejecución por las malas condiciones del exterior formando parte después [él mismo] de la batida que se dio» buscando a «el Besugo» ■



Colmenar (Málaga)

El «hoyo» abierto a las luces de Riogordo



2

1

3

Ficha



Localización **Cementerio municipal**

Número
de víctimas **0 (no localizadas)**

Fecha de los
asesinatos **Desde el 6 de febrero
de 1937**

Equipo técnico
Elena Vera
Juan Manuel Guijo
Elisabet Conlin



Colmenar (Málaga)

El «hoyo» abierto a las luces de Riogordo

Cuando los rebeldes entran en Colmenar (Málaga) encuentran las calles del pueblo casi vacías: el miedo a los fascistas ha provocado la «desbandá».

Josefa Barba cuenta cómo su padre, obligado a cavar la fosa, fue testigo de los asesinatos: «no lo mataron por una chispa, lo agarraron para hacer el hoyo».



Mi padre me contaba que ahí mataron a unos pocos». Josefa Barba Palomino cuenta los sucesos de Colmenar (Málaga). Está en el cementerio del pueblo, donde los fascistas trajeron «en un camión» a un puñado de criaturas. Sabe la historia de primera mano: su padre fue obligado a cavar la fosa común.

«A él no le mataron por una chispa, porque iba por tabaco y lo agarraron para hacer el hoyo», dice. A su padre «y a otro hombre más», subraya. «Luego comenzaron a tirarles a todos tiros y ya cayeron. Uno solo, a la fosa común». Dice que, en plena masacre, «de la *paerilla* [la pequeña pared] veía las luces de Riogordo», el pueblo vecino.

Las víctimas, abatidas, se derrumban dentro del «hoyo», remarca, mientras no para de mirar la parte baja del recinto. Todo ocurre «en lo hondo» del camposanto. En la parte baja, donde abren las zanjas colmadas de muerte. «Así que... esto es lo que él me contaba», concluye.

La fosa albergaría al menos 16 ejecutados, según la información contabilizada en el Mapa de Fosas de la Junta de Andalucía. La teoría indica que la tumba ilegal estaba marcada por un monumento erigido en honor a las víctimas del franquismo.

El testimonio –que la mujer ofrece al antropólogo Juan Manuel Guijo Mauri– refleja la manzanza de las tropas sublevadas dirigidas por el



coronel Rivolta a partir del 6 de febrero del año 37. El mismo día, los fascistas toman otros pueblos de la zona, caso de Alfarnate y Alfarnatejo.

Cuando el ejército rebelde entra en Colmenar, encuentra las calles prácticamente vacías. Las charlas radiofónicas de Queipo de Llano incentivan el miedo a los golpistas. Con razón. El genocida anima al exterminio del adversario social. A la violación de las mujeres. A robar y matar.

El terror provoca la marcha hacia la costa para enfilarse a Almería. Otras familias esconden a los suyos en el campo y en cortijos cercanos. El horizonte salvador es el final de los combates, una esperanza que nunca llega para muchos. Los que alguna vez regresaron pudieron comprobar cómo el régimen implantado por las armas había girado la bisagra de sus vidas, marcadas ahora por la pérdida de libertades, la represión y el silencio ■

Marmolejo (Jaén)

Los pájaros de Loma Candelas



Ficha

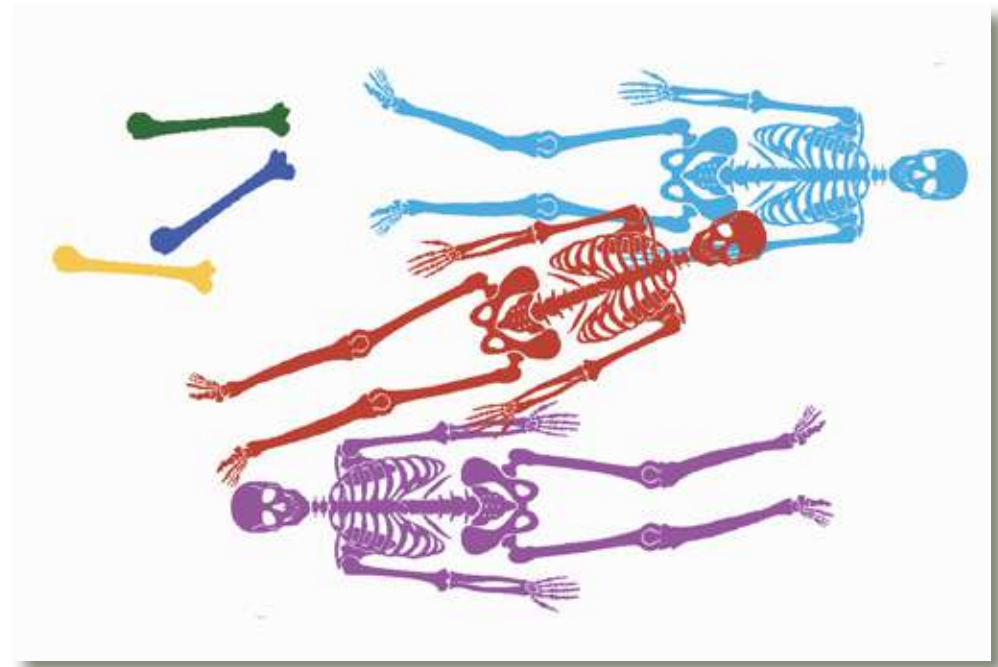


Localización **Cementerio de Santa Ana**

Número
de víctimas **4**

Fecha de los
asesinatos **8 de enero de 1944**

Equipo técnico
Elena Vera
Juan Manuel Guijo
Elisabet Conlin



Marmolejo (Jaén)

Los pájaros de Loma Candelas

La madrugada despierta a bombazos. Las batidas para cazar guerrilleros antifranquistas tienen éxito. Cada vez más. Y aquella redada nocturna en el cortijo de Loma Candelas va a ser mortal para cuatro maquis y su enlace.

Hace tiempo que la guerra ha terminado. Pero las masacres continúan. La Guardia Civil abate a la partida el 8 de enero de 1944

y trasladan los cuerpos inertes para su exposición pública en la plaza del Ayuntamiento de Marmolejo (Jaén). Sirven de anuncio del terror.

Antes de acabar enterrados en una fosa común del cementerio municipal de Santa Ana, a los cadáveres les practican autopsias. La documentación existe aún y sirve para localizar la tumba ilegal.



Una partida de maquis y su enlace, el casero de un cortijo en Marmolejo (Jaén), acaba acribillada en una emboscada el 8 de enero de 1944.

De aquel agujero han sido exhumados los restos óseos de los maquis Mateo y Manuel Alcalá Cabanillas (hermanos de Bujalance), Baldomero Arévalo García (Marmolejo) y Juan Cachinero Montoro, alias «el obispo» (Cardeña). Y el casero de Loma Candelas, Ramón Lara Gómez.

«¡Ay dios mío, qué ruina más grande!». Ramón asoma el hocico ante los insistentes golpes al portón. No quiere abrir. Tiene a los guerrilleros en casa. «Una bomba de mano fue a caer sobre la puerta hiriéndolo mortalmente», recuerda su hija, Ana Lara.

«Lo que vino después fue un auténtico y vergonzoso zafarrancho». Una matanza. La partida queda acorralada en la loma que vierte al río Yeguas. Con el monte, sugerido como única escapatoria, convertido en la puerta que conduce de la nada al abismo.

Ana revela un detalle tenebroso: «durante la larga espera [hasta traer unas bestias para acarrear a los muertos] los guardias civiles aprovecharon para comerse los zorzales que mi padre mandó preparar para Baldomero y los suyos». Los pájaros fritos de los maquis, aún calientes, acaban en los estómagos de sus asesinos.

La fosa de Marmolejo estaba señalizada por una lápida colocada en los años 80 en memoria de los antifranquistas. Como ejemplo de la concienzuda represión ejercida en las

sierras de Córdoba y Jaén. El objetivo de los fascistas es eliminar cualquier conato de resistencia. Barrer la rebeldía, y de paso a todas aquellas personas identificadas con ideales de izquierdas.

Las poblaciones ocupadas caen sumidas en el silencio y el miedo. En la zona de Marmolejo, la serranía de Andújar, hubo varios grupos de «huidos». Durante un tiempo mantienen en jaque a las autoridades golpistas. Pero actúan sin organización, agrupados por afinidad ideológica y con la caza o la rapiña como sólo sustento posible, amén de los contactos que ponen su vida en juego cada jornada.

Uno de estos enlaces es el casero de La Fresnadilla, un comunista libertario llamado Manuel Martínez. Ayuda al grupo anarquista de «los hermanos Jubiles». Cuando cae apresado su «estratega principal», el capitán del ejército republicano Juan Rodríguez Muñoz, el nombre del cortijo aparece en unos documentos que porta en la cartera.

Van a por él. Lo someten a un severo interrogatorio. Tiene a los cuatro maquis ocultos en el pajar. El 7 de enero los guardias irrumpen en el caserío para acosar y torturar a Elena Pérez, esposa de Manuel, y a su hija Julia. Sacan la confesión. Y ponen rumbo a Loma Candelas.

El nieto del casero, Mateo Alcalá Martínez, contaba en el año 2005 el episodio. «De pronto

se oyeron a los perros ladrar como desesperados». Unos disparos acallan a los animales. Y los victimarios registran la residencia mientras sacan a la familia al patín frontal. «A mi abuela Elena y a mi madre las colgaron en un eucalipto, con las manos atadas hacia atrás para que hablasen».

La escena dibuja gente correteada por tiros a los pies. Quieren obligar que «canten». De madrugada, los franquistas suben a la cima del cerro para ejecutar la redada de Loma Candelas. Golpean la entrada del cortijo. Y las bombas de mano provocan la estampida.

«Quienes pudieron se tiraron por las tapias del corral pero eran rematados conforme ponían pie en tierra», dice Ana Lara. «De allí hubiera sido imposible escapar porque tenían la casa cercada por todas partes», certifica. Baldomero, los hermanos Mateo y Manuel, «el obispo» y su padre, Ramón, acababan acribillados.

Ana, minutos antes de la carnicería, había preparado «un poco de café de trigo molido». Luego los maquis preguntaron «si había por allí mucha caza». Tienen hambre y quieren dar cuenta de unos zorzales. «Los pagaron», reseña. «Por fin les apañé los pájaros y una vez fritos, de madrugada, llegaron». Una bomba revienta al casero, que grita: «¡Ay dios mío, qué ruina más grande!» ■

Regates de la justicia

El hallazgo de restos óseos con evidencia de muerte violenta fue notificado a los tribunales, que nunca intervinieron pero paralizaron la exhumación.

En la fosa de Marmolejo hay una serie de actuaciones previas al rescate de los cuatro maquis y el casero de Loma Candelas. El hallazgo de los huesos se realiza a finales del año 2014. Pero varias circunstancias retrasan la exhumación definitiva de los restos óseos.

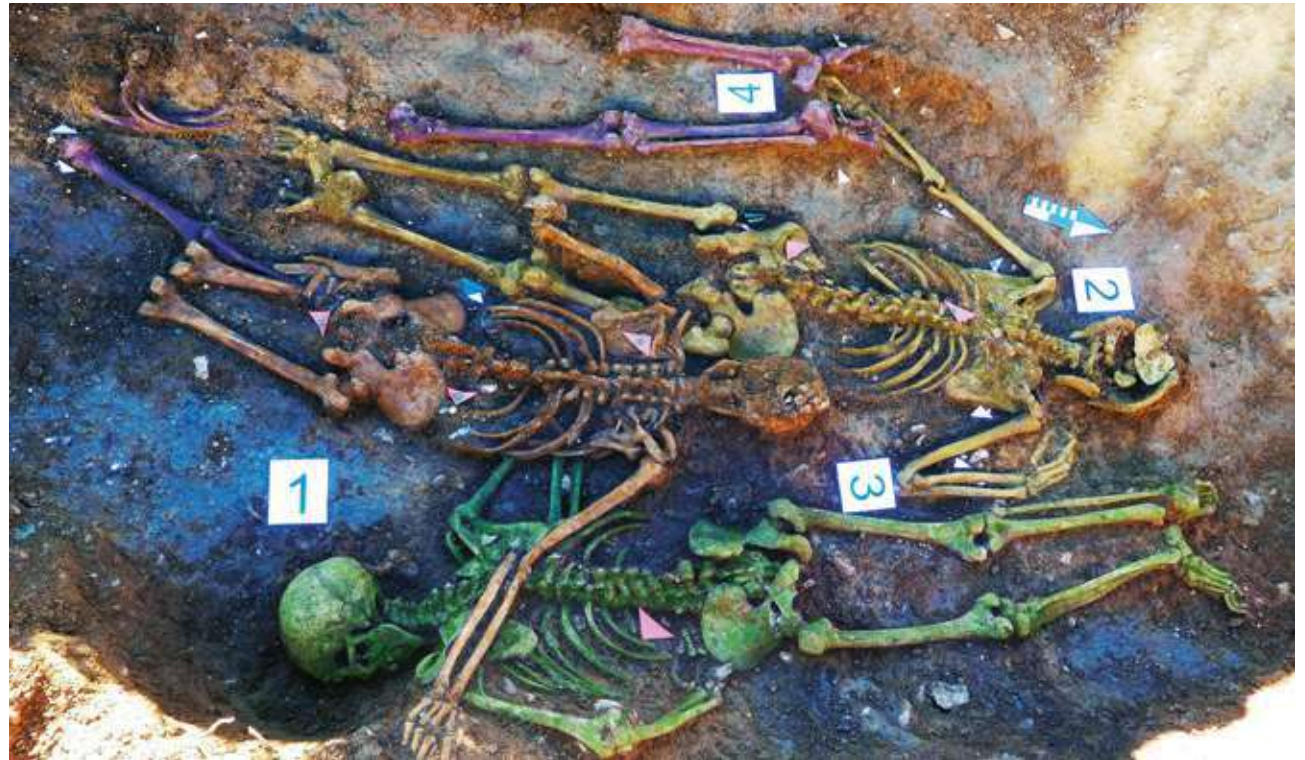
En el lugar aparecen características propias de los enterramientos clandestinos a víctimas del franquismo. Caso de cuerpos no están enterrados de forma canónica, superposición de individuos arrojados de forma arbitraria y caótica o posibles muestras del uso de armas de fuego.

Tal extremo se comunica a la Guardia Civil. Queda solicitado además al Juzgado número 2 de Andújar la instrucción

del caso «al evidenciarse la posibilidad de una muerte violenta, un entierro ilegal y la comisión de delito de lesa humanidad».

Los tribunales nunca intervienen. Aunque decretan acordonar la zona, proteger los restos y paralizar los trabajos que no pueden reanudarse hasta que la causa queda finalmente sobreseída.

Extremo que conlleva la ejecución de los trabajos dos años después. El equipo técnico que retoma la tarea arqueológica reseña la «total despreocupación» observada en las «circunstancias de conservación del depósito» que queda «parcialmente expuesto».



Villaverde del Río (Sevilla)

Un saco colmado de huesos



Ficha

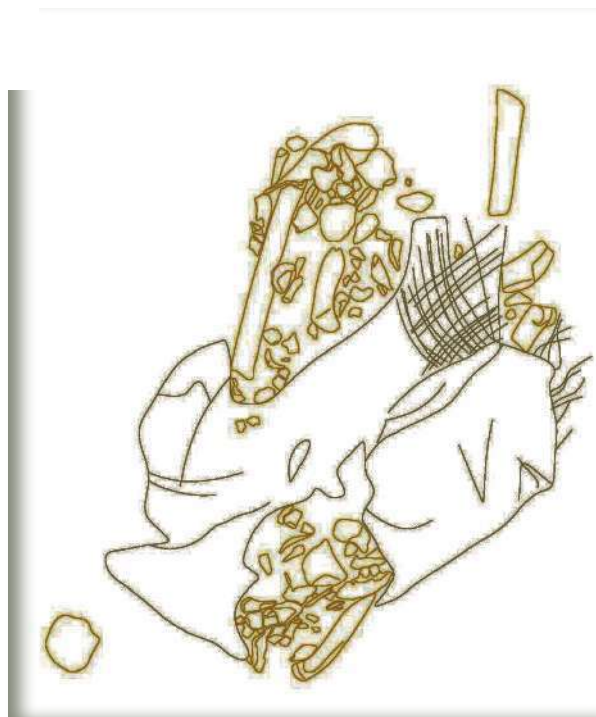


Localización **Cementerio de
San Sebastián**

Número de víctimas **4 (un preadulto, una
mujer, dos hombres)**

Fecha de los asesinatos **Desde el 29 de agosto
de 1936**

Equipo técnico
**Inmaculada
Carrasco
Carmen Romero
Inmaculada López**



Villaverde del Río (Sevilla)

Un saco colmado de huesos

La nula resistencia a los golpistas en la vega del Guadalquivir no impidió una feroz represión en la comarca.

En la fosa del cementerio de Villaverde del Río (Sevilla) había restos de una maestra, dos jóvenes y un hombre, apiñados en un fardo de rafia sintética.

En un saco y a flor de tierra estaban los restos de una maestra, un joven, un pescador y un vendedor de melones. Apiñados, como si fueran cualquier cosa. La zona ajardinada del cementerio de Villaverde del Río (Sevilla) escondía el ejemplo de la represión franquista en la vega del Guadalquivir. Una zona donde no hubo resistencia. Pero sí asesinatos.

Isabel Molina Sánchez. Antonio Terriza Martín. Fernando Herrero López. Antonio Guerra Mellado. Son los nombres y apellidos.

La tumba ilegal donde estaban originalmente los cadáveres había sufrido alteraciones. La hipótesis señala que la familia de la profesora realiza una exhumación clandestina a finales de los 70 o inicios de los 80. El hijo de Isabel, médico de profesión, justifica la extracción ósea identificando «una pelvis femenina».

El acto, quizás comprensible hace décadas, provoca sin embargo la pérdida de la información contenida en la fosa. Y el posterior traslado de los huesos sobrantes en un fardo de rafia sintética. Quedan enterrados «a un palmo del suelo», como especificó el sepultorero que realiza el nuevo depósito.

La iniciativa de la búsqueda de esta fosa parte de la familia de Antonio Terriza. Logran culminar así un proceso que arranca en el ya lejano 1982. Cuando España se dispone a



celebrar un Mundial de Fútbol, ellos reclaman verdad y reparación.

Las primeras indagaciones parten al amparo de la ley que abre la puerta a solicitar pensiones «en favor de las viudas, y demás familiares de los españoles fallecidos como consecuencia o con ocasión de la pasada guerra civil». Corre el 79. Cuatro años después la víctima queda inscrita como «fallecido como causa de la aplicación del Bando de Guerra» en el Registro Civil de Alcalá del Río en el 83.

Antonio ya está muerto de forma oficial. Casi medio siglo después de su asesinato. Cosas del país de la desmemoria. Pero los descendientes no desfallecen. En 2008 reclaman ante el Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos. De manos de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica adjuntan un informe con todos los datos obtenidos sobre la desaparición forzada o involuntaria.

Las sospechas dirigen la mirada a la zona central del camposanto. Allí estaba enterrado, según las indicaciones y testimonios de antiguos trabajadores municipales. Los restos, a finales de 2016, aparecen en un saco tintado con el rótulo «Patatas de consumo».

Antonio Terriza Martín se dedicaba a la pesca y, en ocasiones, echaba mano a las labores del campo para traer a casa el sustento. Cuando tiene 21 años la «falange del pueblo»

lo detiene. Su hermana Esperanza va llevándole la comida a la calle Marchante, donde los fascistas han habilitado la cárcel local.

Tres días más tarde ya le comunican que no es necesario que vuelva. Se han llevado a Antonio. Para matarlo. Su madre, Esperanza Martín Cabeza, también cae presa. De profesión lavandera y vendedora de periódicos, acaba comiéndose un lustro de encierro en Sevilla. Entre rejas sufre vejaciones. De todo tipo.

El día del asesinato, los rebeldes suman a la expedición mortal a otro joven del pueblo. Apenas un muchacho de 16 años al que se conoce como «Bruno». Es Fernando Herreno López. Ambos caen tiroteados en la misma carretera y quedan tirados en la cuneta. Unos vecinos recogen los cuerpos horas más tarde y abren un agujero en el cementerio, como cuenta el enterrador al padre de Antonio.

En la fosa van a estar acompañados por la maestra Isabel. La mujer es natural de Villaverde del Río y Minas. Y su familia araña la tierra para sacarla. Estos extremos los confirma al equipo técnico de la excavación el que fuera alcalde local, Manuel Rodríguez.

Y añade otro elemento. Otra víctima. Un trabajador del campo y corredor de melonares. Era Antonio Guerra Mellado (47 años), un ciudadano de Brenes. «Lo llevan engañado con la excusa de que van a vender un melonar», recuerda.

«Cuando llegan a la finca y lo apuntan con una pistola hubo un forcejeo con su verdugo, de tal manera que, de un mordisco, le arranca la falange de un dedo a su asesino antes de que acabara con su vida», según el testimonio.

Pese a las muertes, la resistencia en la vega del Guadalquivir fue nula. El día 26 de julio sale de Sevilla la columna del comandante Rafael Corrales junto a una compañía de mercenarios del Tercio que una jornada antes llegaba procedente de Cádiz.

Toman la comarca sin problema. Cuando llegan, la Guardia Civil ya controla muchos pueblos. Los derechistas tienen el poder y los dirigentes obreros huyen ante la proximidad y la acción golpista, como narra José María García Márquez en *Las víctimas de la represión militar en la provincia de Sevilla*. ¿Qué justifica entonces la encarnizada represión?

La búsqueda de la fosa de Villaverde ha contado con la colaboración de la Asociación comarcal Pro Memoria Democrática «Vega Media del Guadalquivir». Una labor que queda escrita en memoria de todas las víctimas, como subrayan las arqueólogas responsables de la intervención. «A la familia de Antonio Terriza Martín, que nunca cesó en su búsqueda». Y, en especial, «a sus sobrinas Esperanza y Dolores Rubio Terriza, y sus sobrinas nietas Concepción y Esperanza García Rubio» ■



Lucena (Córdoba)

Los muertos del teniente «Polvorilla»



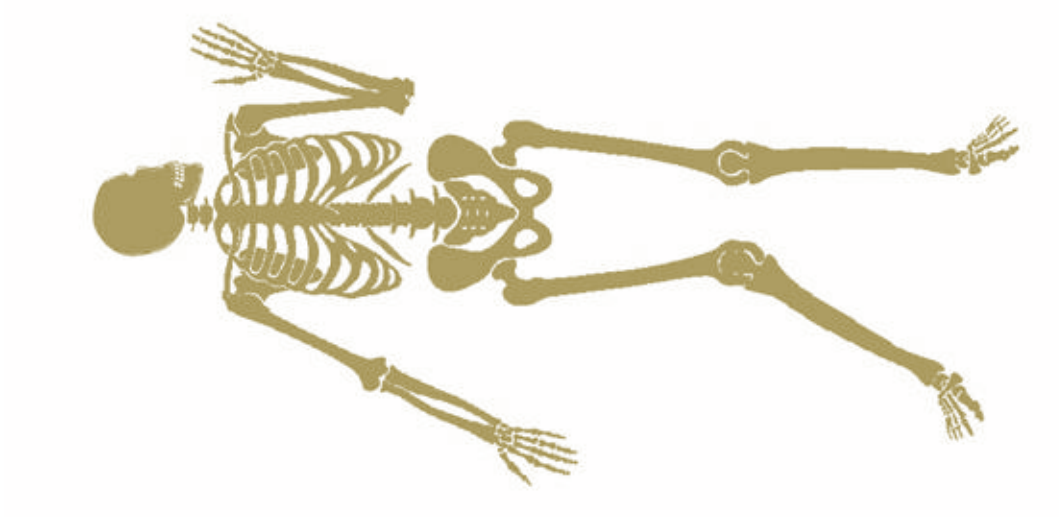
Ficha



Localización **Cementerio Nuestra Señora de Araceli**

Número de víctimas **5**

Fecha de los asesinatos **Desde el 18 de julio de 1936**



Equipo técnico

Francisco Carrión Méndez
Daniel García Quiroga
Iván Sánchez Marcos
Carmen M. Román Muñoz
Rosa María Maroto Benavides
Erik Borja Miranda
Laura Gutiérrez Mesa

En todas las fases del proyecto han participado como voluntarios 52 estudiantes de la Universidad de Granada del Grado y Máster de Arqueología y de Antropología Física y Forense

Lucena (Córdoba)

Los muertos del teniente «Polvorilla»

Cinco de la mañana. 19 de julio del 36. Los golpistas emiten el bando de guerra en Lucena (Córdoba). Un grupo de guardias civiles ha tomado el pueblo un día antes. Ya está en manos fascistas. Un triunfo fácil empapado con la sangre de los derrotados: los muertos del teniente «Polvorilla».

La feroz represión deja un mínimo de 124 asesinados. Dividen la cifra 21 personas de Jauja, 11 de Las Navas de Sempillar y otras 92

de Lucena. Un número que completan siete muertos en cárceles franquistas, según la investigación del historiador Arcángel Bedmar.

Cinco de estas víctimas han sido exhumadas del cementerio Nuestra Señora de Araceli. La intervención arqueológica arranca el 9 de enero de 2017 y copa diversas fases hasta diciembre. Culmina con éxito, casi cerrando un nuevo año de exhumaciones de fosas del franquismo en Andalucía.

La guerra civil deja en Lucena (Córdoba) un mínimo de 124 víctimas aunque el pueblo cae el mismo 18 de julio en manos de los rebeldes.

Los restos óseos de cinco personas asesinadas han sido exhumadas del cementerio Nuestra Señora de Araceli.





En los huesos rescatados aparecen múltiples fracturas *perimortem* (durante la muerte). Caso de orificios en cráneos por entrada y salida de balística. O rotura de costillas, clavículas, húmeros, escápulas... que desvelan datos sobre las severas palizas a las que fueron sometidas algunas víctimas. La tierra guarda, también, alguno de los mortales proyectiles. Y cal viva.

Los castigos comienzan en Lucena el mismo 18 de julio cuando las tropas mandadas

por el teniente Luis Castro Samaniego, alias «Polvorilla», entran en el ayuntamiento y en la Casa del Pueblo socialista. Ahí detienen a los primeros. Las ejecuciones se suceden de forma masiva y colectiva. Sobre todo a partir de agosto del 36.

Como la «macabra» matanza que conmemora el primer mes de la rebelión militar. «Muchos testimonios orales nos aseguran que en la madrugada del 19 de agosto asesinaron a 25 personas en el cementerio»,

escribe Bedmar en su informe histórico. Un testigo presencial cuenta hasta 23 un solo día, tiroteados «en la cuesta de Balandranes». Los rebeldes matan a tiros a cinco mujeres.

El Registro Civil de Lucena, sin embargo, recoge pocos casos. Con frecuencia están matizados con eufemismos tipo: «desconociéndose las causas de su muerte» o «apareció muerto por herida de arma de fuego a consecuencia de los sucesos del Glorioso Alzamiento Nacional».

El «poder absoluto» de los golpistas en el pueblo no resta el ansia de sangre, adjudicada a discreción con el ánimo colaborativo de «personas de orden» y voluntarios derechistas. «Los jefes militares ordenaban o permitían los encarcelamientos, las torturas, el expolio de bienes y los fusilamientos sin que se arbitraran consejos de guerra u otros mecanismos con apariencia legal que justificaran las violencias».

La prueba está en la fosa común descubierta y exhumada en el cementerio lucentino. Y en otras inhumaciones por descubrir practicadas de forma ilegal en el lugar del asesinato. Huesos, quizás, que reposan en enterramientos clandestinos en la Alameda de Cuevas, la carretera de Cabra, el pilar de la Dehesa, las paredes de Uñate, el cortijo Angulo o la cuesta de Balandranes ■



La niña con la enfermedad del alma

La memoria de Pilar Roldán Cruz,
hija de Pilar Cruz

« Busco a mi madre, se llamaba Pilar Cruz. Me contaron que estaba trabajando, le pagaban muy poco sueldo y fue a pedir una *subía* a la Casa del Pueblo. Por ahí la cogieron». El relato de Pilar Roldán Cruz es limpio, certero. Roto por la tragedia. «Un 12 de noviembre del 36 fueron a llevarle la comida y dijeron que no hacía falta más. Ya la habían matado».

«Te he contado cosas muy desagradables. Qué lástima... Ya sabes, hijo, ya te he contado mi vida». Porque «durante los años de la República» fueron «varias mujeres» a reclamar

«algún aumento en los escasos jornales». Y a su madre «tuvo la mala suerte de tocarle». La muerte. Que los fascistas reclamaban «por cualquier motivo».

«Yo tenía 5 años. Lo pasé muy mal. Me dio un ataque muy grande de... antes le decían tiricia [la enfermedad del alma, cuando el corazón entristece] y mi padre me llevó al campo a un cortijo que tenía un familiar, por apartarme un poco del sufrimiento». Pilar salpica la narración con algunas lágrimas que enjuga a duras penas.

«Mi abuela lo pasó muy mal también, toda su vida suspirando. La cosa no era para menos. Éramos tres hembras y un varón, la mayor con 19 años. Mi padre se llamaba Bernardo, mi hermano igual y otra Araceli, Carmen y yo, la más pequeña. Aunque la verdad la sé cuando fui más grande. Entonces comprendí».

Un latigazo de dolor recorre a Pilar, hija de «la de Mantas», cuando el equipo técnico informa del hallazgo de restos óseos. La búsqueda en el cementerio ha sacado «a cinco, son hombres», advierte. «Pero me han dicho que hay más sitios para encontrarla... y me he emocionado», atina. «Mantengo la esperanza».

Antes, dice, «no se les podía buscar». Y ahora «está una todas las noches pensando que si tuviera la suerte de encontrarla y verla». Un propósito vital que la mujer sigue buscando: «Que yo esté tranquila el día que me muera» ■



El altruismo anarquista de «Jeringuito»

La memoria de Mercedes Jiménez Pérez y Susana Quintero Jiménez, nietas de Manuel Jiménez Martínez



Toma mis zapatos», decía al descalzado. «Coge mi abrigo», animaba al desarropado. El altruismo de «Jeringuito» tenía alma anarquista. Una filantropía innata atada a unos conciencizados ideales que motivaron a los golpistas para asesinar al militante de la CNT Manuel Jiménez Martínez.

«Nada era suyo», recitan dos de sus nietas, Mercedes Jiménez Pérez y Susana Quintero Jiménez. Manuel, hijo único, vivía bien del negocio familiar. Y era «de izquierdas». Siempre, subrayan, «presumía y ostentaba de ser de la CNT».



«Su familia hacía *jeringos*, que es como en Lucena se llama a los churros. Por eso le apodaban 'Jeringuito'. Ganaban dinero y él no carecía de nada. Siempre tenía zapatos, ropa, pero salía a la calle y veía a un pobre, una persona que necesitaba algo y se lo daba», cuenta Susana.

A Manuel «se lo llevaron varias veces», recuerda Mercedes. «Luego lo soltaban», continúa. El carrusel de detenciones finaliza «un día que llegan a casa, llaman a la puerta y preguntan por él». El militante anarquista acaba en la prisión de El Pozo. «Se ve que alguien le cogió encono», dice una. «Y todo por pensar diferente», apostilla la otra.

Lo matan «en agosto del 36, cuando los asesinatos masivos», apuntan. Dejaba tres hijos. Y su mujer, Teresa Valverde, embarazada, fallece al poco tiempo. «Qué mala condición hay que tener. Qué mala sangre para hacer esas cosas», define Susana. Porque los criminales, como refiere Mercedes, «vivieron siempre con total impunidad mientras que las víctimas eran las señaladas».

Ambas están sentadas en un banco de hierro. Cuentan la historia familiar ante el cementerio en el que los golpistas mataron y enterraron a decenas de criaturas indefensas. «Fueron muertes muy violentas», sugieren a tenor de las evidencias que aporta la fosa localizada «después de mucho esfuerzo y muchas horas de trabajo».

«Es un triunfo de la verdad ante el silencio», titula Mercedes. La familia «siempre ha insistido en que no se olvidara la memoria» del anarquista «Jeringuito». Ahora solo quieren «encontrar los restos para darle un entierro digno, cerrar el duelo». No buscan «pelearnos con nadie ni venganza ni nada». Los huesos que ya han aparecido, «sean míos o no, son míos», aporta Susana. «Ahí están, y esa es la verdad» ■



«Tu abuelo sí que era bueno»

La memoria de Manuel Burguillos Castilla, nieto del vicepresidente local del PSOE
Manuel Burguillos Serrano



Oye muchacho, ¿tú eres hijo de Antonio Burguillos, el chófer?». Manuel Burguillos Castilla tuerce el gesto y encuentra «a un hombre mayor sentado a la puerta de su casa». Sí, responde. «Tu abuelo sí que era bueno».

Esa pista arranca un motor apagado. «Pregúntale a tu padre y verás», entona la voz cada vez más lejana. «Ahí empecé a tirar de carrete», reconoce Manuel. «Se ve que el hombre sería compañero de él o algo», imagina.

El abuelo es Manuel Burguillos Serrano, bracero y vicepresidente del PSOE de Lucena. El relato se había ido



difuminando entre silenciosos lustros. «De chiquillo yo decía que mi abuelo se había perdido en la guerra». O que «a lo mejor está en Cuba y se ha hecho rico», decía el nieto en la escuela.

Pese al paulatino olvido, Manuel rescata una significativa anécdota. «Había un cuadro, los niños le decían ‘el tío de las barbas’. Y es que la casa de mi abuelo la presidía una foto de Pablo Iglesias. Cuando pasó todo, mi abuela le superpuso una estampa de la virgen de aquí. El que entraba no lo veía, pero estaba detrás ‘el tío de las barbas’. El cuadro se salvó y lo conserva la familia con el mismo marco».

Manuel Burguillos Serrano era concejal durante la República. Trabajaba en el campo y un día, al llegar del tajo, conoce que han preguntado por él. Querían hacerle «unas preguntas». Su mujer le ofrece «irse a Jaén, que es republicana todavía». Pero Manuel niega la huida. No ha hecho nada.

El 20 de julio «bajó para ver qué querían, y ya no volvió». Tenía poco más de 30 años, y dos hijos, cuando cae ejecutado. Antes estuvo detenido en el conocido como «convento de los frailes», que los rebeldes usan como cárcel. «Hasta la madrugada del 19 de agosto que lo fusilaron, consta que aquí en el cementerio», dice Manuel.

«Mi abuelo era un idealista total, reivindicaba todo lo que podía para la clase obrera». Como miembro de la corporación municipal pide «muchas veces» el traslado del «famoso» teniente «Polvorilla». Por eso, entiende, «le tendría tantas ganas».

Porque en Lucena «no hay tiros antes de entrar los fascistas». Aunque sí se saben, «de siempre», los nombres «de los chivatillos y de los que se presentaban voluntarios para pegar el tiro». Tiempo pasado, advierte, «del que ninguna culpa tienen ahora sus familiares».

Unos criminales «que nos lo han puesto difícil», resume. La «satisfacción» de encontrar restos óseos en el cementerio local «es una prueba de que no estamos locos, que había muertos y asesinados, que están ahí, igual que hay más fosas y esto vincula tanto a Lucena, Cabra, Monturque, Priego, Moriles...». Algunas víctimas «se quedaban en la carretera». Como la «fosa muy grande» que hay entre Lucena y Monturque en la Alameda de Cuevas. «Está aquí justo al lado. Ahí hay mucha gente» ■

«Cuide de mis niñas, son muy chiquitas»



¿No sería mejor esa barriga mía que de un rojo». Un falangista suelta la frase a una mujer encarcelada. El tinte provocador busca minar la moral de Isabel Sabá Vázquez. Y quizás deslizar el futuro diseñado por los golpistas de Lucena desde julio del 36. Isabel presenta un avanzado estado de gestación. Está presa. Su marido, Blas Baltanás Pela, huido.

«Mi madre estuvo 17 días detenida», cuenta Isabel (83 años). «Se quedó sola, con cuatro hijos [Rafael, Blas y las dos hermanas], y la detuvieron *embarazá*», dice Araceli (87 años). «¿La criatura que traía?», contestan ambas con cierta sorpresa.

«Nació muerta». ¿O eso le dijeron? «Sí», piensan. «Nació muerta... dios sabe lo que allí pasaría».

La cárcel de Isabel y otras muchas mujeres lucentinas fue el convento de los Padres Franciscanos. Entre aquellas paredes «las mataban los frailes». Decían: «mañana te toca a ti». «Y los que no eran frailes», completa Araceli. Blas escapa del rastro de muerte. «Se fue de mi casa el día 25», a una semana de la entrada rebelde en el pueblo, afina su hermana. Dice «a mi abuela» una letanía alojada en la memoria familiar: «cuide usted mucho de mis niñas, que son muy chiquitas».

Araceli e Isabel, octogenarias, buscan a su padre, Blas Baltanás, desaparecido para huir de una muerte segura.

Guardan la memoria de su madre, Isabel Sabá, encarcelada en «los frailes» con un embarazo del que nace una «criatura muerta», según dijeron sus captores.



Desde entonces, Blas está desaparecido. Nunca supieron más de él. Excepto «a los 20 años [1956], cuando vino de la guerra el novio de Pepita *la mosca*, y vino en busca de mi abuela que vivía en el barrio Alto» para informar «que lo vio enterrado en Guadalajara», narra Isabel. Aunque sospechan que esté enterrado en alguna fosa.

A «cuatro o cinco los mataron llegando al río, en Puente Genil». ¿Sería Blas uno de ellos? Encuentran un suspiro de «lógica». Aunque siempre les dijeron «que se salvó». «Pero no lo sabemos», remata. «Eso nos lo contaba mi mamá», recuerda Araceli. «En mi casa siempre nos han hablado de lo que ocurrió, y de política, toda la vida», recita. «Y con una foto muy grande en el portal de mi casa de mi papá».

La tragedia motivó que quedaran «señaladas toda la vida». «En los colegios nos echaron», apunta. Con la cruz encima desde el apresamiento materno en la calle Quintana –«está la casa todavía igual»– donde los rebeldes someten a las mujeres a condiciones deplorables de reclusión.

«Mi abuela le llevó un colchón, que estaba *embarazá*, y ahí dormían todas atravesadas», dice Isabel. Cuando la sueltan, dejando atrás aquella «criatura» que nace muerta, «se busca la vida haciendo churros y vendiendo carbón por las tardes». Más tarde, vende casas. «No pasamos hambre pero nos miraban por encima del hombro porque éramos las hijas del rojo».

Araceli ya es «mayorcilla» y, con sus «casi seis años», tiene que ayudar «a poner los cacharros en la esquina para vender los *jerings*». Antes, visitaba «a mi mamá en la cárcel». Entre las macetas del convento, recuerda, «había un rellano así chucuelo» en el que paraba «con mi abuela para llevarle algo de comer». Salía «ella» de una habitación repleta de mujeres. Y colchones tirados por el suelo. «Me acuerdo», repite.

«Hay personas que no, pero ella sí contaba que lo pasó muy mal en la cárcel. Que mataban a alguien y las ponían a limpiar la sangre». Que los frailes amenazaban: «mañana te toca a ti». Y los que no eran frailes. «Había uno que le decían *el de la bala*, que iba a misa y... dicen que mató al primero que asesinan aquí, un hortelano. Y tuvo todos los hijos curas y metidos en eso, en la iglesia. Más católicos que ninguno».

Isabel, en plena conversación en el centro de Lucena, aviva anécdotas. Cuando la Guardia Civil «registraba la casa».

Hasta «el picón que había para los braseros, por si estaba mi padre... y ya ves que ahí se hubiera asfixiado», sonríe. También el robo de medio saco de harina que acaba repartido en el ayuntamiento. Empleados que se llevan en cartuchos de papel «el pan de sus hijos».

O cómo «los de la Falange» obligan a la matriarca «a ponerse un Corazón de Jesús en la solapa» si quiere vender churros. «Y se lo puso». Isabel habla a escasos metros de donde antaño oían decir a la gente: «ustedes sois rojas». También les quitaron «el carnet de beneficencia». Con todo, «la posguerra fue muy mala», según Araceli.

Isabel, la madre, «se casó de segundas con un primo hermano de mi padre», Antonio Pela Burgos. Fue «muy bueno», sostienen. Ambas evocan noches de radio. Con *La Pirenaica*, «*callandito*». A oscuras y voz baja. Sonríen. Registran el interior de sus historias vitales. «No nos hemos tapado nunca, los que sí se han tapado fueron los criminales», advierte Isabel. «Nadie les hizo ni les dijo nunca *na*». Y ellas, sentencia Araceli, «cada vez somos más mayorcillas y recordamos cada vez más todo aquello» ■



Puerto Real (Cádiz)

Paradigma en las exhumaciones de fosas del franquismo



Puerto Real (Cádiz)

Paradigma en las exhumaciones de fosas del franquismo

De la fosa abierta en el cementerio de San Roque salieron 185 personas.

Dos eran mujeres y nueve no llegaban a los 17 años de edad.



Ejecutado por sus ideas». Cuatro palabras que firman el objeto genocida de la estrategia criminal puesta en marcha por los golpistas. Cuesta leer la frase. Imaginar el contexto en el que una persona reciba un par de balazos en la cabeza por su forma de pensar.

«Ejecutado por sus ideas». Porque los rebeldes no tenían nada que ocultar en pleno

terror caliente y fundacional del franquismo que se ceba en Andalucía. Como ocurrió en Puerto Real (Cádiz). De la fosa común abierta en el cementerio de San Roque salieron los huesos de 185 personas. Dos eran mujeres y nueve no llegaban a los 17 años.

Es, hasta ahora, el segundo mayor enterramiento ilegal con víctimas de la represión exhumado en suelo andaluz. Y un ejemplo.



El paradigma de las exhumaciones de fosas del franquismo.

Los restos óseos aparecidos en la fina arena del camposanto cuentan que casi el 80 por ciento presenta evidencias de episodios violentos. Seis de cada diez cadáveres tiene orificios de proyectil. Una veintena, balística asociada al cuerpo. Un centenar, fracturas *perimortem*.

Las cifras surgidas del silencio gritan que Puerto Real es testimonio vivo del terrorismo fascista. Narran la verdad, para que nunca se olvide. Para que la pedagogía del terror mute en didáctica de derechos humanos. Por muy dura que sea la realidad. Por muy impactantes que sean las imágenes dibujadas en la tierra.

«Desmembrado», repite Francisco Aragón Garcés, presidente de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, Social y Política de Puerto Real. «Lo jalarían con mulos, entre carros o coches... no tengo ni idea, pero estaba descuartizado».

El día que esta persona apareció en la fosa fue «el más duro» para todos. Como una fría explosión en la mente. Como un vacío cargado «de rabia». Difícil olvidar las extremidades separadas del tronco, arrojadas apenas a la tumba. «Claro que lloramos», musita Aragón.

«Suponemos que era una persona significativa, o hizo algo, y por eso hubo ese ensañamiento con él. Te haces una idea de la situación



aquella y... eso es imperdonable», elucubra. «Las fracturas eran extrañas, como si lo hubieran colgado o tirado hacia atrás. La mandíbula también la tenía destrozada», tercia Antonio Molins Romero justo después de enjugar las lágrimas con grandes dificultades. «Horrible», define, recordando la estremecedora escena.

Una persona descuartizada. La muestra más patente de la infernal violencia extrema ejercida. El testimonio vivo del terror. «Y cuando descubrimos la primera mujer», continúa Molins. «Estaba, uf... me dio una impresión grandísima».

Describe cómo encontraron los restos: «el cuerpo de la mujer tenía signos de tortura. Los dos brazos rotos, las dos muñecas rotas, y dos tiros en las rodillas. Una en cada una». Era «más bien chiquitita y con bastante edad», recompone. «Me impresionó».

Toda la fosa era terrorífica: montoneras de huesos repartidos en 30 metros de largo por dos y pico de ancho y una profundidad de más de metro y medio. Hay cuerpos que, por la postura adoptada, parecen emerger de la tierra. Muchos cráneos tienen tiro de gracia, alguno dos e incluso tres que entran por la nuca. «Eran balas de calibre 9 mm que usaban los paramilitares falangistas».

Y toda la escena demostraba que en el pueblo actuó «una banda de salvajes». Porque en Puerto Real «no hubo guerra». Como en

muchos pueblos andaluces. «Ni un solo tiro», avisan, antes de la entrada de los golpistas solo un día después del 18 de julio del 36.

«La mayoría de los fusilados eran campesinos, salineros, panaderos y obreros de Matagorda», dice Aragón. «Hay que dejar claro que no los mataron por llamarse fulanito ni menaganito, sino porque tenían una ideología».

«Ejecutado por sus ideas», retumba la frase como aterrador epitafio que corona un documento validado con el sello republicano del Ayuntamiento puertorrealeño. «Los fascistas todavía no habían tenido tiempo ni de cambiarlo», dice Manuel Arellano Santana.

La avidez sangrienta de los golpistas gana en el cementerio local un lugar con total impunidad por su alejamiento del núcleo urbano. Hasta el recinto da su primer viaje, cada día, «el carro de la basura», un armatoste tirado por un mulo que cada mañana bascula para arrojar cadáveres al agujero.

La intervención en el municipio gaditano deviene en ejemplar por varias circunstancias. Por la lucha a prueba de cualquier impedimento y el compromiso encarnado en el colectivo memorialista. Por la implicación personal e ideológica de todos. O las muestras genéticas recopiladas a 56 familias. Por las jornadas de puertas abiertas y las visitas de hasta 14 institutos y colegios. Y por otras claves que son una guía a seguir, como el empuje

de las administraciones: Junta de Andalucía, Diputación de Cádiz y Ayuntamiento de Puerto Real.

«Ejecutado por sus ideas», envilecían los golpistas. Ideas parecidas a las que atesoran un equipo de voluntarios que recita el propio Paco Aragón: Antonio Molins, Francisco Lebrón Laínez, Manuel Arellano, José Cerejido Romero, José Antonio Fera Hernández, José Gómez González, José Vega Catalán, Susana Rodríguez y María José Méndez. «Y que me disculpe el que me haya olvidado», subraya.

Septiembre de 1995. El sindicato CNT de Puerto Real decide iniciar «una investigación sobre el movimiento obrero en nuestro pueblo» para «dejar constancia» de lo ocurrido en la época, cuenta Paco Aragón. Ahí comienza esta historia.

Convocan jornadas y exposiciones, un Punto de Información donde intercambiar datos con las víctimas, publican revistas... E inauguran un monolito en memoria de los asesinados por el franquismo. Pero además logran retirar la Medalla de Oro y el título de Hijo Adoptivo al dictador Francisco Franco y suprimir los símbolos y calles fascistas. Objetivos inaugurales completados ya en el año 2007.

Escudriñan los primeros documentos en el Archivo Municipal. Ahí salta un elemento decisivo: «los desaparecidos». El hallazgo «confirma los testimonios orales de vecinos» que

informaban sobre sucesos acontecidos tras el golpe de Estado y después de la guerra civil, caso de «detenciones, reclusiones y fusilamientos». La indagación llega luego al Archivo Histórico Provincial de Cádiz o el Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo de Sevilla, donde aparece Puerto Real en la causa 272 de un consejo de guerra.

Acaban localizando, con nombres y apellidos, hasta 124 vecinos del municipio que son víctimas mortales. «De derechistas no mataron a ninguno, no hubo sangre», repiten. A partir del estallido armado, «la Falange se hace cargo e iban casa por casa sacando gente».

Entre los miles de documentos custodiados en la sede sindical anarquista surgen frases palmarias. «Salió en octubre de 1936 por orden del comandante y de manos de la GC, no volviendo más», reza en uno. Y un listado de nombres con el resultado «todos ya sancionados» como eufemismo de asesinatos masivos. «Desapareció sin que hasta la fecha se sepa nada de su paradero», dice otro papel como justificación de la ignominia. O «fue fusilado en este término municipal». Todo «por dios, España y su Revolución Nacional Sindicalista», escriben los fascistas.

La fosa será localizada el 15 de junio de 2010. El enorme enterramiento queda abierto en varias fases, en un proceso cerrado en 2016 y que culmina con la entrega



de muestras genéticas en el Banco de ADN de la Universidad de Granada el pasado 20 de marzo de 2017.

Es la memoria del terror. «A las mujeres las mataron, las violaron, algunas se tuvieron que ir, las humillaban, les hacían levantar el brazo por la calle, les daban aceite de ricino...

y quedaron señaladas de por vida». A otras, refieren, «les decían que firmaran como que el marido estaba muerto para coger la paga de viuda, pero hubo mujeres que no las firmaron nunca», afirman sin ocultar el orgullo de los que saben que, si somos, es porque ellas fueron ■

Artículos

Queipo y Bohórquez: la represión desde arriba

Hace poco, ante la última movida en torno a Queipo, su pasado criminal y el destino de sus restos, dieron su opinión algunos de los descendientes. Son dignas de reproducirse. Genoveva Martí Queipo de Llano afirmó: «¿Y las barbaridades del otro lado? Se hicieron cosas muy mal por ambos bandos». Por su parte Gonzalo García Queipo de Llano dijo: «... ya tendrá ahí arriba el juicio que le corresponda,

que es el justo». Y cerró el turno Pilar Alcalá-Zamora Queipo de Llano al afirmar: «De los fusilamientos de la Macarena no sé nada. Las guerras son las guerras».

Se puede entender que la familia piense así. No debe ser agradable tener un pariente como ese, tan duramente criticado por su actuación tras el golpe militar. También es verdad que no cabe esperar de todos que hagan como aquellos descendientes de dirigentes fascistas y nazis de algunos países europeos que decidieron indagar en su pasado familiar. Claro que en países como Alemania, por ejemplo, es más fácil que haya descendientes que se planteen de manera crítica la memoria histórica familiar por la sencilla razón de que ese país fue derrotado en la guerra, fue testigo del suicidio o la ejecución de los mayores responsables del nazismo y, transcurrido cierto tiempo, decidió asumir ese pasado. Recordemos que Alemania decidió anular las sentencias de los tribunales nazis.

Nada de esto ha ocurrido en nuestro país, donde el franquismo se perpetuó hasta controlar la transición y en el que una temprana amnistía borró todos los delitos de carácter político habidos durante la dictadura, impidiendo así no ya que ninguno de los responsables pasara por el banquillo sino que aquel régimen fuera definido jurídicamente como lo que fue desde su mismo origen. La «ley de



memoria» de Zapatero fue un proyecto fallido y la iniciativa del juez Garzón, que pudo dar lugar a una comisión de verdad, con lo que ello hubiera supuesto, fue abandonada por el poder político y abortada por el judicial.

Y así tenemos a Queipo, responsable de gravísimos crímenes, enterrado en un recinto católico y objeto aún de polémica entre quienes defienden su presencia en una basílica por su condición de «Hermano Mayor Honorario» de la Hermandad de la Macarena y quienes mantienen que habría que sacarlo de allí por lo que representa. Aunque la Justicia no haya dicho nada sobre él, los historiadores sí lo hemos hecho desde hace ya tiempo. Y para ello nos hemos servido de los propios documentos dejados por los golpistas, muchos de los cuales suelen llevar al final las firmas de dos hermanos mayores de dicha Hermandad: Queipo y Bohórquez Vecina, el auditor de la Segunda División. Los restos de ambos descansan allí, los del primero en el lado izquierdo y los del segundo, que ejerció ambas funciones durante largos años, delante de la escalera de subida al altar.

En la maquinaria represiva, tan importante fue la tarea de Queipo como la de Bohórquez. Uno en la cima del ilegal poder militar y otro orientando y dirigiendo el aparato judicial militar. Ambos están en el origen del destino fatal de decenas de miles de personas en el ámbito de acción del gran foco golpista

sevillano. Conocemos bien lo que ellos y el personal a sus órdenes hicieron en Sevilla, Cádiz, Huelva, Badajoz, Córdoba y Granada en las semanas siguientes a la sublevación. Primero miles de crímenes a golpe de bando de guerra que han quedado impunes y a continuación un sinfín de pantomimas seudojudiciales que por un lado segaron otras miles de vidas y por el otro obligaron a otras tantas a cumplir terribles condenas en prisión.

¿Qué delitos habían cometido las víctimas? La inmensa mayoría eran simplemente obreros y personas comprometidas con la República. Pero en medio también se llevaron por delante a cientos de mujeres y hombres, gentes de todo tipo, desde jóvenes –incluso menores de edad– a personas de edad avanzada, por el simple hecho de ser familiares de izquierdistas que habían podido escapar o por pertenecer a familias tachadas de malditas en las que la represión se cebó. No cabe establecer proporción alguna entre ambas represiones. Veamos un caso que conocemos bastante bien.

Entre los argumentos utilizados por Queipo para que se le concediera la Laureada aparecía la importancia de la operación por la que los golpistas ocuparon la cuenca minera de Huelva a fines de agosto de 1936 mediante la utilización de tres columnas. Con sus siete núcleos (Nerva, Río Tinto, Zalamea la Real, El Campillo, Campofrío, Berrocal y La Granada

de Río Tinto) la cuenca albergaba entonces unos cuarenta mil habitantes. Según Queipo sus fuerzas causaron más de cuatro mil bajas, es decir, el 10% de la población. La magnitud del genocidio se percibe si decimos además que previamente solo se había producido derramamiento de sangre en El Campillo, donde once personas fueron asesinadas, si bien recientemente un estudio ha puesto en duda la autoría de dicho crimen. Las investigaciones realizadas hasta ahora en esa zona permiten saber la identidad de poco más de mil de esas víctimas. El resto, hasta cuatro mil, siguen desaparecidas. Su acta de defunción no existe. Así se actuó en el suroeste y esta es la situación aún por definir en un régimen democrático.

La iglesia bendijo esta terrible masacre. Algunos sacerdotes destacaron por encima de la media, como los párrocos de El Campillo y Nerva, que se señalaron en su apoyo al golpe triunfante y por su aportación a la gran tarea. Los máximos responsables de todo aquello, uno desde Capitanía y otro de la Auditoría, reposan en la basílica de la Macarena. ¿Por qué había de querer esta o el Arzobispado sacar de allí dichos restos? Al fin y al cabo todos forman parte de la misma historia: la del fascismo español ■

Francisco Espinosa Maestre
Historiador





La Memoria Democrática en el sistema educativo no universitario

Cuando desde algunos sectores se cuestiona que la memoria histórica y democrática no está presente en los centros educativos no universitarios, simplemente se hace extensiva una percepción generalizada pero que no es del todo real. Es cierto que su presencia es testimonial en los libros de texto y que hay alumnos

y alumnas que han abandonado las aulas sin haber tenido ningún contacto con esta temática. Pero también es cierto que existen experiencias muy relevantes desarrolladas por docentes de diferentes provincias.

La aprobación de la Ley de Memoria Histórica y Democrática de Andalucía de 2017 supone un punto de inflexión importante en este sentido, ya que el apoyo normativo en el conocimiento y recuperación de la memoria va a permitir volver a colocarla en un punto central del proceso de enseñanza-aprendizaje.

La nueva Ley se marca como objetivo fundamental velar por la salvaguarda, el conocimiento y difusión de los hechos acaecidos, así como la protección, conservación y difusión de la dicha Memoria como legado cultural, en el período que abarca la Segunda República, la Guerra Civil, la Dictadura franquista y la transición a la democracia hasta la entrada en vigor del primer Estatuto de Autonomía para Andalucía. Asimismo, en 2018 se aprueba la formulación del I Plan Andaluz de Memoria Democrática, siendo algunos de sus objetivos el de promover la participación de la ciudadanía andaluza en el desarrollo, impulso y concienciación de actuaciones relacionadas con la memoria democrática en Andalucía y el de facilitar el conocimiento de los hechos y circunstancias acaecidas en ese periodo, asegurando la preservación de los documentos



y favoreciendo la investigación y divulgación para su estudio y conocimiento científico.

No cabe duda de que es fundamental resaltar, fortalecer y pulir la relación entre educación y memoria democrática para que resulte lo más eficaz posible; porque cohesiona totalmente con la manera de entender la Educación y entender la Memoria. Para que la Memoria Democrática pueda ser útil, el requisito fundamental es que sea estudiada y aprendida a través del estudio riguroso de la Historia, por un lado, y a través de los Derechos Humanos, dos planos esenciales para entender memoria y educación.

Y eso se está haciendo y debe ser el camino a seguir, el de afrontar el reto de la inclusión de la memoria histórica y democrática como materia de estudio transversal en la educación andaluza desde la investigación histórica, desde los derechos humanos, de la mano de las instituciones y con todo el rigor científico que aportan nuestros docentes.

Para analizar, diseñar y estructurar actuaciones e iniciativas que faciliten y posibiliten la inclusión de la memoria histórica y democrática en la enseñanza no universitaria, la Consejería de Educación ha confiado esta tarea a un grupo de profesionales, constituidos como Equipo de Coordinación Pedagógica (ECP), formado exclusivamente por docentes en ejercicio avalados por su trayectoria de buenas

prácticas en la temática (Proyectos de innovación, premios, etc), por publicaciones, ponencias o participación en actividades de memoria democrática o por haber participado en la elaboración de los últimos currículos.

Para poner en marcha el proceso, el pasado día 14 de marzo de 2018 fueron convocados por primera vez los miembros del futuro ECP. A partir de ahí se han sucedido diferentes reuniones y se ha creado una estructura de trabajo con el objetivo de planificar las actuaciones en el sistema educativo, especialmente aquellas que se van a poner en marcha el curso 2018/2019.

Una de las conclusiones en la que hay coincidencia generalizada es la necesidad de conseguir la inclusión curricular. En ese sentido, la actual normativa curricular en vigor ya contempla la inclusión de la Memoria Democrática en el currículo de la Educación Primaria, de la Educación Secundaria Obligatoria, del Bachillerato y de la educación permanente de las personas adultas, tal y como se establece en el artículo 47.1 de la Ley.

Tanto en Primaria, Secundaria como Bachillerato está presente de una manera explícita en Ciencias Sociales, en Geografía e Historia, en Educación para la Ciudadanía y los Derechos Humanos, en Historia de España. Pero también en Valores Sociales y Cívicos, Lengua Castellana y Literatura o en

Educación Artística se pueden desarrollar contenidos relacionados con la Memoria Democrática de Andalucía en las diferentes etapas educativas.

Desde la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía entendemos que el estudio de la Historia reciente de un pasado trágico debe producirse por la aplicación de método, el estudio y la teoría histórica sobre la base de un profesorado formado que pueda acceder a las fuentes más solventes.

Para el profesorado, trabajar la Memoria viva (porque en muchos casos hablamos de una exhumación, un testimonio, una investigación reciente...) de su propio entorno con los estudiantes plantea un reto de gran interés didáctico que va a enriquecer las materias que se imparten. En este sentido, experiencias de coordinación entre profesorado, entidades memorialistas y DG de Memoria Democrática pueden servirnos de referencia. Por ejemplo, la visita a una fosa en el momento en que se estudia ofrece una gran cantidad de recursos didácticos que mejoran el aprendizaje del alumnado. Esos recursos van desde las explicaciones de los científicos (documentalistas, arqueólogos y antropólogos forenses, etc.), al contacto con los familiares de las víctimas, etc. Pero también lo ofrece el relato oral de personas mayores del municipio, en muchos casos las propias familias,

que pueden contar en primera persona cómo lo vivieron en su entorno familiar (la muerte de un padre o una madre, la cárcel, las penas, etc.), o simplemente la investigación a partir de fuentes solventes.

La Consejería de Educación no quiere convertir la Memoria Histórica y Democrática en una asignatura concreta e impuesta, sino en un instrumento netamente transversal que tiene cabida en multitud de espacios, y siempre con un objetivo común: el del conocimiento como forma de asimilación, concienciación y no-repetición... y con el de respeto y defensa de los derechos humanos, que son a su vez transversales a todos nosotros.

Y en esta tarea de tanta responsabilidad quienes deben liderar el proceso en nuestros centros son los “que saben”, docentes con experiencias profesionales y personales que los avalan. Para ello el Equipo de Coordinación Pedagógica se encargará de marcar las principales líneas educativas que pueden facilitar su inclusión en los centros educativos, centradas fundamentalmente en varias iniciativas claves:

1. Facilitar materiales y recursos educativos a los docentes, fundamentalmente de carácter curricular, para posibilitar su inclusión en las aulas. En ese sentido los miembros del ECP van a revisar bajo la

óptica didáctica los materiales existentes, se detectarán necesidades y se elaborarán nuevos materiales que faciliten su inclusión en las aulas.

2. Proponer actividades formativas para el curso 2018/2019 para incentivar la Formación del Profesorado, buscando fórmulas novedosas que resulten atractivas para el profesorado.
3. Creación de un Portal Educativo de la Memoria, como herramienta de organización, compilación y difusión para la formación y el aprendizaje, en el que se concentrarán estudios, materiales, enlaces..., del que se valga el profesorado para poder emplearlo en las aulas.
4. Incentivar y apoyar proyectos de centro que tomen como referencia la memoria histórica y democrática, bien a través del *Programa vivir y sentir el Patrimonio* o bien a través de la convocatoria anual de Proyectos de Innovación, investigación y elaboración de materiales curriculares.
5. Creación de una Comunidad en red de profesorado para conectar a todos los docentes interesados.
6. Apoyar con propuestas el desarrollo de actuaciones contempladas en las Instrucciones para la conmemoración del día de la memoria democrática en los

centros educativos cada 14 de junio, como se establece en la Ley de Memoria Democrática en Andalucía, así como la promoción de actividades complementarias y extraescolares.

Como es fácil deducir, todas estas actuaciones han de suponer un revulsivo y, a la vez, un estímulo para la inclusión de la Memoria histórica y democrática en nuestros centros educativos, en nuestras aulas, en nuestras comunidades educativas para que toda la ciudadanía tenga acceso al conocimiento y difusión de los hechos acaecidos, así como la protección, conservación y difusión de la dicha Memoria como legado cultural, así como que ayuden a promover la participación de la ciudadanía andaluza en el desarrollo, impulso y concienciación de actuaciones relacionadas con la memoria democrática en Andalucía y el de facilitar el conocimiento de los hechos y circunstancias acaecidas en ese periodo, asegurando la preservación de los documentos y favoreciendo la investigación y divulgación para su estudio y conocimiento científico ■

Domingo Domínguez Bueno
Director General de Innovación
y Formación del Profesorado,
Consejería de Educación de la Junta de Andalucía



El movimiento memorialista y las políticas de Memoria Democrática

Este otoño llegaba sembrado de buenas noticias para los familiares de los asesinados en Andalucía por los militares golpistas que acabaron en julio de 1936 con el Gobierno legítimo y democrático de la II República española.

El impulso de la reciente Ley de Memoria Histórica y Democrática de Andalucía, aprobada

en el pasado mes de marzo, se hace patente a través de las intervenciones arqueológicas de los últimos meses: Écija y El Coronil, en Sevilla; Lucena, en Córdoba; Benamahoma en Grazalema (Cádiz); Nerva, en Huelva y Villanueva de la Concepción, en Málaga. Además, entre otras, de la infructuosa actuación en el pozo de El Aguaucho, en el pueblo



sevillano de La Campana, donde se pretendía encontrar los cadáveres de 16 mujeres que fueron arrojadas a él tras ser violadas y asesinadas.

Mientras, se están cotejando las muestras de ADN encontradas en los restos de las 185 personas exhumadas de la fosa de Puerto Real. Y se ha creado el Consejo de Memoria Histórica que contará con la participación de familiares y asociaciones. También se ha avanzado en la inclusión de la Memoria Democrática en los currículums educativos.

La señalización y delimitación de la fosa de Pico Reja en el cementerio de San Fernando de Sevilla y una exhumación en el cementerio de la Soledad de Huelva, son quizás el símbolo de que ya la Administración Andaluza con la imprescindible colaboración de los ayuntamientos ha asumido en profundidad las reivindicaciones del movimiento memorialista.

¿Cómo se hubieran podido concebir estos avances sin la fuerza de la razón, la exigencia y el alma de tantas personas que sufrieron directamente la represión (cárcel, trabajo esclavo, humillaciones, marginación social), o el dolor de vivir la desaparición de sus seres queridos sin saber dónde los mataron con la mayor impunidad y qué fue de sus restos, sin que quede huella siquiera en el Registro Civil, en muchos casos?

El terror sembrado durante cuarenta años de represión había dejado una huella imborrable en la generación que vivió la guerra y sus hijos. Las políticas de silencio y olvido impregnaron también la transición y muchos años de democracia. La derecha social y política no quería que se conociera la verdad.

Tras muchos años de silencio, se empezó a oír el clamor de los nietos en la década pasada que a través de los colectivos memorialistas reclamaban a las instituciones el reconocimiento y dignificación de las víctimas del franquismo, así como el conocimiento de lo que pasó, recuperando la historia de los vencidos con el rigor de aportar pruebas de unos hechos que fueron deliberadamente ocultados o tergiversados durante tantos años de dictadura.

El Decreto 334/2003, de 2 de diciembre de la Junta de Andalucía abre una rendija para la investigación y la difusión del golpe militar, la denominada guerra civil y la dictadura franquista pero las exhumaciones todavía y durante casi diez años son una utopía. A finales de 2007, la Ley de Memoria Histórica crea un marco jurídico básico que, no obstante, requiere un desarrollo posterior y resulta insuficiente. Pero tiende la mano a los familiares que acuden a las asociaciones y a los ayuntamientos para poder rescatar los cuerpos de los asesinados y que yacen en alguna

de las 706 fosas comunes que refleja el mapa de fosas andaluz.

Las asociaciones, en principio de ámbito andaluz, y compuestas fundamentalmente por familiares de víctimas, pretendían de manera transversal impulsar las políticas de memoria en las administraciones. Y están de acuerdo en la necesidad de recuperar la memoria y dignificar a las víctimas del franquismo, si bien cada una ponía el acento en uno de los distintos instrumentos para conseguir los objetivos de verdad, justicia y reparación.

Más tarde comienzan a proliferar asociaciones provinciales y locales de víctimas. Y las jornadas convocadas anualmente al amparo de las subvenciones así como la publicación de las investigaciones, ponen en valor el ingente trabajo de los historiadores y proporcionan a muchos familiares la inmensa emoción de oír o ver escrito el nombre de la persona que desapareció un día de su casa a manos de las fuerzas paramilitares franquistas que lo asesinaron «en aplicación del bando de guerra» o ejecutados tras un consejo de guerra sumarísimo.

La primera exhumación en Andalucía impulsada por el movimiento se inicia en abril de 2004 en una fosa de El Bosque (Cádiz) que contenía los restos de 13 republicanos vecinos de Ubrique que habían sido fusilados sin formación de causa en 1936, al comienzo de



la guerra civil. La excavación arqueológica se lleva a cabo por técnicos de la Delegación Provincial de Cultura de la Junta de Andalucía.

Son enterrados en el cementerio de Ubrique el 5 de febrero de 2005 poniendo fin a una larga polémica suscitada por el tiempo –prolongado, a juicio de los familiares- que estos restos estuvieron sin ser sepultados y sin garantías en la cadena de custodia. Los familiares habían pedido en un principio la práctica de pruebas de ADN que identificara a cada víctima. La Administración no atendió esta solicitud.

Después le siguieron las fosas de Puebla de Cazalla y, por supuesto, la de Málaga, cuando todavía la posición política de los partidos de izquierdas frente a las exhumaciones no era muy clara ni demasiado comprometida. A través de las asociaciones se le exigía a la Administración que fuera ella quien actuara pero, mientras, se trabajaba como se podía, con ayuda estatal a través de las subvenciones del último gobierno de Zapatero.

Y con la inhibición de los jueces cuando se denunciaba la aparición de restos. Salvando las lagunas legales. Creando precedentes respecto al procedimiento con la ayuda de los profesionales.

La constancia de las reivindicaciones ante la Junta de Andalucía hacen mella en el Gobierno que a partir de 2013 colabora en las exhumaciones, en un primer momento, y las aborda

directamente conforme al protocolo aprobado por el gobierno central y en respuesta a las solicitudes de familiares y/o ayuntamientos. Se crea el Comité Técnico de Coordinación de Exhumaciones donde también hay representantes de los colectivos memorialistas.

Todo este camino recorrido a lo largo de casi quince años de trabajo del colectivo memorialista se ve reflejado, sin duda, en las exhumaciones que la Junta de Andalucía afronta ante la petición de familiares, asociaciones o ayuntamientos y en el desarrollo de la Ley de Memoria Histórica y Democrática que posibilita la aplicación de políticas de verdad y reparación moral.

Por otra parte, la adhesión a la Querrela Argentina contra los crímenes del franquismo marca un antes y un después en el objetivo de conseguir justicia para las víctimas. Pero la necesaria implicación del gobierno central en esta tarea hace imposible, por el momento, su aplicación a pesar de las presiones de las instituciones internacionales de derechos humanos. Junto a la anulación de las sentencias dictadas en los consejos de guerra franquistas, son las dos asignaturas pendientes por las que el movimiento memorialista tendrá que seguir luchando ■

Concha Morón Hernández

Activista defensora de los Derechos Humanos

El banco de ADN de la Memoria

La principal misión de un banco de ADN es –en general– la de recibir, preservar y custodiar muestras biológicas y los datos generados a partir de las mismas tras los pertinentes estudios genéticos. El objetivo final es el de ponerlas a disposición del personal interesado autorizado en su estudio o en la valoración de los resultados.

La gran mayoría de los bancos de ADN tienen un interés puramente científico-médico, aunque también hay bancos de interés veterinario, vegetal, medio-ambiental, etc. En este sentido, y en el ámbito estrictamente sanitario, Andalucía es una de las regiones más avanzadas desde que creó y actualizó *por Decreto 1/2013, de 8 de enero, «la constitución y*



funcionamiento de Biobancos con fines de investigación biomédica, se crean el Registro de Biobancos de Andalucía y el Biobanco del Sistema Sanitario Público de Andalucía».

Pero el tema de la Memoria Democrática es único y diferente, responde a una situación especial y que ojala nunca más se repita en la historia de España. Muy recientemente el Parlamento Andaluz aprobó la *Ley 2/2017, de 28 de marzo, de Memoria Histórica y Democrática de Andalucía*. Esta ley sienta las bases de todos los procesos de estudio e identificación. Por ello, el banco de datos de ADN ha de mantener la más alta calidad tanto en el procesamiento de las muestras como en el almacenamiento de las mismas y de sus datos, conscientes de que cada muestra biológica tiene un valor incalculable. Toda la actividad del banco de ADN se lleva a cabo poniendo especial cuidado en la protección de los derechos legítimos de los donantes, y en especial su privacidad, con la colaboración directa de las entidades memorialistas, de la Dirección General de la Memoria Democrática y siempre con estricta referencia a la Ley 2/2017.

Nuestro banco de datos nace del desarrollo del art. 13 (*traslado de los restos y pruebas genéticas*) y concretamente en su punto 3. «*La Administración de la Junta de Andalucía realizará pruebas genéticas que permitan la identificación de los restos óseos exhumados. A tal fin,*

establecerá y gestionará un sistema de banco de datos de ADN en colaboración con las universidades públicas de Andalucía, en el que se registrarán tanto los datos de los restos óseos exhumados como el ADN de personas voluntarias que, tras su acreditación, deseen formar parte de este banco de datos por su condición de familiares víctimas».

En el banco de datos de ADN de Andalucía se aunarán esfuerzos y se establecerán los lazos de colaboración y coordinación necesarios para realizar las actuaciones precisas que puedan derivarse del proceso de identificación mejorando la realización de las pruebas que lleven a la identificación segura y certera de esos restos.

Dentro de este banco de datos de ADN:

- Se integrarán los perfiles genéticos obtenidos a partir de restos óseos obtenidos en la exhumación de las distintas actuaciones que se están llevando en Andalucía en materia de Memoria Democrática.
- Se incorporarán los perfiles genéticos obtenidos de familiares de víctimas de la guerra civil, a partir de una toma de muestras de hisopado bucal y/o sangre.
- Se procederá a la comparación entre los perfiles genéticos obtenidos en las muestras de familiares con los perfiles genéticos obtenidos en los restos óseos,

estableciendo una búsqueda por familiaridad en función de lo que haya establecido previamente.

- Cuando de la comparación no se obtengan las coincidencias adecuadas se continuará el proceso con nuevas incorporaciones de perfiles genéticos.
- Cuando se encuentre una compatibilidad así será informado en el correspondiente informe.
- Conforme avance la tecnología, se irán incorporando las nuevas metodologías y se realizarán los estudios pertinentes.

Actualmente, en Andalucía se han realizado ya decenas de exhumaciones de fosas con la recuperación de cientos de posibles víctimas de la Guerra Civil. Cuando se realiza una exhumación, se protocoliza la recogida de muestras de los familiares que crean que pueden tener un antepasado enterrado en esa zona. Parte del éxito en la identificación de las víctimas reside en una correcta identificación de los familiares; así, siempre que se pueda se han de intentar tomar muestras de familiares de primer grado (hijos y/o hijas, cada vez más difícil por el tiempo perdido ya transcurrido). En caso de que no sea posible, siempre se recomienda tomar muestras de familiares relacionados por vía materna para poder completar los estudios de ADN con análisis de ADN mitocondrial,



y de cualquier otro tipo de familiar por línea descendiente si no se cumplen los criterios anteriores.

El proceso de análisis de ADN en restos óseos de estas características es lento, complejo y caro, por lo que cada caso requiere un estudio previo minucioso del estado de conservación de la muestra y el tipo de familiares con los que se podría comparar inicialmente y, de no haber identificación inicial en un futuro. Esto se debe a que la mayoría de las piezas con las que se trabaja para la extracción de ADN han estado expuestas a diferentes factores como filtraciones de aguas, escorrentías, etc., que hacen muy difícil la obtención de las cantidades de ADN de calidad necesarias para los análisis. No podemos en consecuencia olvidar que en estudios similares llevados a cabo por otros equipos dentro y fuera de España, la identificación por ADN llega a ser imposible en muchos casos, bien por falta de cantidad y/o calidad en el ADN de los huesos, bien porque no hay familiares de referencia adecuados con los que comparar.

Justamente por esto es muy importante la creación de un banco de datos de ADN donde se almacenen, donde se guarden, los datos o perfiles genéticos de los familiares en aquellos casos en los que no se han podido identificar a las víctimas y el ADN junto a los restos óseos de los que no pudieron obtenerse realutados

en un momento determinado, como puede ser el presente.

La tecnología en el análisis de ADN avanza a pasos agigantados, por lo que en un futuro no muy lejano se podrían aplicar nuevas técnicas de estudio sobre los restos óseos que sí nos permitan la identificación de las víctimas. Además, existen casos donde se han obtenido perfiles genéticos completos de las víctimas pero no se disponen de familiares suficientes para poder identificarlos. En estos casos, estos perfiles genéticos quedarán almacenados en la base de datos del banco de ADN para futuras comparaciones con posibles familiares.

Es un trabajo altamente especializado y complejo, pero desde la Universidad de Granada tenemos los medios materiales y el equipo humano y para abordarlo con la mayor calidad, garantía de éxito y compromiso posible. No en vano, nuestra universidad fue la primera de España en identificar a una víctima de la Guerra Civil española (en el año 2002-2003 se identificó a D. Emilio Silva, enterrado en una fosa común en Priaranza del Bierzo, provincia de León) y del mismo modo, la Universidad de Granada, junto con la Guardia Civil, fue impulsora en 1999-2000 de un programa pionero en todo el mundo (Programa FÉNIX) para identificar personas desaparecidas con ADN.

El banco de datos de ADN de Andalucía, al amparo de la Ley 2/2017, se convertirá en una herramienta imprescindible e integrada en el procedimiento técnico para llevar a cabo la identificación de las víctimas. Cualquier esfuerzo merece la pena, todo sea por la memoria y dignidad de las víctimas ■

Juan Carlos Álvarez, José A. Lorente,
María Sáiz, Xiomara Gálvez,
María Jesús Álvarez-Cubero,
Luis Javier Martínez-González y
Claudio Hernández

Laboratorio de Identificación Genética,
Departamento de Medicina Legal de la Facultad
de Medicina de la Universidad de Granada

La represión a las mujeres

Opresión de clase y opresión patriarcal forman las dos caras de una misma moneda cuando se aborda la situación de la mujer después del triunfo del franquismo tras el sangriento golpe de Estado.

Hay que insistir en el carácter diferencial de la represión a las mujeres. Por las formas en que se aborda su destrucción. Y por el mensaje que pretende consolidar, perpetuando unas determinadas relaciones entre los dos sexos.



Tanto desde los contenidos de las soflamas franquistas como de todo lo que rodea a las fosas que podrían definirse como ‘especializadas’ en mujeres se perciben netas diferencias con el resto de personas represaliadas. Las palabras de los golpistas sobre las mujeres republicanas, socialistas, anarquistas, comunistas y cualquier librepensadora las ubican en un coto de caza durante el periodo más duro de la represión.

Fuentes y testimonios, incluidos los de los verdugos, inciden en aspectos de la brutal represión física que dejan bien a las claras la cosificación de la mujer. Como su concepción de objeto sexual que debe quedar reducido a la perpetuación de la especie. O su necesaria sumisión al nuevo hombre que ‘ilumina’ la España triunfadora.

Raramente se alude a zonas del cuerpo de las personas de sexo masculino objeto de

represión. Pero sí en el caso de las mujeres. Muchas formas de tortura insisten en visibilizar el cuerpo femenino como mejor modo de humillación.

Ya se encargarán la nueva psicología y la nueva psiquiatría de que los distintos papeles otorgados a los dos sexos encuentren argumentos biológicos que naturalicen la situación.

Ese es el mensaje para las que sobrevivan: someterse a la sumisión, al silencio y al miedo. En una especie de entierro en vida.

Pero tampoco ese terror acabó con el valor de tantas mujeres que debieron sobrevivir para sacar del hambre a sus familias, afrontando vidas enteras de humillaciones y un sufrimiento atroz por la supervivencia de cada día que ven salir el sol ■

Juan Manuel Guijo Mauri
Antropólogo

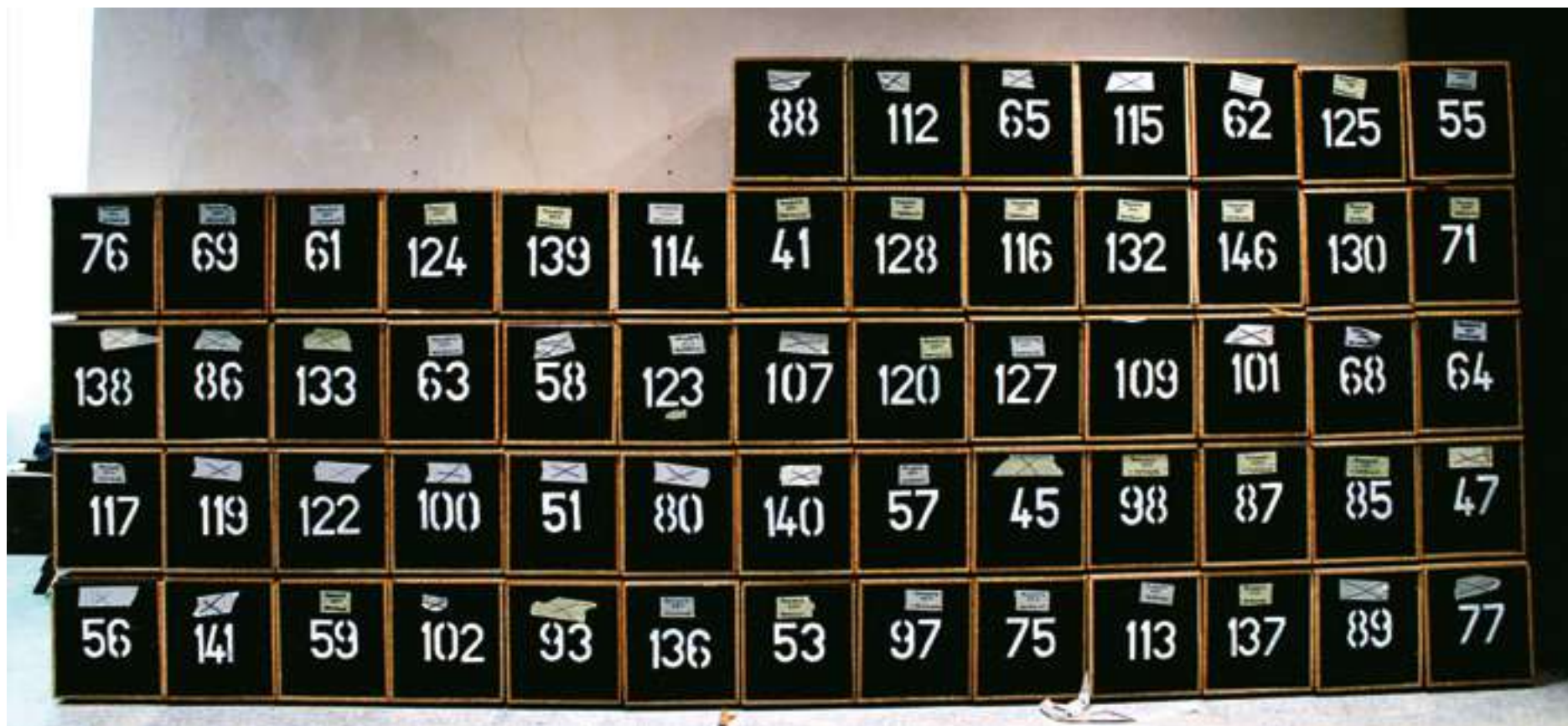




De números y Memoria

Afirmaba el filósofo y matemático griego Pitágoras que «todas las cosas son, en esencia, números», coincidiendo con él, casi 24 siglos más tarde, el historiador escocés Thomas Carlyle, cuando defendía que «con números se puede demostrar cualquier cosa».

En un contexto, al menos historiográfico, en el que desde algunas vertientes pretende hacerse primar y desglosarse lo cualitativo sobre lo cuantitativo, entendemos que ambos son, no sólo compatibles, sino recíprocamente necesarios, y que desde luego los números siguen resultando vitales a la hora



de explicar el alcance de los procesos de violencia política y social desarrollados en Andalucía desde el primer tercio del Siglo XX, y con ellos de aquellos vinculados a la recuperación de la memoria histórica y democrática de nuestra tierra.

En este sentido hemos podido conocer, de forma fehaciente, el verdadero alcance de la voraz y poliédrica represión surgida del golpe de Estado de 18 de julio de 1936, y fortalecida e institucionalizada a partir de abril de 1939: entre 45.000 y 50.000 andaluces y andaluzas obligados al exilio, más de 60.000 sumidos en la ruina económica y patrimonial por la actuación sobre ellos de las Comisiones de Incautación de Bienes y la aplicación de la Ley de Responsabilidades Políticas, al menos 5.000 condenados por masones, y por supuesto en torno a 60.000 desaparecidos.

Decir que el franquismo se sustentó sobre una base de silencio, miedo y represión constituye un axioma, pero los números proporcionan el grafismo de una realidad que, sobre todo en el caso de los miles de andaluces y andaluzas encuadrados en el eufemismo de la desaparición, han servido como base para, desde

el conocimiento de la magnitud del genocidio, establecer medidas reparadoras a partir de la colaboración entre todos los agentes implicados: administraciones, colectivos memorialistas y los propios familiares de las víctimas.

Casi un centenar de intervenciones y en torno a 4.000 víctimas recuperadas en Andalucía entre 2003 y 2017, en torno a 700 enterramientos colectivos ilegales a partir de la actualización del Mapa de Fosas de Andalucía y, en última instancia, 28 intervenciones con más de 300 víctimas recuperadas entre 2016 y 2017 gracias a la excelencia profesional y profunda sensibilidad de equipos técnicos andaluces.

Decía el poeta, novelista y dramaturgo alemán Goethe, que «el mundo está regido por números», y son éstos los que dicen «si un país está bien o mal gobernado». Una afirmación perfectamente asumible para los procesos de recuperación de la memoria histórica y democrática en Andalucía, a través de su esencia en las intervenciones en fosas pues muestran, tanto la falta de sensibilidad y responsabilidad que provoca la ausencia de voluntad de aplicar una política estatal de cobertura a las

víctimas de la guerra civil y la dictadura franquista -o lo que es peor, la desmemoria como política de memoria-, frente al tránsito positivo de casi dos décadas de políticas públicas de memoria en Andalucía.

En fin, los números no son tampoco en este caso objetos inertes, sino vivos en el sentido de que cada uno de ellos viene acompañado de una historia que los nutre y los conforma: de reivindicación y angustia, de esperanza y objetivo cumplido, o en su defecto de generosidad del que sin lazos de sangre hace suyos a todos los que permanecieron juntos en la indignidad de una fosa.

Todas las intervenciones en fosas de la guerra civil y la dictadura franquista desarrolladas en Andalucía en estos dos últimos años así nos lo demuestran, conformando la consecución de un proyecto, por ser de justicia, vital, y sobre el que los números hablan; muestran lo conseguido y recuerdan lo inconcluso, como motivo de un orgullo inmarcesible, y como un compromiso y un reto de presente y de futuro ■

Miguel Ángel Melero Vargas
Historiador. Dirección General
de Memoria Democrática





ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL
14 DE JUNIO DE 2018, COINCIDIENDO CON
EL DÍA DE RECUERDO Y HOMENAJE A LAS
VÍCTIMAS DEL GOLPE MILITAR
Y LA DICTADURA

«Y cogieron a las niñas, a las mujeres más jóvenes que participaron en la manifestación del 1 de mayo. Lo que hicieron fue una barbaridad. Iban buscando sembrar el terror»

Pablo Caballero, sobrino de Josefa González,
una de las «niñas» de El Aguaucho

«Opresión de clase y opresión patriarcal forman las dos caras de una misma moneda cuando se aborda la situación de la mujer después del triunfo del franquismo tras el sangriento golpe de Estado»

Juan Manuel Guijo Mauri, antropólogo



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA,
ADMINISTRACIÓN LOCAL Y
MEMORIA DEMOCRÁTICA